



**Diástole**  
EMILIO BUESO

**Lectulandia**

Jérôme es un pintor caído en desgracia que recibe el encargo de retratar a Iván, un misterioso extranjero cuyo pasado irá revelándose a medida que nos relate su historia durante las sesiones de posado. Jérôme conocerá así la historia de un hombre perseguido por Moscú durante décadas; un forajido que tuvo que recorrer a la fuga los escenarios más duros de la extinta Unión Soviética, sobrevivir al asedio nazi de Leningrado, desaparecer en las noches de San Petersburgo durante los días más crudos de la dictadura, esconderse en las zonas más contaminadas de Chernóbil... La auténtica naturaleza de Iván se nos revelará cuando conozcamos el antiguo y terrible mal que porta consigo, hecho a partes iguales de radiactividad y de una espantosa maldición que habita en el corazón del arte pictórico. Diástole es un viaje febril que bombea terror y novela negra, dentelladas a la yugular y chutes de heroína, plutonio y poesía. Una corrosiva historia de amor y fatalidad que abre de un hachazo un nuevo registro en la actual narrativa de terror española.

**Lectulandia**

Emilio Bueso

**Diástole**

ePub r1.2

17ramsor 23.06.14

Título original: *Diástole*  
Emilio Bueso, 2011  
Diseño de cubierta: 17ramsor  
Editor digital: 17ramsor  
Corrección de SVG's: (r1.1) ebookofilo  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Sofía

A ojos del infinito todo orgullo  
no es más que polvo y ceniza.

LEÓN TOLSTÓI

# Preludio: El ignorante

Yo soy sólo un cero a la izquierda y un ignorante, todavía no me he dado cuenta de que el mundo que me rodea se ha puesto a manejar números muy grandes, de repente.

Ahora aún no lo sé, pero lo cierto es que me están vigilando desde este mismo momento. Alguien me está mirando, quizá mientras cruzo el parque, tal vez cuando entro en la farmacia.

Porque hay un individuo que me ha seguido durante media tarde y es probable que se ponga en este preciso instante a dar parte de mis movimientos por teléfono, empleando un móvil sin registrar y de cobertura satelital. O puede que justo ahora esté sacando algunas fotos de mi rostro, usando una cámara con teleobjetivo, o un visor de infrarrojos. Maquinaciones de ésas. Cosas de espías. Tópicos que parecen exclusivos del cine de intriga, hasta que uno se topa de bruces con ellos.

El caso es que alguien que trabaja para la Federación Rusa está tratando de averiguar quién demonios soy, el cero a la izquierda de una cuestión de Estado, el ignorante de todo ignorado por todos, en esta noche en la que todo empieza, y pese a que yo todo eso no puedo saberlo todavía. Por su parte, el armario que me vigila es un moscovita enjuto, de treinta y siete años, que entorna los ojos y levanta la nariz como si estuviera olfateando una mierda enorme. Me ha visto entrar en mi viejo Talbot Horizon y luego me ha seguido durante un buen rato. Ahora me está mirando. Vigila mi gorro de lana, mi enorme anorak y el chándal que llevo debajo. Me observa sin que yo me entere de nada.

En el asiento del copiloto de su coche robado descansan un buscapersonas electrónico y un contador Geiger de diseño soviético. En el equipo de manos libres de su salpicadero se escucha una voz que habla, en un ruso altisonante, de fuerzas que operan en los límites de la física y de un peligro que, si continúa fuera de control, puede volver poner a Europa de rodillas.

Yo sigo ajeno a todo y lo que me queda. Estoy a punto de meterme en la boca de un oso polar, pero ahora no tengo otra cosa mejor que hacer que pelearme durante diez minutos interminables con el mechero de mi coche. Me desgañito y desespero hasta que le gano la partida al viejo chisme y consigo prender un cigarrillo. Después me lleva otros cinco minutos más arrancar el motor. Soy un fulano anodino que está malgastando vilmente el tiempo de un informador profesional con sus parsimonias.

Acto seguido, me las ingenio para poner la berlina en movimiento y me ocupo de mover mi gorro de lana al ritmo de la música y conducir. De dirigirme hacia un extraño encargo que acababan de hacerme.

Al fin y al cabo siempre he sido un cero a la izquierda y un ignorante.  
Con el tiempo, me iré dando cuenta de ello.  
Y eso que estaré muerto para cuando termine mi historia.



# Noche primera

# Ascensión

Comprendes que tu mala cabeza viene de familia cuando te das cuenta de repente de que estás haciendo las mismas tonterías que hicieron tus antepasados directos y que, para colmo, tú las estás haciendo todavía más gordas.

Mi abuelo, el buhonero, solía atravesar estas mismas montañas tirando de una vieja burra que iba siempre cargada hasta los topes; lo sé porque mi tío abuelo, el borde, me solía contar cómo fue de tronchante el día en que la pobre burra reventó, harta de tanta montaña y de tanto amo hijo de puta.

Ahora soy yo quien maltrata a su burra, porque mi viejo Talbot Horizon ya casi no reacciona cuando le piso el acelerador. No puede con su alma y la mía. Deben de pesar mucho, entre las dos. Apuesto a que si mi coche pudiera hablar ahora me pediría que le empujara yo hacia la cumbre de la montaña, porque, hartado de tanta montaña y de tanto amo hijo de puta, no consigue vencer la pendiente, no se ve capaz de subir. Yo tampoco.

Yo hace años que me despeño.

Aguanta un poco más viejo amigo, le digo. Y reduzco una marcha, pongo segunda. Igual en segunda consigo que me lleve cuesta arriba, el coche que me regalaron mis padres, cuando yo todavía no los había matado a disgustos.

Él traga gasolina como el que traga saliva ante un percance, su carburador hace de tripas corazón y tira de mí hacia la cima, petardeando, ahogándose y a punto de calarse, le rascan las bielas, se le saltan las lágrimas a su tubo de escape, se le encienden las luces que tiene tras el volante y su cara se sonroja como un árbol de navidad. Sé que mi coche está acabado, lleva diez años así.

Yo también.

Más de una vez he tratado de cambiarlo por un chute, pero ninguno de mis camellos lo quiere, a mi coche. Y eso que tengo más camellos que Lawrence de Arabia. Me pregunto si conseguiré sobrevivir a lo de hoy sin contar con ellos, porque no me veo trabajando esta noche con el fandango que me está bailando la heroína en las palmas de las manos. No sé si podré aguantar la jornada de hoy con este monazo.

Y el tío que me contrató lo sabe. Si ha visto antes a un politoxicómano lo sabe. No sé en qué pensaba al pedirme que me ocupara de lo suyo. No comprendo cómo es que me ha salido este trabajo. Y parece un buen trabajo. Sobre todo si tenemos en cuenta que yo hace casi un año que no trabajo ya.

Soy pintor. De los caóticos. De los buenos. De los yonquis.

De los que se han echado a perder. Estaba yo en París buscándome la vida con mis lienzos y mis óleos cuando conocí primero a la chica equivocada, luego al amigo que termina siendo una mala influencia. Ella me llenó el corazón de veneno y él hizo otro tanto con mis venas. Siete años después, he vuelto a la ciudad que me vio nacer.

Mis padres ya han muerto, pero el viejo Talbot Horizon que me dejaron sigue funcionando.

Estaba esperándome en casa de mi hermano. Mi hermano no, el coche. No tiene seguro ni está a mi nombre ni ha pasado la revisión, pero mi hermano me lo dio tras asegurarse de que volvía a funcionar, me lo entregó con la esperanza de que sirviera para volver a largarme lejos, bien lejos.

Ya que no viniste al entierro de papá haz el favor de alejarte con su coche ahora que vuelves por aquí, me dijo.

Y yo me largué al pueblo de al lado, quince kilómetros hacia el sur, donde encontré al tío que me vendía los porros en el instituto. Ahora vende cristal. No tardé en conocer a sus amigos, todos me vendieron droga, ninguno me compró el coche. No tardé en quedarme sin dinero, pero el coche todavía no lo he conseguido vender.

El puto coche.

Qué haría yo sin él. Qué hago con él. Más de una vez he estado a punto de palmar de una sobredosis, dentro de él.

Se cala. No podrá con la pendiente. La cuesta lo está derrotando. Se ha calado, esta vez sí.

Noto que el pobre trasto ha dicho basta cuando se para por completo y la horrible rampa tira de él, hacia atrás, directo al quebrado montañoso que se abre tras la cuneta, tan exigua.

Un precipicio. A nuestra espalda. Dispuesto a tragarnos a los dos.

Porque eso es lo que hacen las gargantas.

Pongo el freno de mano y por poco me quedo con la palanca en la mano. Algo trepida hasta trabarse en el capó. Me parece que no va a funcionar cuando las ruedas patinan y perdemos terreno palmo a palmo, pero al final resulta que el viejo coche de mi padre consigue imponerse y se detiene. Frío su motor, callado su capó, quieto el chasis.

Está harto. Harto del radiador al maletero, quemado de intermitente a intermitente. Más harto que la burra que mi abuelo, el buhonero, hizo reventar. La aguja de su temperatura apunta muy alto, es pretenciosa. Cuando comprendo que su motor tal vez esté a punto de griparse, caigo en la cuenta de que mi corazón quizás esté a punto de estallar.

Me he puesto histérico, conduciendo hasta aquí. Somos tal para cual, el trasto este y yo.

Son las once de la noche. Estamos los dos quietos y en silencio en la pendiente hacia una mansión de las que se levantan en solitario sobre las montañas que hay más allá de las luces de las farolas. La casa de un rico que quiere que un pintor acabado le haga un retrato al óleo. ¿Qué clase de hombre adinerado quiere que los retratos al óleo se los haga un pintor como yo? ¿Qué rico estará a la altura de los lamparones de

pintura y, sobre todo, de porquería que se despliegan por todo mi eterno chándal, desde hace semanas?

El tío vive en uno de esos chalés que hay en las afueras de la ciudad. Tiene que estar podrido de pasta, sí. Pero no veo qué hace escogiéndome a mí y menos para que pinte a estas horas. Espero que esto no sea un terrible error, que este no sea uno de esos marrones en los que alguien se busca a un yonqui porque necesita a la clase de tipo al que nadie echará de menos, cuando desaparezca.

Y a mí me da que nadie se dará cuenta, si un día desaparezco. Tengo cuarenta y un años, cincuenta y siete euros, un Talbot Horizon al que se le acaba la gasolina y el aceite, que no atravesará ningún control policial; y no, no tengo donde caerme muerto, si no es en mi coche, que acaba de caerse muerto.

Vuelvo a pensar en lo que hizo mi abuelo, el buhonero. Trabajó media vida como recadero y la otra media como mercachifle, siempre llevando paquetes y quincalla en una burra con la que se pateó mil veces los Pirineos. Sobrevivió refugiándose en montañas como ésta, que le permitieron resistirse a la popularización de los servicios de correos y las compañías de envío de mercancías. Con todo, mi yayo resistió a las inclemencias del tiempo y del camino. Aguantó cuanto le tiraron, pero su burra no. Su burra se derrengó en redondo, como uno de esos ciclistas que se desploman de muerte súbita durante la subida a un puerto de montaña.

Caigo en la cuenta de que si repito semejante estupidez y reviento mi burra contra estas montañas no habrá ningún tío abuelo borde para contarles la batallita a mis nietos. Mis nietos. Qué tonto suena eso: yo, con nietos. Nietos, míos. ¿Mis nietos? ¿Eso es un oxímoron?

No sé.

No sé que hay un ruso que me vigila. Yo todavía no puedo saber eso, pero ya lo averiguaré cuando me lo expliquen todo; entonces comprenderé cómo me ha seguido hasta aquí, el armario al que han puesto tras mis ruedas. No es ningún aficionado, ha conducido dos kilómetros muy duros con las luces apagadas y manteniendo la distancia. Ahora me está mirando y se pregunta qué demonios me pasa. Se pregunta si voy a ponerme a batallar de nuevo con el encendedor del salpicadero.

Yo estoy a oscuras, muy a oscuras, obstruyendo una carretera secundaria de las que serpentean por el cinturón de montañas que se despliega tras la ciudad. La luna apenas consigue iluminar las nubes y el resplandor del casco urbano sólo puede contornear la cordillera que se ve en mi retrovisor. El silencio que le ha tomado el relevo a la tos asmática del Talbot Horizon me recuerda que estoy rodeado por mil árboles que se mecen al ritmo del viento, árboles en los que se esconden los ojos de mil animales, animales a los que comienzo a escuchar, cantando al ritmo del viento. Mi coche se acaba de parar en una rampa dura y no me veo con corazón de abandonarlo ni creo que mi corazón lo resista si trato de llegar a la casa de mi cliente

empleando mis pobres piernas. Porque me tiemblan mucho las piernas. Y no es por el helor insoportable que hace.

Tampoco puedo joderla ahora. No puedo perder este trabajo. Es el primero decente que consigo desde que me echaron de París.

Siento como que nada lo que pueda hacer ahora vaya a reportarme nada bueno y eso es exactamente lo que llevo sintiendo desde que cumplí los quince años.

Así que decido no decidir.

El mono me está matando.

Me lanza cacahuets desde su jaula. Me tira cocos desde lo alto de su palmera. Me arroja rocas enormes desde la cima de su montaña.

Mi mono es como uno de esos gorilas que suelen sacarte a hostias de una discoteca cara cuando tratas de comprarle nieve barata al camello del lugar. Calienta la cuchara, me dice. Y yo reclino el asiento del conductor. Vas a bombear, me dice. Sé que estoy obstruyendo una carretera llena de curvas y hecha para los coches que tienen los ricos, pero también sé que son las once de la noche de un miércoles de diciembre, y que nadie tiene que hacer nada bueno por aquí a estas horas. Nadie salvo yo, que nunca tengo nada bueno que hacer.

Así que no hago nada bueno. Hago lo que hago yo. Follarme a la heroína de mi peor historia en cualquier callejón. Dejarme llevar por la única pasión que me hace vibrar ya. Paro el mundo, le digo al globo que deje de orbitar, a la Tierra que ya no gire más. Suena en mi cabeza la aguja de un tocadiscos derrapando sobre el vinilo. Por un momento no hay traslación ni rotación ni puede oírse el rumor del viento en los árboles ni brillan las estrellas ni cantan los grillos ni se escuchan pájaros nocturnos. Una papela de polvo blanco sin más polvo blanco se desliza por mis manos, una cortina de nubes corre sobre la luna llena y una bruma muy fea pasa sobre la córnea de mis ojos, que miran a través de la ventanilla. Al poco, aflojo la goma de mi brazo y la jeringuilla queda vacía. Como mi cabeza.

Dentro de mí estalla el maíz con el que se hacen las mejores palomitas.

En mi pecho retumban tabiques auriculares y ventriculares, mi corazón golpea sus paredes del mismo modo en que suelen golpearse las de una celda acolchada. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Sacadme de aquí. Sístole. Diástole. Matadme.

Pasan unos instantes de esos que no pueden medirse con ningún reloj. Un tiempo de los que están más allá de cualquier agujero negro. Minutos que podéis borrar de toda realidad. Un lapso privado en el que sólo quepo yo y nada más importa. No sé decir si eso dura mucho: me basta un fogonazo de felicidad, algunas veces. Otras me paso colgado media hora, o eso me han dicho. Al fin y al cabo nadie sabe decir cuánto dura un orgasmo.

El aire helado de las montañas del desierto me saca de mis delirios, me abofetea y me devuelve al mundo de los vivos, reparado, pero no del todo. Estoy un poco

adormecido. El sudor sobre mi piel se está comenzando a secar y me ha abandonado el temblor que suele zarandearme las manos cuando tengo el mono.

Ahora podré pintar, le digo al panel de mandos de mi Talbot Horizon.

Pero él no tiene colores.

Él sigue noqueado. No se ha repuesto de lo suyo. Yo sí. No él. Ambos estamos encajándole los tirones a la vida, pero a ninguno de nosotros nos salen gratis los grandes subidones, los grandes bajones que vienen después.

La pendiente. El barranco.

Me palpita todo el cuerpo. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Un latido más y sabré que si tengo un sitio en este mundo es en el interior de esta berlina desvencijada.

Porque mi coche es la única cosa que hay en el mundo que todavía no me ha dejado tirado. No del todo.

Y yo no puedo abandonarlo así, no puedo despedirme de él aquí en medio. No, porque eso es lo que llevan haciendo conmigo desde que cumplí los quince años. Tengo que darle una patada, a mi viejo coche. Un chute de gasolina más, otro empujón. Vamos amigo mío, le digo, puedes hacerlo, puedes seguir acompañándome.

Puedes llevarme hasta la casa de mi cliente. Faltan veinte minutos, si no se te ha averiado también el reloj del salpicadero. Venga, campeón, llévame hasta la mansión del dinero y tal vez eso consiga pagarme a mí los opiáceos que licuo y a ti los hidrocarburos que vaporizas. Mi heroína, mi morfina, mi codeína, mi cocaína, mi anfetamina, mi ketamina y tu gasolina nos cuestan mucho dinero.

Y a nosotros nadie nos presta de eso. Valemos poco, amigo mío.

Levanto el asiento, me limpio las babas, doy gracias a Satán por no haber muerto aquí en medio y me pregunto qué coño hago al chutarme en una carretera de un solo carril, que no tiene ni cuneta ni arcén. Por qué ahora. Por qué cuando lo dice mi coche.

No cuando lo diga yo.

Me he vuelto loco.

Dios santo, qué demonios estoy haciendo. Picarme en un coche calado en una carretera sin farolas. Soy el tío que limpia la jaula de ese mono del circo que no puede evitar cascársela ante el respetable.

Pongo los dedos sobre la llave y el contacto me dice que pruebe a arrancar.

Temo que ésta haya sido la última carrera de mi viejo coche. Miro la basura en el suelo del asiento de atrás, las manchas de la tapicería y la mugre del salpicadero y decido volverlo a intentar.

Una vez más.

No te rindas, le digo. No te rindas ahora porque todavía nos quedan muchas venas en los brazos, amigo.

Le doy al contacto. Las luces del salpicadero se encienden y cuando suena la voz cazallera de su motor es como escuchar el rumor de las olas del mar desde una playa sin gente.

Mi viejo coche se ha puesto en marcha.

Una vez más.

Me intentará sacar de aquí, sacarme de todo.

Pongo primera y voy quitando con cuidado el freno de mano. Mi corazón las pasa putas lo mismo que el de mi viejo Talbot Horizon. Ambos suenan como motores de dos tiempos. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole.

Entonces noto que el pulso bajo el capó se embravece, parece que haya recuperado fuerzas lo mismo que yo. Ambos nos hemos repuesto con nuestros respectivos pinchazos. Volvemos a ser un equipo.

Un equipo perdedor, pero aquí lo que importa es participar.

Poder participar.

# El trato

Mi coche parece haber rejuvenecido. Tiene hasta ganas de joder, o eso parece. Me ha puesto música. Está metiendo las manos de sus faros bajo la falda de la montaña y ahora remonta con cuidado las curvas de la carretera hacia arriba, persigue un trofeo, palpa la oscuridad en busca del agujero que hemos venido a encontrar. Se comporta de repente como un joven que tantea su camino en pos de las bragas de la noche y eso que lo que le aguarda al final de la cuesta no es un coño. Es la verja de la residencia, que está tan oxidada como abierta, de par en par. Una abertura cortante, enferma de tétanos. Una mala follada.

Chico, parece que todavía no somos ni tan chungos ni tan viejos, le digo complacido al salpicadero de mi viejo Talbot Horizon. Él sigue sobando el camino y se esfuerza en afinar el tacto de sus ruedas sobre la grava hasta que hemos entrado en el chalé de nuestro cliente. Y ya está, conseguido.

Estamos en el sitio, en lo que sería una bonita finca, de no estar tan descuidada. Arbustos afean el jardín. Vemos estatuas ora blancas, ora recubiertas de liquen. Un entramado de plantas enredaderas que alfombra los pavimentos, los tramos de las fachadas, un trozo del tejado, varios árboles. Hay calvas en el césped, manchas de humedad y de mugre, campando a bofetones; un enorme algarrobo muerto junto a la entrada, restos de la madera de un columpio enmohecida que se bambolea tras el cadáver del algarrobo.

Al otro lado de la verja aparece de repente la figura de un corpulento retaco vestido con lo que parece ser un mono de trabajo que tiene el peto manchado de verde del césped, o de las enormes enredaderas que pueblan el lugar, que no se entiende para qué tiene un jardinero. Este hombre se toca los cojones. Si a él le pagan por tener el chalé hecho unos zorros, a mí me van a hacer de oro por soltarle cuatro brochazos a un lienzo.

A todo esto...

Nos aguardaba, el jardinero. Nos aguardaba junto a la reja. Nos aguardaba a oscuras.

Reconozco su cara, es el destripaterrones que me contrató. Cierra la verja tras nosotros y yo maniobro un poco en el porche hasta que consigo hacer a un lado a mi viejo coche. Cuando veo que ya he aparcado y que el jardinero ha terminado de cerrar el enrejado que circunda los jardines de la finca, tomo aire y quito el contacto de las llaves, con solemnidad, preguntándome si no acabo de desentubar a un hermano moribundo.

Se apagan de repente todas las luces del coche y entonces me doy cuenta de lo solo que acabo de quedarme.

Me doy cuenta de eso y de que no hay ninguna otra luz en todo el lugar.



Al igual que el resto de la montaña, el chalé está envuelto en una negrura espesa. Ningún farol señala su posición y tan sólo puede adivinarse una suave luz a lo lejos de una de sus ventanas.

¿El jardinero de la residencia me estaba esperando sin más alumbrado que el de la luna, con lo poco que luce esta noche?

No puede ser.

Me saca de mis pensamientos el chirrido del columpio de madera podrida, que se mece a escasos metros del asiento del copiloto.

Este sitio es mosqueante.

Lo mismo que los dos perros de trineo que lo habitan. Una pareja de enormes chukchas siberianos que no han ladrado al verme llegar ni se han movido al verme entrar. Ahora los tengo justo enfrente, los distingo en medio de la noche gracias a la luz de las estrellas, aunque lo cierto es que no hay ni rastro de las centellas que tendrían que verse en los ojos de ese par de perrazos. No parecen interesados en olerme ni a mí ni a mi coche. Se limitan a mirarme. Uno de ellos, creo haberlo visto blanco y gris, permanece tumbado en el porche. El otro, que me parece que era gris y negro, debe de estar tomando asiento junto a la verja. ¿Y se supone que estos dos están aquí para guardar la casa? ¿Es que en este sitio no trabajan ni los chuchos?

Salgo del coche, medio encabronado, medio preocupado. Y eso que no veo tres en un burro. Y que hace un frío de cojones.

—Oiga, usted. Aparte de que insisto en que estas no son horas para ponerse a pintar —voy diciendo con la voz cada vez más levantada—, ahora resulta que voy a tener que descargar de mi coche todo tipo de herramientas y no sé cómo cree que voy a hacerlo con tan poca luz. Tendrá que ayudarme a cargar los bastidores, los caballetes, varios rollos de lienzo, y tres cajas de herramientas repletas de óleos, pinceles, carboncillos, muchos frascos de médium y...

—Tranquilo, amigo —me responde el jardinero con su marcado acento rumano al tiempo que se va acercando a mí—. Ya le dije que conocemos su trabajo. Contamos con que le llevará tiempo desplegar sus materiales.

—Pues entonces hágame el favor de encender las luces de la casa porque...

Tres de las doce ventanas del primer piso de la mansión se iluminan en ese preciso instante.

—Hace usted demasiado ruido, amigo. Parece que mi señor acaba de despertarse —dice el jardinero rumano levantando las cejas y negando con la cabeza, justo antes de arrancar a caminar hacia la casa.

La casa ésta. Es enorme. El chalé más grande que he visto. Su antigüedad se me hace incalculable, más de un siglo y medio, por lo poco que sé de arquitectura. Fachada de piedra gris y negra.

Alguien con tan mal gusto a la hora de escoger residencia sólo podría ser uno de

mis clientes. Si va a pedirme que le pinte un retrato que sirva para decorar el horror de casa en la que vive, entonces sí, creo que soy su hombre.

Porque de un tiempo a esta parte mis pinturas espantan casi tanto como su chalé.

Y eso que me pareció una mansión señorial más cuando lo único que alcancé a ver de ella fue su silueta, recortándose contra la luz de la luna, en el camino hacia aquí.

Dios santo, qué cosa más fea de casa. Y le habrá costado un cojón. Si es casi tan repelente y vieja como mi coche...

Mi coche al menos tiene la decencia de desplazarse, trata de escapar del mundo. Ahora me estoy preguntando si querrá arrancar la próxima vez que se lo pida. Nunca me ha fallado, pero siempre me pregunto cuándo lo hará. Es como un hijo tonto, supongo.

—Vale. Ahora está mejor, ya veo más allá de mis propias narices. ¿Puede encender también las luces del porche? ¿Por favor? —le digo al jardinero. Y me enciendo un cigarro.

—Ahora mismo voy.

—Oiga, ¿y cómo es que me estaba esperando a oscuras? ¡Me ha dado usted un susto de muerte!

—No conviene molestar a mi señor —dice él mientras sube las escaleras de la casa—. Es un hombre exigente.

Nah, no lo creo. No tiene ni idea de estética.

Y conste que yo he sido un gran pintor. De los buenos. De los bohemios. De los yonquis. Lástima esto último, supongo que empezará a ser un problema en cuatro o cinco horas más, porque me he chutado poco y creo que volveré a tener el mono cuando amanezca.

Espero que no me hagan pintar toda la noche este par de zumbados. Me preocupa lo chungo que me puedo poner si me sorprende la madrugada frente al lienzo. Me aterra la idea. Sístole. Diástole. Sístole.

El retaco rechoncho saca una llave de dos palmos de su mono de lona azul y abre la entrada del chalé. Una puerta acorazada. La oscuridad parece brotar del interior de la casa negra como algo vivo. Le traga, tiene hambre. Acto seguido, dos bombillas amarillentas se encienden en el porche de la casa, chisporroteando lo mismo que un par de huevos en una sartén oxidada.

Este sitio me está poniendo enfermo y eso que acabo de llegar.

Dos bombillas enclenques por toda luz de un porche más grande que el antro en el que malvivo. Alucinante. Definitivamente, aquí no leen poesía. Al menos no en el porche.

Bajo el soportal hay una butaca de mimbre y una tumbona a juego, ambas ramplonas y decrepitas. Eso es todo. No parece que mi cliente sea muy dado a pasar

las tardes junto a la entrada de su casa. Me pregunto para qué usará el porche, visto el conjunto en perspectiva.

—Puede ir pasando, amigo —me indica el jardinero desde el umbral de la puerta.

—¿No me ayuda usted a descargar mis bártulos?

—Uh... Está bien.

Y en cuanto se me acerca yo le doy bastidores y caballetes como para que termine peor que la burra de mi abuelo, el buhonero.

La suspensión de mi Talbot Horizon gruñe aliviada al desprenderse de tamaña colección de trastos. Ochenta y tantos kilos de enseres, la mayoría de ellos casi inservibles. Ahí van la mitad de mis pertenencias, le digo al coche mientras la espalda del jardinero rumano desaparece de nuestra vista, sepultada por los bártulos. Cojo un par de maletines repletos de óleos y pinceles y me apresuro a seguirles el rastro.

A seguirles el rastro por el interior de la casa, tras el jardinero del demonio, que parece que tenga ruedas y que no gruñe ni cuando está transportando todo ese peso aparatoso.

Huele rancia y húmeda la casa. Huele a cueva de oso, a herida llena de pus. Me recuerda a la alberca de la alquería de mi tío abuelo (el borde), que tuvo que ser drenada y luego cegada tras ponerse negra y amanecer cubierta de bichos y pececillos muertos. No es que esta casa apeste, es que algo añejo se está pudriendo aquí. Eso y que en este sitio nunca se abren las ventanas.

—¿Hay alguna otra tontería que yo tenga que recordar, aparte de que tengo que pintar a las tantas de la noche?

—Nada, lo convenido —me responde el jardinero, hablando con celeridad—. Ya sabe, serán cuatro sesiones de pintura, consecutivas, siempre durante las noches de la presente semana. Se empieza a pintar tras la medianoche y, si hace falta, hasta el amanecer. Mi señor posará para usted de forma diferente cada noche y él escogerá los posados.

—¿Entonces serán cuatro lienzos? —jadeo yo, mientras atravesamos un segundo salón repleto de mobiliario del siglo diecinueve. Algunas veces atravesamos pasillos oscuros y otras veces salas mal iluminadas.

—No, amigo. Será uno. Usted deberá... captar todos los posados... en un único retrato —me responde él, con gran dificultad para encontrar las palabras. Quizás falla su francés, quizás ni siquiera hubiera podido expresarse mejor en rumano. O quizás lo que estuviera pensando al hilar la frase fuera demasiado... para traducirlo.

La frase en cualquier caso me arranca un escalofrío.

¿Quieren un retrato expresionista?

¿Que yo pinte una conceptualización del cliente en cuatro secuencias consecutivas, tras observarla en cuatro escenas, escogidas y escenificadas por él?

¿Pero esto qué es?

—El cuadro no se lo podrá llevar usted —sigue diciéndome el jardinero, sin aflojar la marcha ni mostrar signos de agotamiento ni dejarme un instante para que yo pueda recuperar el resuello—. El lienzo no saldrá de esta casa, permanecerá siempre en poder de mi señor, que será quien le facilite las pinturas y los óleos en todo momento.

Dejo caer los maletines que llevo y tomo aire para protestar. Ni me parece bien ni es momento de comunicármelo, si es que realmente voy a tener que pintar sin emplear mis propios óleos. Me dispongo a bramar a la menguante figura del jardinero rumano cuando un movimiento a mi derecha me hace mirar a un lado del pasillo que atravesábamos.

Junto a mí, se abre un corredor que va a dar con una puerta abierta.

Tras la puerta, una cama con dosel. Un fino visillo blanco la encortina.

Tras la seda, el cuerpo desnudo de una anciana asiática manca y coja de todas sus extremidades.

Su piel está surcada por tatuajes y cicatrices, apenas se deja ver, su piel, entre tanto camuflaje. Su vagina menos. Su boca tampoco. Está amordazada por una mascarilla de gas unida por un tubo a una enorme y anticuada máquina que retiembla, retumba, rechina y respira por ella, al fondo de la habitación.

La mirada y la expresión de la anciana asiática están trastornadas como las de un alcohólico decrépito.

De repente aparecen a escasos metros de mi cara los ojos punzantes del jardinero rumano.

—Tenemos prisa, amigo. La noche avanza.

¿Cómo ha vuelto de adonde iba? ¿Cómo se me ha plantado encima tan de repente? ¿No estaba a diez metros de mí?

—¡Ah! ¡No vuelva a hacer eso! ¡Me pone usted los pelos de punta!

El jardinero rumano tira de mí hacia adelante. Vuelve a conducirme hacia su señor. No me atrevo a preguntarle por la anciana, no quiero ni imaginarme si lo que huele a rancio en esta casa son sus habitantes. Mejor ni saber qué demonios ha sido esa visión fugaz que se acaba de escapar hacia mis ojos, saliendo de aquella puerta.

Llegamos a una enorme sala, cuatro paredes forradas con libros, viejos casi todos ellos. Muebles todavía más viejos; mesa, interminable; sillas, estanterías mil, varias butacas. Una chimenea encendida y crepitando. En el centro de la estantería principal, los libros se apartan para abrirle paso a una formidable reproducción al óleo del *Gólgota* de Munch.

Su calidad me quita la respiración.

Mi cliente está en un rincón de la sala, me mira cuando miro el cuadro. Sé que me está observando, lo noto, de reojo. Me escruta obscenamente. Es un hombre de edad indefinida que se ha instalado en mi campo visual pero que no consigue captar mi

atención ni cuando su jardinero mete cuatro billetes de cien euros en mi bolsillo, la paga que hemos acordado por el posado de hoy.

Tendría que cuadrarme, presentarme y tal vez hasta bajarme los pantalones del alma, pero el protocolo dice que si debo despojarme de mi dignidad cuando llego a un sitio como este primero tengo que empezar por rendirle mis respetos a Edvard Munch.

Y al tío que hizo esta copia habría que hacerle un monumento también.

—Creo que es la mejor imitación que he visto. Y habré visto unas cuantas —le digo a mi cliente sin dejar de mirar el lienzo—. También recuerdo haber pintado un par de facsímiles como este, pero los míos no fueron tan buenos.

Él no me responde. Pasan unos instantes y algo que todavía funciona dentro de mí decide que si quiero trabajar no puedo seguir pasando del patrón. Vuelvo la mirada hacia la pared sur de la biblioteca y clavo mis ojos en los suyos mientras esbozo una sonrisa torpe.

—Discúlpeme, porque no me he presentado, me llamo...

No puede ser.

Una enorme O mayúscula se instala en mi boca para amordazarme y borrar toda expresión de mi rostro. No puedo verme, pero sé cuándo se me ha puesto cara de muñeca hinchable.

Porque esto es increíble.

En la pared sur, junto a mi cliente, hay un cuadro mío.

Uno de los mejores. Lo pinté cuando estaba entrando en mi apogeo. Se vendió por una buena cifra, en la misma noche en que lo presenté por primera vez, en una vergonzante exposición al aire libre de las que yo solía hacer al comenzar el despegue de mi carrera, mucho antes de que mis cuadros llegaran a cuatro galerías decentes para luego desaparecer del mundo, rumbo al infierno donde arden los lienzos de los pintores olvidados.

Por aquel entonces muchos decíamos que yo iba a poner al día el expresionismo y tal vez llevarlo mucho más allá de lo modernista. Recuerdo haberme ganado la vida holgadamente y hasta haberme mudado a una buhardilla bastante cara, en aquellos años. Fue hace diez. Antes de que me rompieran el corazón. Sístole. Diástole. Sístole. Antes de las moscas, del silencio, de que mis cuadros perdieran la luz y la profundidad, antes de que se me terminara el numen. Antes de la heroína.

—Es... Es uno de mis últimos óleos por veladuras.

—Ni siquiera supe su nombre, hasta hace escasos meses —responde él hablándome en un francés perfecto—. No se lee bien, al otro lado del lienzo, no constaba en el catálogo de la exposición donde lo compré, y tuve que pagarlo muy caro cuando me obstiné en contratar a un marchante de Londres para que me identificara y luego localizara al signatario.

—Me llamo Jérôme Fournier —le digo yo, conmovido—. Aquí me tiene, pese a que nunca pensé que volviera a ver enmarcada ninguna de mis obras. No puedo creerme que haya usted seguido mi rastro desde París hasta aquí.

—Hijo, yo vine desde el centro de Europa hasta tu ciudad para alquilar esta casa sin más compañía que la de Dumitru, mi ayudante, al que ya conoces. Por todo equipaje traje obras como la tuya —añade apuntando a mi cuadro con ambas manos—, que viajaron enmarcadas y embaladas entre piezas de *tablex*. Llámame Iván.

Y vuelve las manos hacia mí, adelanta primero la izquierda, quizás para comprobar si es verdad eso de que soy ambidiestro. Un truco de gato viejo, no me lo habían hecho desde que dejé de pintar por encargo. Los ambidiestros tenemos algunas destrezas importantes a la hora de abordar ciertos trabajos, aunque yo no pinto a dos manos, jamás.

Nos damos un estrechón protocolario y nuestras respectivas manos parecen medir sus fuerzas por un instante. La suya es firme y estirada, vieja y fría. La mía está temblando y sudando, debilitada, enjuta y sucia. Nos miramos. Sus ojos no reflejan la luz de la chimenea y los butrones que hay donde tendrían que estar las chiribitas de sus pupilas se quedan grabados a escoplo en mi retina, cuando bajo la mirada a los pies y me quedo mirando mis zapatillas de tenis manchadas a partes iguales de pintura y mierda. Sigo conmovido. Diástole. Rayos. Joder. Hay algo que tengo que decirle ahora a este hombre, ahora o nunca.

—Es un placer, señor. Me temo que debe ser usted el único admirador que me queda y... la verdad, temo decepcionarle.

—Todo el mundo lo hace.

—¿Decepcionarle?

—No. Temerme.

—¿Euh...? Mire, la verdad es que no estoy en mi mejor momento, no sé ni si sería capaz de trazar y mezclar con la precisión con la que lo hice en los tiempos en los que pinté ese cuadro.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Tengo que asegurarme de que eres quien creo que eres, hijo. ¿Cómo se llama tu cuadro?

—*Mil demonios aullando*.

—Sí, eso me dijo el marchante. Buen nombre. Bienvenido, Jérôme.

Nos quedamos callados otra vez.

Durante los últimos meses he ido cayendo cada vez más bajo. Primero cambié la cocaína y los cristales por heroína y pasé de ser un desgraciado a ser un yonqui desgraciado. Al poco, tuve que acostumbrarme a dar palos, a robar y a joderle el dinero a quien pudiera para ir saliendo adelante.

Creo que en mi camino habré pisoteado a unos cuantos. Pero seguro que nunca jodí a alguien que me apreciara. Que apreciara mi trabajo.

Dios, no puedo timar a este hombre.

—Insisto. Me temo que no estoy en condiciones de pintar otra obra como ésta que tiene usted aquí. Necesito su dinero, pero si realmente quiere usted que pinte como solía hacerlo en mis mejores tiempos, lo cierto es que soy un pintor acabado. Y también que no me siento capaz ni de rechazar su oferta... ni de estafarle.

—¿Cuánto hace que te estás envenenando la sangre, hijo?

Callo un momento.

Sin rodeos él, sin rodeos yo.

—Comencé a diario con el caballo hace pocos meses. Se supone que todavía estoy a tiempo de dejarlo, pero no me veo con corazón, señor.

Sístole.

—Te agradezco la honestidad, hijo, pero no he venido hasta aquí para escuchar tus lamentos. Puedes hacer el trabajo que te encomiendo. Lo sé. Lo puedo oler.

Niego con la cabeza. Él insiste. Es implacable.

—Tú vas a pintarme. Tienes los óleos a tu izquierda.

Tomo aire y me vuelvo a un lado para examinar el equipo que termina de desplegar el jardinero rumano frente a un magnífico caballete de roble. Tomo una paleta nueva, de madera blanca, y saco dos pinceles de la arqueta. Examino los aceites, agito algunos, dejo que me envuelvan por un instante y de pronto, mil óleos me están aullando.

Un cadmio naranja como ningún otro naranja que haya visto yo en el mundo si no es yendo hasta las cejas de heroína y luz solar. Un azul sévres soberbio. Dos tubos de carmín oscuro y profundo como ningún otro, uno podría arder con tanto rojo. El tierra de siena también es mucho más válido que ningún otro que mi mano haya mezclado antes. Este hombre sabe lo que se hace incluso mejor que yo. Conoce el trabajo, lo conoce de verdad.

Una pena no haberle encontrado antes, cuando yo todavía no me había convertido en un juguete roto.

No se me ocurre ningún tecnicismo razonable que esgrimir como excusa para rechazar el encargo, tras examinar todo el equipo que han puesto a mi alcance: un material de pintura exquisito, ejemplar. Me cago en sus muertos, diría que hasta me están entrando ganas de ponerme a esbozar.

Miro a mi cliente, me ha dado la espalda para devolver a su estantería el libro que estaba leyendo cuando he irrumpido en la sala. Vuelvo a mirar el equipo y todavía me parece mejor si me pongo a examinarlo con detenimiento y abro unos cuantos frascos, olfateo otros tantos óleos. De nuevo, le lanzo mi mirada a Iván y mi mirada lo atraviesa y cae al vacío.

No veo nada que pintar. ¿Cómo puedo yo hacerle un retrato a este tío? Nada en él me dice nada. Tendría que conocerle mejor para hacerle un retrato simbólico, supongo.

—El equipo es formidable, pero insisto en que yo no lo soy. Apenas he sacado a nadie al óleo, jamás fui un pintor de retratos. Y no sé si puedo hacer un cuadro de usted si va a posar como le parezca cada noche. Tampoco sé si cuatro noches serán mucho o poco tiempo para mí —hago aquí una pausa dramática, porque sé perfectamente lo que voy a decir a continuación—. En fin. Me temo que está usted planteando las cosas muy mal.

Él calla y yo insisto. Prosigo con mi discurso:

—Entiéndame. A mí me halaga mucho lo que está haciendo conmigo al traerme hasta aquí, pero...

—Escoja lienzo —responde él.

Dos palabras. Un único imperativo.

Y catorce mil telas que Dumitru, el jardinero, expone ante mis ojos. Hay lienzos de algodón, de cáñamo, de lino, de mil tamaños. Los va sacando de un cilindro de plástico y los extiende ante mis ojos para luego dejarlos caer sobre el caballete, uno tras otro, como el vendedor de modas que va desplegando prendas y tejidos ante los ojos hambrientos de una muchacha que viene a hacerse el mejor vestido para el baile.

Mis ojos van directos a un lienzo claro, fino y mestizo cuyo tacto se apodera de mi atención. Las manos van al pan.

Más que un lienzo es un cedazo. Me retiene, no me deja pasar, quiero quedarme en él. Es un paño único. Sobre una tela tan excepcional, hasta yo pinto algo.

Dios. Me siento como James Ensor a punto de pintar su *Entrada de Cristo en Bruselas*.

No puedo parar esto. Tengo que pintar.

Sístole. Diástole.

—Muy bien, esto se va a hacer —digo.

Y de repente comprendo que algo grande en mi vida se ha puesto a respirar.

Dumitru se marcha y nos deja solos. Yo me quito mi anorak y me arremango el chándal. Tomo aire, tomo paleta, tomo riendas. Afianzo el bastidor. Sístole, diástole. Esto va a ser un óleo grande, de cincuenta por sesenta. No habrá borrador ni apenas boceto. Algo que todavía funciona muy hondo y muy dentro de mí musita un débil *no lo hagas*, pero yo aprieto los dientes y vuelvo la mirada a mi cliente. Meto mis ojos en el negro de sus pupilas y la oscuridad que tiene Iván ahí adentro me envuelve y me lleva consigo.

Iván y yo nos estamos metiendo en un túnel muy oscuro.

Juntos atravesamos la noche.



# Proxeneta

Pinto primero sus ojos, aunque sé que no debería, tal vez luego los tenga que retocar... Pero me dejo llevar y comienzo por sus pupilas; todo girará en torno a ellas, como si fueran el epicentro de una tormenta. Sus ojos. Dos agujeros negros supermasivos. Un gato muerto mira a través de ellos, un destello de luz parece haberse desinstalado ahí, al fondo. Iván está mirando a una *stripper* que se contonea en las llamas de la chimenea, pero su mirada no refleja el fuego. La luz del mundo parece escapar de él.

No obstante, hay algo en su expresión que se regodea. Trempa. Se refocila. Salpica.

Está relamiéndose de placer. Mira la lumbre y se siente bien. Lo veo en sus tripas. Se siente complacido porque sabe que él y yo estamos empezando algo. El hijo de puta está posando para mí. Maldita sea, este hombre realmente quiere ser retratado.

—¿Por qué un retrato expresionista, señor? —le pregunto. Y los óleos se derraman sobre mi paleta.

—Yo no puedo hacerme fotos, hijo.

—Y yo tampoco puedo hacerlas, señor.

—Me llamo Iván.

Colores que nunca ha visto el sol están brotando como flores salvajes en el barbecho de mi paleta. Se mecen si el pincel las sobrevuela suavemente, igual que si el viento las estuviera acariciando. Ahora óleo azafrán y en mi paleta veo un campo de girasoles bamboleantes, ahora sumo dos azules y de pronto tengo delante una llanura cubierta de hierba fresca y flores amarillas que se peinan con el poniente, luego pongo cobrizo y aparece a mis ojos una pradera de posidonia que se pone a cimbrear cuando buceo sobre ella, cuando me sumerjo en el óleo. Cierro un instante los ojos y ahora mi pincel es una cerilla que prende un rosal de pétalos rojizos. Cosas vivas y felices que danzan al ritmo de mi música, un millón de flores imposibles, y yo me decido a libar de ellas.

Soy la puta abeja reina del expresionismo.

Bailad, bailad para mí, malditas.

Arded en mil colores furiosos. Quemad los ojos del que mire.

Desatad la luz.

—Iván, sabe usted de sobra que yo no voy a retratarle, sino a representarle.

—Por eso no suelo hacerme fotos, porque salgo mucho más que feo en todas las que me hacen. Tampoco me gusta si me miro en los espejos... Supongo que pierdo mucho ángel, al natural. Mi única esperanza es que un hombre como tú sea capaz de llevarme al lienzo, que alguien sepa sacar lo mejor y lo más profundo de mí, para ponerlo ante mis ojos.

—¿Se verá usted en mi cuadro si le pinto como a un monstruo?

—Me he visto hecho un monstruo cada vez que la vida me ha querido pintar así.

—Pues entonces cuénteme su vida. ¿De dónde es usted?

—He vivido aquí y allá. Casi siempre he ido y venido sin pasar demasiado tiempo en ningún lugar. No recuerdo haber nacido, lo mismo que tú.

—Yo me crie cerca de esta ciudad, marché a París para triunfar y volví aquí al fracasar —le digo yo, marcando las palabras con sorna. Tengo la esperanza de que mostrarme así le hará seguirme el juego y me siento cómodo enfrentándome a él, porque, al fin y a la postre, retratar a un hombre es un buen motivo para mirarlo de frente y plantarle cara—. Ya ve lo fácil que resulta contar la vida de uno en tres patadas. Pruebe usted, Iván. Seguro que lo consigue.

Mi cliente suspira y vuelve la vista de las llamas de la chimenea a las que parecen salir del genio de Munch.

Yo comienzo a trabajar con sus rasgos y mis óleos, a toda velocidad, barriendo los colores y blandiendo todos los pinceles de la arqueta. Cuando él empieza a hablar sucede que el pincel en mi mano se arranca sobre la piel del lienzo y así es como el retrato se pinta, se pinta solo, al ritmo de su historia.

Su historia me atrapa, como las fauces de un lobo. Más que un cepto para osos.

—Trabajé como proxeneta, en los ochenta. Aunque entonces el nombre de mi ciudad era Leningrado, yo prefiero el de San Petersburgo. Fui parido de espaldas, criado contra el Estado, crecido pese a la Unión Soviética. En ella me convertí en un tratante de blancas.

»Se suponía que estábamos en un país que no tenía entre sus filas a hombres como yo, se suponía que éramos los revolucionarios ciudadanos de un estado comunista, de un país donde la mujer ya era libre y la prostitución se había abolido definitivamente. Por eso no estaba ni prohibida.

»Por eso las enfermedades venéreas estaban tan lejos de ser erradicadas.

»Yo era el hombre tranquilo de Madame Chzov, su amigable y sereno puño de hierro. No hablaba con nadie y nadie hablaba conmigo. En rigor, yo no hacía otra cosa que garantizar la seguridad de las señoritas, algo que casi nunca era necesario. De modo que no me ocupaba de nada importante, salvo despachar con el Partido y disuadir con mi mera presencia a todo aquel que tratara de acercarse a las muchachas sin contar con la debida recomendación.

»Madame Chzov arreglaba citas entre hombres importantes y muchachas irrelevantes. Yo era quien recibía los encargos. Éramos un equipo ganador.

»—Llévate a Ksyusha al hotel Evropeiskaya, acompáñala hasta la habitación doce, digan lo que digan los recepcionistas. Que nada te detenga. Si alguno de ellos se niega a colaborar, le entregas esto de mi parte. No dejes a Ksyusha a solas con el cliente hasta que el cliente no te entregue un sobre con el membrete del Partido, el

lacre del comité y mi nombre escrito en él. ¿Lo has entendido bien, Iván?

»Y yo asentía como sólo lo haría un idiota. Eran tiempos y sitios difíciles, si no eras un idiota. Lo mejor que podías hacer cuando te veías individuo de mi condición y estabas en una ciudad como aquella era pasar completamente desapercibido. Buscarte una ocupación nocturna. Hacerla como el que hace cualquier otra estupidez. Interpretar el papel de un alma de cántaro en el mundo de los desalmados. Rodearte de gente que no tiene un trabajo de verdad y hacer como que tú trabajas de verdad para ellos. Ésa fue mi jugada y me sirvió para medrar sin que nadie reparara jamás en mí, ni lo hicieron las personas decentes ni lo hicieron los canallas. Nadie presta atención a un alcahuete cretino.

»Y así es como un chulo le puede chulear a la vida. El mayor triunfo del demonio es haber convencido a los hombres de su inexistencia, de su intrascendencia. Tuve tranquilidad y estabilidad durante un par de lustros.

»Todo comenzó a irse al infierno para mí cuando Ksyusha salió de su cuarto aquella tarde. La fui a recoger a su casa y, al hacerlo, cometí el mayor error de todos los que todavía no he conseguido olvidar.

»Me planté en su barrio, en las afueras, en un distrito de *kommunalkas* de nueva construcción. Lo convenido era que nos reuniéramos frente a la parada de autobuses, pero Ksyusha se retrasó.

»Se retrasó más de media hora.

»Pregunté a unos vecinos por ella. Mi error. Resultaron ser sus hermanos. Me hicieron pasar al interior de la *kommunalka* en la que vivían pese a que yo no parecía la clase de hombre con el que habrían querido verla ni la clase de hombre que habría querido conocer a su familia. Acto seguido, me sirvieron vodka, aunque les dije que yo nunca bebo. Fue la primera vez que probé el vodka. Conocí a su padre, un cerrajero moscovita. Me presentaron al abuelo, a la abuela y hasta a la familia con la que compartían la vivienda, una pareja joven recién llegada de Karelia. Recorrí el edificio siendo recibido y acogido por todos aquellos desgraciados como el novio de Ksyusha.

»Un error terrible e imperdonable en un empleo en el que la discreción es vital. Yo no supe cómo escapar de todo aquello en lo que me acababa de ver metido por culpa de la tardanza de la pobre y anodina mujerzuela aquella. En cuanto me dejaran a solas con ella la iba a matar.

»Entonces Ksyusha salió de su cuarto y yo la vi por primera vez. Había estado acicalándose durante una interminable hora y cuando dio el emperifollamiento por terminado no tuvo mejor idea que irrumpir en el salón embutida en un precioso vestido rojo. Yo con ganas de matarla.

»Y ella estaba para matarla.

»No nos habíamos visto antes. No nos hizo falta volver a hacerlo para saber que

nos gustábamos, demasiado.

»Nadie me preguntó por mi trabajo ni por mi edad. Nadie preguntó ni a qué hora volveríamos cuando me marché con la pequeña Ksyusha, todos dieron por hecho que íbamos al baile del distrito, al club social, como el resto de parejas de la ciudad. Para colmo, Ksyusha era tan pequeña y tan sencilla que se impregnó de todo aquello y se despidió de su familia tomándome del brazo como si nos fuéramos de verdad al baile.

Yo aparto por un instante la mirada del lienzo y la pongo sobre Iván, inquisitivo. Muevo la cabeza a los lados y pongo cara de rechazo.

—¿Cómo pudo dejar que aquella pardilla se pusiera cómoda a su lado siendo usted su chulo? ¿Eso no es endiabladamente cruel?

—En efecto. Lo cierto era que íbamos a que un viejo canalla la desflorara. Por mucho que ella se sintiera feliz haciendo el papel de mi novia, el caso es que a mí me habían encomendado que se vendiera su inocencia sin problemas y a ella le habían dicho que un miembro candidato del Politburó estaba buscando a una estudiante bonita con su perfil para un importante evento mediático del Komsomol, la organización juvenil del Partido, que por aquella época convertía en famosas a las azafatas, actrices y modelos que empleaba para sus constantes campañas de comunicación y propaganda.

»Aunque era cierto que el cliente de Madame Chzov era un hombre poderoso del que se podían obtener grandes prebendas y al que no solían negarse favores, también era verdad que a Ksyusha la llevábamos engañada.

»Y eso no era nada nuevo para mí, por supuesto. La mayoría de las muchachas a las que metíamos en aquello nunca sabían bien hacia dónde las arrastrábamos hasta que ya estaban bien rotas por dentro.

»Vivir de aquello no era bueno ni para mí ni para nadie que se me acercara, pero me permitía llevar la vida que alguien de mi condición tiene que llevar. No solía pesarme cargo de conciencia alguno porque yo no comprendo muy bien lo que significa eso.

»Al menos no hasta que conozco lo que habita tras las caras de la gente. Las personas tienen... luz, al otro lado de sus ojos, hogueras bailando por dentro, puedes escucharlas chascar si te acercas mucho, lo mismo que el mar puede escucharse en el interior de las caracolas. Hay interminables tormentas de fuego agitándose en todos y cada uno de vosotros. Por encima de ellas, expresiones, gestos, semblantes; caras que os ponéis como el que se viste, atuendos para las ocasiones. Disfraces de combate.

»El de Ksyusha era una enorme sonrisa, aquella noche. Una sonrisa tan pura y tan sencilla como ella. La acompañé por todo el jardín de Verano y no se soltó de mi brazo en ningún momento. Al principio la dejé hacer porque estábamos en su barrio y no tuve otro remedio que continuar pasando por su novio ante todo el vecindario, medio sindicato y un distrito de *jrushchovkas*. Ya tendría tiempo más adelante para

ajustar cuentas con ella por haberme metido en todo aquel embrollo.

»Poco después de abandonar el distrito de su *kommunalka* nos tocó atravesar el parque en medio de la noche y decidí que era mejor tenerla sujeta a mi brazo como una lapa. Sería más seguro.

»Porque el jardín de Verano era peligroso en el San Petersburgo de aquella época. En una dictadura de semejante calibre se suponía que el proletariado no perdona a las tantas si no era alrededor de las pocas zonas habilitadas a tal efecto, por lo que, pasada la hora de cenar, la única manera de cruzar de la Fontanka a Kutuzova o llegar al Troitskaya ploshchad era atravesar el jardín de Verano, que estaba supuestamente cerrado al público, y, siete meses al año, oscuro a más no poder.

»Oscuro en cada invierno... Porque en los veranos como aquel, la noche de Leningrado es de apenas cuatro horas. Es un anochecer que cubre al amanecer, manteniendo el cielo permanentemente iluminado por un sol que apenas se decide a hundirse bajo la línea del horizonte. Así de superficiales son las famosas noches blancas de Petersburgo, la única megalópolis subpolar del mundo: tres millones de almas sólo pueden reunirse tan al Norte del planeta en un sitio como San Petersburgo para vivir noches de verano repletas de luz y agitación, en las que igual se puede leer veintitantas horas al día. La urbe entera bulle actividad y vida, una vida diametralmente opuesta a la que se disfruta en invierno, en un invierno terriblemente oscuro, de días de apenas cinco horas de sol.

»Y cuando digo oscuro no digo oscuro para los estándares de las farolas que conoces tú, hijo mío. Un invierno oscuro en la decadente Unión Soviética de finales de los ochenta quiere decir oscuro como la madriguera de un topo. Para colmo, durante la medianoche el parque tenía fama de andar plagado de maleantes como nosotros; por lo que tampoco era mala idea, pese a lo vibrante del verano en el que Ksyusha y yo nos conocimos, dejar que la pobre desgraciada aquella continuara incubando el peligroso delirio de que éramos una pareja.

»Además, qué demonios, estaba empezando a gustarme que se apretara junto a mí. Era bonita. Nos estábamos dando un baño de luz solar post crepuscular, era dulce.

»Caminábamos despacio, a lo largo de un camino flanqueado por árboles de todo tipo, hablándonos en voz baja, para que nadie nos descubriera, cuando ella se soltó de mi brazo. Y echó una breve carrera que terminó en un gracioso salto.

»—¿Qué haces? ¡Baja de ahí ahora mismo! —le dije yo, al ver que se disponía a encaramarse a lo alto de un formidable manzano. La vi trepar y escalar con maneras de mono hasta casi coronar la copa, que igual levantaba doce metros del suelo.

»—¡Baja inmediatamente, baja o te subo yo a buscar! —insistí, sin atreverme a levantar la voz del todo. Pero ella seguía riéndose y tomándose mi enfado a broma, jugando con aquello.

»Siempre lo hace, siempre desobedece. En aquella época lo hacía todo el tiempo.

»Se estiró y se enroscó en una rama hasta llenar sus medias de carreras. El árbol se sacudió como si tratara de librarse de aquella muchacha, que al final consiguió salirse con la suya, porque alcanzó una preciosa manzana. Una enorme manzana Antonovka, roja como la sangre de un bebé. La única roja de todo el árbol.

»Si los zares comieran manzanas, serían como aquella, digna de un príncipe de Moscú. Si el demonio hecho serpiente tentó al primero de los hombres empleando una manzana, fue con aquella misma fruta maldita que Ksyusha acababa de arrancar de su rama.

»Se la metió en el interior de su vestido y comenzó a desandar el camino. Supo descender con cuidado y hacer pie rama tras rama hasta dejar caer ágilmente sus zapatitos en el suelo junto a mí.

»Yo estaba furioso. Solía golpear a las chicas que no respondían con diligencia a una orden directa. Sabía hacerlo sin dejarles marca. Los años de oficio me habían convertido en un experto en la canallada de la humillación y el amedrento. Supe de inmediato que, si Ksyusha y yo habíamos roto una norma sagrada al hacer creer a mucha gente que teníamos una relación, algo mucho más profundo se iba a romper alrededor de nosotros si en aquel preciso instante yo no le arreaba un bofetón de guante blanco.

»Quizás tocaba cogerla del pelo y ponerla de rodillas para luego llenarle la cara de insultos terribles y escupirle en los ojos. Tal vez amenazarla con algo terrible que le podía ocurrir a su abuelo. Ante los casos rebeldes, Madame Chzov me había llegado a recomendar que violara a sus muchachas o hasta que las apartara unos días de la circulación con una paliza de las de verdad. Y a mí no me faltaban arrestos para hacer cosas como esas incluso a chicas con una cara mucho más bonita que la de Ksyusha.

»Pero entonces Ksyusha se me acercó todavía más y me dio la manzana.

»Y me dijo:

»—Te la regalo.

»—¿...?!

»—Tienes que comer más fruta, Iván. Tienes muy mal color. Y yo no salgo con chicos que tienen mal color.

»Traté de reaccionar lo mejor que pude ante algo como aquello.

»—¿Pero qué...? ¡Tú y yo no estamos saliendo, pedazo de idiota! ¡Yo soy sólo el hombre que te lleva a un trabajo! ¡Y más te vale obedecerme si no quieres que te...!

»—Ya sé que he subido muy alto —me interrumpió ella, sin mirarme ni dejar de sonreír, al tiempo que se alisaba el vestido—, pero no hace falta que te preocupes por mí, que yo ya sé lo que me hago. Además, en pleno Jardín de Verano ya ves que no hay manera de conseguir una manzana tan buena y tan gorda como ésta si no es subiéndola hasta lo alto de los manzanos. Y yo no quiero que mi novio se tenga que

conformar con una manzana cualquiera, ¿sabes?

»—Deja de... ¿Has dicho novio? ¡Escúchame bien! ¡Me han enviado para...!

»Me puso la mano sobre la boca. Yo estaba hablando a voz en grito, en plena noche. Mala cosa. El haz de una linterna interrumpió nuestra bronca desde el otro extremo de la avenida.

»—¡Tsssch! ¿Ése de ahí no es el vigilante del parque?

»Y tuvimos que marcharnos, apretando el paso. La discusión tuvo que esperar. Ella me volvió a coger del brazo. Me dijo que me comiera la manzana y yo me comí la manzana. Y eso que yo no como manzanas. Nunca había comido antes una manzana, nunca jamás, que yo recordara. Tampoco he vuelto a hacerlo desde aquel día.

—¿Llegaría usted a enamorarse de aquella muchacha? —le pregunto yo, con una sonrisa en la boca que parece más ácida que una manzana verde; aprovecho que me toca cambiar de tono y voy a tener que limpiar a fondo dos de mis pinceles principales. El olor del disolvente impregna la estancia mientras Iván vuelve la mirada a la chimenea en busca de respuestas.

—Yo no suelo enamorarme, hijo —me responde mi cliente, mirando con ojos complacidos cómo reanudo la pintura—. No me interesan las mujeres ni el fornicio ni empatizo con la gente... Pero algunas cosas que hacen a veces las personas pueden conmoverme. El arte me hace vibrar y también los sentimientos intensos. Al fin y al cabo son la misma cosa.

»Ksyusha era todo sentimiento, era un ser puro y era arte vivo. Me gustaba mucho, como me gusta la luz de las estrellas. Tengo conmigo la luz de las estrellas todas las noches, pero eso es algo que contemplo desde un océano de distancia. Supongo que con Ksyusha me pasaba y me pasa algo parecido. Ella y yo podemos caminar bajo la luz de la misma luna, pero por encima de nuestras cabezas siempre estaremos separados por un mar de estrellas.

»Recuerdo cómo aquella noche la llevé hasta el hotel Evropeiskaya, sintiéndome como un idiota por cómo había ido aquel servicio, con el vodka y la manzana revolviéndome el estómago y el brazo de Ksyusha eternamente entrelazado con el mío, su parloteo insustancial envolviéndome en todo momento y la constante sensación de que algo funcionaba terriblemente mal cada vez que me preguntaba cómo era que yo no conseguía estar profundamente enfadado con ella.

»Pensé que todo aquello se disiparía en cuanto pusiéramos las cosas en su sitio, así que la conduje hasta la habitación doce. Ella aguardó fuera mientras yo entraba a tratar con el viejo kirguís que nos la había comprado. Él me entregó un sobre con el membrete del Partido, el lacre del comité y el nombre de pila de Madame Chzov escrito en él. Acto seguido, yo salí de la estancia y la hice pasar a ella.

»—Haz todo lo que te diga este hombre y no montes ningún escándalo —le dije

yo, sin titubear ni dejar que respondiera. Después la empujé al interior de la habitación doce.

»—Te estaré esperando aquí afuera —añadí, zanjando todo indicio de conversación al ponerme el dedo índice frente a los labios. Y cerré la puerta tras ella.

»Ya estaba hecho. Me aposté frente a la puerta y me quedé mirando la punta de mis botas, sin entender porqué me sentía de repente tan incómodo con lo que me tocaba hacer en aquel momento.

»Aguardar.

»Aguardar a que Ksyusha hubiera sido consumida por aquel viejo. A saber qué depravaciones albergaba en su interior. Era un mal tipo. Lo supe en cuanto lo miré a los ojos. Yo siempre sé esas cosas. Puedo leer a muchas personas como si fueran libros abiertos y aquel tipo era malo, muy malo, insidioso. Algo en él me producía escalofríos.

»Creí que los gritos y los golpes se iban a desplegar tras aquella puerta, como sucedía algunas veces, pero no fue así. Me puse a andar en círculos y a moverme como un perro inquieto. Vomité la manzana y el vodka. Traté de distraerme, de ocuparme, y recorrí algunos metros del pasillo frente a la habitación aquella. Abrí una de las ventanas que había al final del corredor y saqué medio cuerpo fuera, tratando de respirar, aunque fuera aire helado. Descubrí que, en la puerta trasera del hotel, había aparcado un enorme automóvil de los que solían emplear los dignatarios del Partido. Acodados sobre maletero, dos fornidos escoltas charlaban entre ellos en idioma kirguís. Se les podía oír departiendo ruidosamente desde la primera planta en la que me encontraba yo. El chofer les escuchaba con una sonrisa. Se veía que el cliente de Madame Chzov también traía consigo un séquito, uno que me hacía parecer pequeño y humilde. Me pregunté qué clase de cacique acude custodiado por dos hombres armados cuando viene a verse con una joven señorita a un hotel donde no se hacen muchas preguntas.

»Cerré la ventana. Di otros dos largos paseos por el pasillo de aquella planta. Le propiné un puntapié al rodapié de la moqueta, repetí la operación hasta astillarlo. Fue como si en aquella habitación que yo estaba custodiando estuvieran pariendo a mi hijo primogénito. No paré quieto ni un instante durante las dos horas largas que duró aquello.

»Tras las cuales, la voz del viejo kirguís a través de la puerta me indicó que ya podía pasar.

»Y entré en la habitación, entré con el ímpetu del que espera encontrar un terrible desastre aguardándole. Y lo único que vi era a Ksyusha vistiéndose junto al sofá.

»Su sonrisa seguía siendo igual de enorme y de limpia que cuando la vi bajar de su cuarto.

»El kirguís recogió un par de maletas y un cartapacio y se acercó a mí para



decirme:

»—Mañana de nuevo aquí, a la misma hora.

»Mis ojos lo traspasaron, miraron dentro de él y se posaron sobre la tormenta en su interior. ¿Qué tramaba aquel tipejo?

»Él me estrechó la mano y salió de la habitación, dejándonos a solas.

»Yo me volví a Ksyusha, perplejo. Ella ni se molestaba en cubrirse ante mí. Se vestía con la cachaza del que acaba de amanecer. Se subía lentamente y con descaro las medias, llenas de carreras. No parecía alterada ni lo más mínimo. Su cuerpo ante mis ojos, menudo y firme, insolente.

»¿Y bien?

Y bien ¿qué?

»—¿Cómo estás?

»—Cansada. Tengo sueño. ¿Me acompañas de vuelta a casa, entonces?

»—Pues... sí, claro. Entonces... ¿ha ido bien?

»—¿Qué te pasa, Iván? —me preguntó ella con un destello de mordacidad en su permanente sonrisa—. ¿Estás preocupado por lo que me haya podido hacer ese hombre?

»—Pues... un poco, sí. ¿No te ha hecho daño?

»Ella se rio como una niña. Siempre jugaba conmigo. Siempre juega.

»—No, no me ha hecho ningún daño. Me ha tratado con extremo respeto y me ha hecho sentir cómoda en todo momento.

»—Vaya. Me alegro.

»Lo cierto era que yo no entendía nada.

»—¿Necesitas saber todo lo que me ha hecho hacer, cariño?

»—Yo... no necesito nada.

»Lo cierto era que yo necesitaba todo tipo de explicaciones. Me sentía como un bailarín torpe que no consigue coger compás. Aquello me superaba.

»—Sólo me ha pedido... pintarme.

»—Pintarte.

»—Ajá. Quiere un posado. Me ha dicho que necesitaba sacar un óleo de mi cuerpo sin ropa y me ha prometido que no retratará mi cara. Luego ha desplegado equipo de pintura y se ha pasado todo el tiempo tras el lienzo.

»—Ya lo has oído. Dice que con cuatro sesiones tendrá suficiente para pintarme —añadió ella, visto que yo no conseguía pronunciar palabra—. Así que mañana me recoges de nuevo, a la misma hora.

»Yo no supe qué era lo que me tenía tan asombrado, si sería que aquel viejo kirguís acababa de sorprenderme por su honradez, o si era que me estaba empezando a importar demasiado aquella muchacha.

»Porque lo cierto era que me alegré sobremanera de que a Ksyusha no le hubiera

pasado nada de lo malo que esperaba que le sucediera, en manos de aquel hombre.

»Y algo muy malo vibraba en las manos de aquel hombre. Algo que no terminaba con los pinceles, algo oscuro y enfermizo. Aquel individuo estaba podrido hasta la médula. ¿Y sólo quería pintar? ¿Había pagado por su inocencia y no la iba a deshonar? ¿Y qué era el infierno que ardía tras sus ojos?

—Me cuenta usted una historia intrigante, Iván —le dije apartando un momento los pinceles y dejando caer mis brazos, en parte para descansar de la pintura y en parte para descansar de él.

—Usted preguntó.

—En efecto, porque soy el que pinta aquí. Le pintaré según le vea y, si sigue hablándome de sí mismo en esos términos, terminaré sacándole muy feo, terriblemente feo. ¿No puede usted contarme cosas buenas que haya hecho, algo bonito?

—He pasado los mejores momentos de mi vida entre lienzos bonitos, terriblemente bonitos. He tenido y perdido, comprado y vendido, quemado y admirado toda suerte de pinturas. El mundo me ha cansado lo mismo que mis cuadros, todos han terminado por hartarme la vista. Todos los óleos que me han hecho disfrutar han terminado pareciéndome insustanciales y mediocres tiempo después de descubrirlos. A día de hoy, ya no disfruto contemplando a casi ninguno de los clásicos —añadió una mirada furibunda a su copia del *Gólgota*—. Ya ve, el mundo del arte pictórico ha terminado por hastiarme. Quizás porque ya no puedo pintar nada por mí mismo.

—Entonces, ¿por qué quiere que le pinte yo?

Iván volvió la mirada hacia mi cuadro, *Mil demonios aullando*.

—En realidad vine para conocerte, para seguirle el rastro a tu trabajo. Por desgracia, anteanoche sucedió una cosa que ha hecho que yo me sienta superado por la vida y ahora lo que más quiero es mirarme por los ojos de un pintor, de uno que todavía no me haya dejado de gustar.

No estaba mal como confesión.

Pero era todo un horror escuchar aquello cuando se tenía la paleta en una mano y el pincel en la otra.

# El beso

—Al día siguiente hubo otra noche blanca, de apenas cinco horas sin sol, otra luna casi muerta, otros tres vasos de vodka casi llenos y esta vez un vestido amoratado; ajustado a la piel más que ningún hematoma caliente. Venas en su escote, venas en mi gollete. Nos cogimos de la mano y llegamos al parque, donde hubo que reemplazar la manzana del paseo por un par de besos rojos, que ella supo arrancarme pese a que fui yo quien acudió a por ellos.

»Morder su carmín en una noche sin penumbras era apurar el vino de un cáliz sacrificial frente a la asamblea de fieles, observar un poderoso incendio forestal tras unas gafas de sol tintadas de rojo, mascar un entrecot al punto justo después de haber desollado la res. Pintar una escena de caza con sangre, en la pared de una cueva iluminada por antorchas.

»Aquella mujerzuela me hacía sentir vivo, como si algo se hubiera puesto a latir en mi pecho. Bajo mis costillas no había sonado un corazón marcando el paso durante los últimos cien años. Veinte después de aquella noche, sigue moviéndose algo en mi interior. O eso me parece, cada vez que miro a Ksyusha.

—La cosa termina en boda, entonces —me aventuro a decirle yo, en tono socarrón, cabrón con pinturas que soy. No pierdo comba y no dejo de trabajar en mi lienzo.

Está siendo una noche insigne. Pinto como hacía años que no pintaba. Estoy exultante. Voy a clavar en mi tela a este bastardo lo mismo que a un Cristo. Miro el *Gólgota* de Munch y el *Mil demonios aullando* de mi humilde persona y sé que estoy más cerca de lo uno que de lo otro. Luego miro a Iván, agitándose frente a la hoguera, y tengo que volverle a interpelar.

—Digo que si la cosa termina en boda —le insisto. Nada me va a parar. Quiero más.

—Hay uniones que se mantienen por las bendiciones y la nuestra es más poderosa que ninguna otra maldición.

»Entonces ya lo era.

»Nos abrazábamos y la música entre nosotros movía su tórax y el mío mucho más que nuestra propia respiración.

»—¿De qué te escondes, Iván? —me preguntó ella, apretándose contra mí, bajo las estrellas más cobardes y el anochecer más valiente que se hayan visto en el cielo. Su voz me sosegaba como el batir de las ramas de los abedules, convertida en un susurro.

»—¿Debería hacerlo? ¿Tendría que esconderme?

»—No creo. Pero sé que lo haces. ¿Por qué si no iba un hombre sensible y dulce como tú a trabajar la noche?

»—No soy un hombre. No soy dulce. No soy sensible. Yo no trabajo.

»—No trabajas, sólo te escondes.

»No soy como los demás —respondí, tratando de hacerla callar con un beso. Pero, en aquellos tiempos, Ksyusha era de las que no callarían ni bajo el agua.

»Yo no sé mucho, pero estoy segura de que tú no eres como los demás. Hay algo que no encaja contigo, algo que se oculta. Para empezar, todavía no has dicho nada acerca de tu persona. ¿Por qué me gustas tanto si apenas te conozco, Iván? ¿Por qué no sé decir casi nada sobre ti?

»—La Revolución de Febrero convirtió en propiedad del Estado los castillos y los bosques que me pertenecen por legado histórico. Así que ahora soy otro proletario maleante más. No tengo otra cosa que contarte.

Oh, y qué más.

»—Y mis planes para el futuro pasan por aprovechar estos tiempos turbulentos de Perestroika y reformas para ver si consigo recuperar mis títulos nobiliarios. También pretendo reclamar legítima propiedad privada sobre tu corazón, sobre tu cuello y sobre tus posaderas, Ksyusha.

»Ella se rio. Su risa era la de una niña pequeña, fácil y fugaz. Cada vez que la hacía sonar yo sentía que hasta las conversaciones más insulsas que sosteníamos tenían su razón de ser en el mundo.

»—Y tienes buen sentido del humor... Me gustas mucho, Iván. ¿Cuántos años tienes?

»—Yo no tengo años, Матрёшка. No tengo años porque formo parte del infierno.

»Volvió a reírse. Música para mis oídos. Luego nos dimos otro beso. Miel para mis labios, aunque yo nunca he probado la miel. Apenas conozco el sabor de lo dulce.

»—En serio, Iván. Puedes contarme lo que sea. Deberías empezar a hacerlo.

»—Todo a su tiempo —le dije—. Poco a poco. Ahora tenemos que trabajar.

»Y reanudamos el paso. Nos desensamblamos y, sueltos pero enlazados, lo mismo que un plato y su cadena, pusimos rumbo al hotel donde ella se iba a volver a quedar desnuda y a solas con un perverso kirguís que había movido dinero e influencias como para que le dejaran abrir en canal a la mujer que me estaba robando el alma.

»Aquello me destrozaba la noche, pero era para mí poco más que otro de los trámites que la vida interpone entre tus planes y tus pasiones.

»De modo que me planté en aquel hotel e hice mi papel, lo mismo que la noche anterior. Y lo mismo que pasaría en la siguiente. Yo hacía de novio de Ksyusha y luego hacia de comadre. Bajo la ventana de la habitación número doce, el enorme automóvil del Partido aguardaba a que el kirguís terminara la sesión de pintura. Éramos media docena de personas, contando a los trabajadores del hotel, los que bailábamos aquella estúpida danza para que aquel ridículo tipejo pintara su maja

desnuda. Volví a vomitar el vodka. Volví a patear uno de los rodapiés de la moqueta. Aquello ya empezaba a convertirse en un ritual. Poco después, ella me llamó para que entrara a recogerla, en cuanto terminó la sesión de pintura.

»Salir con Ksyusha era un placer si había que recogerla, luego venía el dolor, al entregársela al cliente y al final otro gustazo, antes de devolverla a casa. Me llevaba alto y luego bajo, como ningún otro revulsivo. Era mi trastorno bipolar. Mi sístole y mi diástole.

Diástole.

—Caminar con Ksyusha hacia su casa tras visitar la habitación doce del Evropeiskaya era gloria bendita. Faltaban apenas veinte minutos para que empezara a insinuarse en el horizonte la silueta del sol, la noche blanca subpolar se nos iba desangrando; pero nosotros todavía teníamos sangre en las venas.

»Y nos besamos. Y nos mordimos. Hicimos el amor bajo el manzano del jardín de Verano. No fue una gran sorpresa para ninguno de nosotros, no fue como cuando me hizo comer una manzana, pero fue la última y la primera vez en la que realmente sentí lo que era hacer el amor con una mujer.

»Después de algo como eso, un hombre nunca vuelve a ser el mismo.

»Después de algo como eso, alguien de mi condición se siente capaz de cualquier cosa para defender un momento así.

# La huida

—Iba a ser el último día de pintura, la cuarta noche consecutiva en la que yo llevaría a Ksyusha al Evropeiskaya. Si todo salía bien, después de aquello terminaríamos con aquel cliente tan raro y podríamos decidir qué íbamos a hacer con el resto de nuestras vidas, juntos.

»Ella quería que yo renunciara a la noche. Yo quería que ella hiciera otro tanto. Ambos tendríamos que abandonar a Madame Chzov. Ambos temíamos que algo como eso no iba a resultar ni cómodo ni agradable para nadie, pero confiábamos en poder hacerlo. Habíamos fantaseado acerca de los empleos que podríamos aceptar si nos establecíamos en una bonita *kommunalka*, hablado de los hijos que íbamos a tener, planeado mudarnos a una dacha de las que el Estado asignaba a los jubilados ilustres, cuando nos llegara la vejez, tras una vida plena y feliz. Todo en tres noches blancas demasiado largas.

»Después de lo que sucedió aquella última noche, Ksyusha y yo construiríamos una vida juntos, sí, pero para ello tuvimos que pagar un caro precio. Ninguno de nosotros volvió a ser el mismo. Ninguno de nuestros planes salió adelante sin torcerse. Y tuvo que derramarse mucha, mucha sangre.

Hace ratos que ya no interrumpo a mi cliente, en parte porque estoy absorto en la pintura y en parte porque lo morboso de su historia me está cautivando. Pronto se habrá hecho de día y la verdad es que no tengo ganas de que salga el sol porque está siendo una de las mejores noches de mis últimos años.

Iván prosigue con su narración. Disfruta contándomelo todo, como si fuéramos amigos. No sé si es el típico fanfarrón que disfruta contándoles sus batallitas a los demás o si será que este hombre tiene pocos amigos y agradece mi conversación, pero parece que le hayan dado cuerda. Y que nada de todo cuanto le ha pasado tenga que acompañarle a la tumba.

—Recuerdo haber recogido a Ksyusha en su casa como empezaba a ser costumbre, sólo que aquella vez me personé en su *kommunalka* en cuanto pude. Cada día habíamos estado quedando un poco más pronto que el anterior, para poder pasar juntos más tiempo. Sus familiares comenzaban a preocuparse por si nos estábamos viendo demasiado, pero... Qué demonios, era verano, eran las noches blancas de Petersburgo; Ksyusha era joven y estaba de vacaciones, como todos los graduados de secundaria de la ciudad, que siempre reciben sus diplomas por el solsticio de junio, de modo que los puedan celebrar durante toda la estación de luz.

»Así las cosas, no me resultó difícil convencer a su padre de que confiara en mí. Eso sí, a sus hermanos no fui capaz de controlarlos y evitar que me volvieran a emborrachar con aquel vodka rojo tan fuerte que tenían.

»Eran un encanto de gente, la familia que nunca tuve y que jamás tendré. Me

gustaban, todos. Y yo parecía gustarles a todos ellos. Desafortunadamente, aquella fue la última visita que pude hacerles. Jamás volvieron a verme tras lo que sucedió poco después, jamás creo que me perdonen lo que tuve que hacer aquella noche.

»Volví a llevarme a su pequeña y le hice el amor bajo el suave baile de las estrellas anémicas, el cielo electrificado y las ramas del enorme manzano, que ya se había convertido en nuestra alcoba. Llegamos al hotel cogidos de la mano y un nuevo vehículo del Partido nos estaba esperando, aquel día aparcado frente a la entrada principal del Evropeiskaya. Se nos hizo raro comprobar que no era el potente automóvil ZIL de cada noche, sino un vetusto carruaje tirado por cuatro caballos negros y bien engalanado. Los dos guardaespaldas, sentados junto a la cochera, nos miraron entrar en el edificio y no pudieron evitar el sonreírse. Nosotros les dimos la espalda y fuimos subiendo las escaleras hasta la puerta doce, donde nos besamos antes de despedirnos.

»Como cada noche, me aposté frente a la habitación, dispuesto a pasar un par de horas de espera allí en medio, plantado como un pasmarote. Fui al lavabo a vomitar el vodka. No me hizo falta golpear ningún rodapié porque ya no estaba enfadado con el mundo, me sentía a gusto, contento, ansioso por que todo terminara pronto y mi nueva vida pudiera comenzar.

»Entonces un aullido terrible hizo añicos mi momento de felicidad y la voz de Ksyusha gritando mi nombre hizo que, efectivamente, mi vida diera un vuelco.

»—¡Iván!

»La pesadilla acababa de empezar. Me planté a escasos centímetros de la puerta y bramé:

»—¡Ksyusha! ¡Voy a entrar!

»—¡Iván, Iván, ven enseguida!

»Y yo no me molesté en tratar de abrir la puerta de la habitación, sino que la tiré debajo de un golpe. La madera crujió y rechinó bajo mis botas como un pan recién hecho; acto seguido, me planté frente al kirguís, moviéndome como un relámpago.

»Y el individuo aquel sostenía frente a los ojos de Ksyusha un contrato que tenía el sello del Partido. Era un formulario oficial de La Unión.

»El papel terminaba con tres firmas. Bajo una, el cargo de un secretario; bajo la segunda, los apellidos del kirguís; bajo la tercera, el nombre de Ksyusha. En la cabecera del documento podían leerse dos palabras en tinta roja.

»Брачный союз.

»Contrato matrimonial.

»La perplejidad era poco para lo que yo sentía en aquel momento.

»—Ksyusha, ¿qué demonios es esto?

»—¡Un matrimonio por secuestro! —me respondió ella, tratando de vestirse con celeridad—. ¡Este canalla dice que ahora soy su esposa y pretende... raptarme! ¡Ha

falsificado un acta matrimonial! ¡Esa no es mi firma!

»—Eso es algo que ningún grafólogo del Comité refrendará, muchacha —musitó aquel tipejo con voz de serpiente y con una sonrisa escrita en cursiva en sus labios.

»—¿Y qué importa eso? —le pregunté yo al cliente, en tono insolente y desafiante—. ¡Ksyusha no desea ser su esposa! ¡Conseguirá la nulidad de ese acuerdo en un abrir y cerrar de ojos!

»—En esta república, tan europea, quizás sí... Pero no creo que lo consiga en la de Kirguistán, adonde nos vamos ahora mismo —me respondió él, sin perder la sonrisa—. Allí sigue siendo habitual y tradicional el *Ala-kachuu*, el rapto conyugal. De modo que no, el Sóviet Supremo de mi tierra no anulará un contrato como éste. Por mucho que la esposa denuncie haber sido secuestrada, su demanda no se admitirá a trámite: una de cada tres familias del Kirguistán se forman mediante matrimonio por secuestro.

»Ante mis narices, en el caballete junto a su silla, se veía terminado y excitante, el retrato de mi novia, desnuda.

»Y abajo, en la calle, aguardaba el tradicional carruaje con el que aquel individuo planeaba perpetrar su rapto matrimonial.

»Una boda por secuestro.

»Iba a llevarse a mi novia por la fuerza y luego a desaparecer con ella.

»¡Pero esas son las costumbres de los antiguos pueblos nómadas! —bramé yo, cada vez más asustado—. ¡Fueron abolidas con la creación de la Unión Soviética! ¡Los tiempos en los que un hombre raptaba a una mujer en plena noche y huía a caballo con ella terminaron hace muchos años!

»—Eso es lo que os gusta pensar a algunos... Lo cierto es que lo que vosotros llamáis luna de miel no es más que un vestigio del secuestro matrimonial. Una simulación con la que se recrea el rapto orquestado por el marido, que huye con la joven para escapar de las represalias de sus familiares directos y que no vuelve hasta haberla preñado, momento en el que las familias ya deberán aceptar la unión.

»Yo ardía como una tea. Me aproximé a aquel tipejo y le hablé en un tono y a una distancia en la que habría bastado con mi aliento para hacer retroceder hasta a Ksyusha. Recuerdo que incluso lo hice apretando los puños hasta hacerlos temblar sobre las solapas de su camisa, remachando las palabras clave con acento kirguís y pronunciando sin apenas separar los colmillos.

»—Esto es ilegal. Esto es un oprobio. Lo que usted nos cuenta no es más que un montón de basura sacada de la propaganda nacionalista de los turco-mongoles tradicionalistas.

»El dignatario del Partido tragó saliva. Las venas de su cuello comenzaron a palpar. Su pulso se podía escuchar bombeando sangre y sudor, desde donde estaba yo.



»Pero era un hombre poderoso, de los que no suelen arredrarse, así que dio dos pasos atrás, abrió la ventana y silbó a sus guardaespaldas.

»—Explícales eso a mis escoltas, chulo de putas. Yo no te tengo miedo y ellos menos todavía.

»Se apartó del ventanal y me enseñó lo que sucedía en la calle, donde los dos hombres armados del Partido abandonaban el carruaje y se dirigían hacia nosotros.

»—Estoy ansioso por celebrar mi noche de bodas con tu amiga —añadió, desafiándome.

»Aquellos dos profesionales del matonismo estaban habituados y dispuestos a resolver contingencias como aquella, porque echaron a andar sin pausa ni prisa y apenas variaron el ritmo de sus pasos cuando arranqué del suelo al kirguís asqueroso y le hice cruzar el ventanal, volando como un muñeco roto, rumbo a la calle.

»—¡Iván! ¡Iván, no! —dijo la voz de Ksyusha, pero no escuché. Resolví ocuparme de aquel miserable sin miramientos. Lo lancé de cabeza sobre los adoquines de la calzada, a escasos metros del carruaje nupcial.

»Apenas un grito ahogado y el tipejo aquel acababa de convertir formalmente a Ksyusha en viuda y a nosotros dos en enemigos del régimen, criminales perseguidos por el Estado: la cabeza del dignatario por Kirguistán en el Partido Comunista de la Unión Soviética se abrió como una piñata repleta de caramelos blancos y serpentinas de colores grises y rojos. Se partió la cabeza del dignatario frente a los que habían sido sus guardaespaldas y toda la reacción de la que fueron capaces aquellos dos hombretones se quedó en un leve movimiento de sus brazos hacia las armas de fuego que llevaban en sus sobaqueras.

»Funcionarios. En la URSS todo eran funcionarios. Hasta los escoltas eran funcionarios... Ni el Ejército Rojo parecía tener sangre en las venas al trabajar.

»Eso sí, matarnos allí mismo no creí que fuera a costarles mucho papeleo.

»—Ksyusha, amor mío, Матрёшка. Necesito que permanezcas aquí unos minutos mientras yo me ocupo de esos dos, ¿me oyes?

»—Pero...

»—Pero nada. Pase lo que pase ahora, no te muevas de aquí hasta que yo haya vuelto. ¿Harás lo que te digo?

»—Iván, no...

»Salí de la habitación a toda velocidad. Los pasos de los guardaespaldas hacían crujir la escalera de madera que conducía a la primera planta del hotel. Estaban a escasos metros de mí. El chasquido de una pistola sin seguro al amartillarse también pude oírlo.

»Armas de fuego. Malditos chismes. Los carga el diablo.

»El pasillo del hotel estaba flanqueado por puertas de habitaciones como la nuestra. Junto a cada una de ellas, había una lámpara eléctrica.

»Tiré de una de ellas y la arranqué de cuajo. El cable que la alimentaba salió tras ella, emergiendo del empapelado de la pared. Dos hilos de cobre plastificados que comencé a manipular.

»Se produjo un chispazo azul, se escuchó un crepitar de electricidad y mi improvisado cortocircuito se llevó por delante la iluminación de medio distrito.

»Esto puede parecerle exagerado a un europeo occidental, pero era lo que sucedía habitualmente en la Unión Soviética cada vez que se cruzaban dos de los cables de la luz. Y es que, en un barrio en el que nadie es ni propietario ni responsable de inmueble o instalación alguna, el tendido eléctrico de medio centenar de edificios es diseñado y reparado por un ejército de técnicos de mantenimiento y desarrollo que suelen desplegar mallas de suministro toscas y que comparten diferenciales. Los planes de electrificación de los núcleos urbanos como aquel siempre terminaban recurriendo a protocolos de seguridad globales y centralizados, así se abarataban costes, se simplificaban las tramas del cableado y, muy importante, se acababa rápido el trabajo.

»La noche más cerrada de la única hora negra del verano de Petersburgo se enseñoreó del edificio y de dos o tres manzanas alrededor de él, o casi. Así de sencillo resulta desarmar a los hombres que emplean pistolas, basta con abrir de par en par las puertas dobles de la oscuridad.

»Así que la ventaja era para mí. Me tomé unos instantes para que mis ojos se acostumbraran a la negrura... Tengo la suerte de mirar el mundo a través de dos ojos que funcionan muy bien cuando apenas hay luz.

»Desafortunadamente, Ksyusha nunca me obedece. Salió de la habitación y se puso a gritar en medio del pasillo, donde ya se encontraba, llegando a tientas, uno de los guardaespaldas.

»—¡Iván, Iván ven, por favor! ¡No veo nada!

»El escolta frente a mí tomó la decisión de abrir fuego en dirección a la voz de Ksyusha. Tal vez creyó que podría alcanzarme disparando a ciegas, tal vez sería que no le importaba dar muerte a la muchacha o quizás lo hizo sólo para iluminar la escena, empleando el fogonazo de su arma.

»Y el fogonazo le mostró durante un breve instante, a escasos centímetros de su hombro, mis ojos; observándole, sin reflejar la luz de su arma.

»Tras el resplandor del disparo, volvió rápida la oscuridad. Ksyusha escuchó el silbido de la bala de una Tokarev pasando cerca de su cabeza y, entonces sí, resolvió meterse de nuevo en la habitación doce. Luego sonó un terrible crujido cervical y el cuerpo sin vida del escolta que acaba de disparar cayó al suelo sin llegar a proferir ni un grito.

»El otro escolta acababa de llegar al pasillo, procedente de las escaleras. Pude escuchar sus pisadas primero, oír su voz ordenándonos que nos entregáramos si no

queríamos morir. No le dejé terminar la frase.

»Su grito cuando lo lancé escaleras abajo fue lo último que escuchó el recepcionista del hotel antes del terrible silencio que vino después.

»Ksyusha sintió como unos brazos la levantaban por los aires y luego pudo oír mi voz en un susurro:

»—No hagas ningún ruido ahora, Матрёшка. Déjame hacer.

»Salí corriendo como un galgo, salté por encima de las convulsiones post mórtem del primer guardaespaldas, bajé la escalera caminando por la barandilla con la muchacha en brazos, a oscuras, y alcancé la calle justo para ver al cochero del carruaje subir a tientas al pescante. A lo lejos, dos farolas amarillas señalizaban el acceso al centro de la ciudad y servían por toda iluminación de la calle.

»Salté sobre la capota de cuero de la diligencia y le propiné un puntapié en la nuca al cochero justo cuando se disponía a fustigar a los caballos. El pobre desgraciado aquel se desplomó sobre el adoquinado lo mismo que un títere descordado.

»Acto seguido, salté de nuevo para caer junto a los animales y dejé por un instante a Ksyusha en el suelo, donde consiguió ponerse en pie.

»—Iván, ¿qué ha sido eso?

»Solté las trabas y el correaje del tirante que llevaba el primer caballo del carruaje, después volví a tomarla en brazos. La hice subir a horcajadas sobre la montura sin ensillar y luego me situé tras ella para aferrar las crines con ambas manos y propinar un formidable taconazo a aquel pobre trotón penco.

»Y aquel pobre trotón penco, acostumbrado al tiro y no a que lo cabalgaran a pelo, se encabritó como una mala bestia y galopó como alma que lleva el diablo, sacándonos de la ciudad.

»Sacándonos de la ciudad y del mundo de los hombres.

»Lo hice cabalgar rumbo al distrito Este, a través de callejas torcidas, alumbradas por farolas mortecinas. Las sirenas de la policía comenzaron a palpar el barrio y a buscarnos con luces de un azul hambriento, mientras yo me afanaba por escapar del casco urbano sin que me atraparan. Hice quiebros por todo aquel trazado, torciendo y serpenteando sobre una montura furiosa por todo el distrito, escurriéndome por callejones y atravesando plazas, subiéndome sobre los cascotes de una casa a medio derribar para luego arrancarme a correr sobre los tejados de los pequeños bloques de dos pisos de aquella zona, alejada de los edificios Jrushchov y las *stalinkas*. Tras el galope sobre los tejados y el descenso por el toldo de una frutería, tuve que reemprender la carrera sobre los bancos de una breve avenida para luego surcar los lavaderos y atravesar el patio de un colegio.

»Hacia el final, cuatro o cinco callejas torcidas y enrevesadas más y, poco a poco, supe ir avanzando hacia el Este, zafándome de los intentos de la policía por cercarme.

»Por desgracia, el ruido de los disparos primero y las sirenas después, tan poco frecuente incluso en aquella ciudad tan grande, consiguió sacar a buena parte de los vecinos de sus casas. La gente de San Petersburgo comenzó a dar voces, a salir al balcón y a asomarse por las ventanas al paso de los cascos de nuestro caballo.

»Algunos salían a la calle, dudando en detenernos al poco de preguntarse si no seríamos nosotros los malhechores a los que trataban de atrapar las fuerzas del orden.

»Uno de aquellos desgraciados nos arrojó una botella de vodka, otro hizo un amago de cerrarnos el paso. Después apareció tras él uno que hizo con nosotros algo que nos iba a destrozar la vida a Ksyusha y a mí, dos seres anónimos que malvivían de la noche.

»Nos desgració para siempre.

»Uno de aquellos vecinos en pijama, se plantó frente a nosotros con una cámara de fotos y disparó. Tiró a matar, con aquella máquina muchísimo más peligrosa que las pistolas. Nos fotografió encuadrándonos a ambos, huyendo juntos y a caballo.

»Como almas que llevaba el diablo.

»Aquella foto me perseguiría durante toda la vida.

»Sería la prueba de que yo y solamente yo había sido el contrarrevolucionario que había asesinado al dignatario. O eso iba a decir la prensa del régimen.

»Pensé en llevarme la cámara, pero la situación era muy comprometida y aquella bestia de cuatro cascos no parecía dispuesta a detenerse hasta alcanzar los bosques que se desplegaban junto al límite del casco urbano, donde la espesura nos envolvió.

»Las luces parpadeantes de medio Leningrado y las sirenas de la policía quedaron atrás. Dieron paso al canto de los pájaros del amanecer, al resplandor de la luna enferma de esas latitudes y al temblor de las estrellas de junio. Y al abrazo fuerte que ya no pude quitarle de encima en toda la noche a mi pequeña Ksyusha.

»La noche del verano de Leningrado estaba a punto de dar por concluida su hora escasa de oscuridad. Pronto daría paso a un amanecer interminable que podría destapar nuestra huida, revelar nuestro pecado, sacarnos a la luz.

»Hasta entonces, nos teníamos el uno al otro, eso era todo. Frente a nosotros, tomaba posiciones el imperio más grande de la historia, dispuesto a capturarnos. Dispuesto a desplegar medios sin parangón para dar caza y captura a un criminal de mi talla, que volvía a desafiar al régimen, tras veintisiete años en paradero desconocido y bajo una orden vitalicia de búsqueda y captura. Y esta vez el régimen no pensaba volver a dejarme escapar. Alguien en el distrito centro de Moscú sabía mucho acerca de mí y ahora se iba a proponer firmemente acabar conmigo, con nosotros.

»Vería el óleo de Ksyusha secándose y luego la foto que nos acababan de hacer. Al verla reconocería en mí una seria amenaza para el Estado.

»Reconocería en mí a una clase de hombres que Rusia trata de detener desde los

tiempos anteriores a los zares. Vería mi estampa en la foto y vendría a por mí, dispuesto a revolverlo todo y a arramblarlo todo para darme caza como a un perro y atraparme para siempre.

»Para zanjar una lucha de siglos.

»Jamás lo conseguiría.

»O eso le juré a Ksyusha aquella noche.

»—Nos esconderemos, amor mío. Nunca nos encontrarán. Conozco un sitio donde no vendrán a buscarnos ni en un millón de años. Un sitio maldito al que ningún hombre cuerdo nos seguirá.

»Yo miraba al frente al galopar. Nuestro caballo sorteaba árboles y obstáculos ya con gran dificultad. Ella miraba al cielo subpolar, de un azul cada vez más eléctrico, más inclemente. Una estrella fugaz pasó sobre nuestras cabezas y apuesto a que ella pidió por nosotros, se preguntó por lo que podría depararnos el futuro a partir de aquel momento.

»—¿Vas a sacarme de la Unión Soviética, Iván?

»—Peor todavía, Матрёшка. Mucho peor. Te llevo conmigo al infierno. Al infierno en la tierra. Allí serás sólo para mí.

»Se abría un abismo frente a nosotros. Aquella iba a ser nuestra luna de miel. Aquel acababa de ser nuestro matrimonio.

»Nuestro matrimonio por secuestro. Nuestra huida a caballo en medio de la noche, rumbo a ninguna parte, juntos y solos, contra el mundo, contra todo.

# Interludio: La colección

L'Anti y yo vivimos en un piso de yonquis.

L'Anti es mi compañero de fechorías. Siempre hemos ido más o menos juntos en todo, en la insalubridad y en la enfermedad. A veces la vida nos separa y pasamos unas semanas sin vernos ni odiarnos ni respetarnos y, al final, no sabemos cómo, siempre terminamos reuniéndonos de nuevo. En un parque, en los supermercados de la droga, en cada comedor social, en un locutorio lleno de inmigrantes dados al trapicheo, en las lavanderías, en los rincones del metro, en los mercadillos ambulantes en los que nadie te persigue si coges una cesta de fruta y sales corriendo entre el gentío, en los bares de los que todavía no nos han echado. En el piso en el que vivimos. Nos repartimos los gastos, nos gastamos las partes.

Ya, ya sé que muchos yonquis ni tienen casa ni tienen amigos ni tienen mi verborrea, pero es que L'Anti y yo no somos unos yonquis cualesquiera. Tenemos formas de buscarnos la vida, sabemos movernos. Somos adictos de los que sabían, más o menos, adónde iban cuando comenzaron a engancharse de verdad y tampoco llevamos tanto en la heroína.

A mí me habrá fallado la pintura, lo mismo que a él la música, pero ahora tengo un empleo y un cuarto lleno de luz en un piso que está alquilado a mi nombre.

L'Anti vive en él, en una de sus habitaciones mal iluminadas, junto a dos inmigrantes que son, a todas luces, delincuentes habituales. Entre los cuatro, pagamos una ajustada mensualidad. Los dos señores cuyos nombres no acierto a pronunciar no tienen problemas de dinero jamás. L'Anti sí, porque de un tiempo a esta parte L'Anti vive del pillaje.

Yo en cambio tengo un empleo, lo conservo, lo atesoro. Trabajo en un locutorio durante dos o tres horas al día. A veces cuatro. Prefiero no dar detalles porque es un empleo horrible, muy horrible, espantoso; pero es mío. Es mi trabajo. Alguien tiene que hacerlo.

Sé que todo eso es bien poco, pero a mí me hace sentir menos incapaz. Mantener en plena vigencia un contrato laboral es algo que tiene mérito y valor, para un politoxicómano.

Ahora estoy entrando en mi cuarto, son las diez de la mañana y yo llego a casa, entro en mi habitación medio vacía. Me recibe la espléndida luz del sol. Cariño, ya estoy en casa, le digo. No vengo de haberme quedado dormido en el parque por un mal chute ni es que vengo del ambulatorio por un chute mucho peor. No vengo ni del cuartelillo ni de dar un palo ni de una juerga.

No, nada de eso. Vengo de pintar.

De pintar a Iván.

Mi cuarto es todo ventanas y paredes desconchadas, la habitación de un pintor. Cien libros por el suelo, algunos comprados en el rastro, en librerías de viejo; muchos robados en quioscos y bibliotecas. Tolstói, Neruda, Chéjov, Bukowski, Bécquer, Dostoievski, Machado, Baudelaire, Pessoa... Si estoy en casa y no ando demasiado pasado de vueltas con el caballo siempre intento leer algo, aunque sólo sean cuatro páginas, un poco cada día. No concibo mi vida sin ello. Puedo vivir sin cama, pero no sin un buen puñado de libros.

Porque no tengo cama. Tengo un viejo sofá cubierto de manchas de vómito y sangre, cedido hasta no dar más de sí. Duermo en él. Es mi único mueble.

A su lado, en el suelo, suena un viejo reloj despertador de la marca Lorus. No sé decir de dónde demonios habrá salido. Igual lleva ahí desde que nos instalamos. Debe de ir siete horas adelantado, lo menos. Nunca he oído su alarma, no recuerdo haberle dado cuerda jamás. Me gusta escuchar su tictac cuando duermo.

Al otro lado del cuarto, en el único rincón donde nunca llega la luz solar, están mis pinturas. La colección de mis pinturas.

El grueso de mi obra, veintitantos lienzos que nadie ha querido jamás. Faltan los dos o tres que tendrá Iván y la docena que habré ido vendiendo por cuatro perras, cuando la vida me ha sonreído.

Cuando no, me ha premiado con lienzos que arrastrar, con material de archivo, con piezas de un museo que nunca se visitará. Cuadros que ahora están estropeándose en sus bastidores, pese a que los conservo cubiertos por sábanas, de modo que no les alcance el polvo. Están amortajados en la morgue en la que suelo dormir yo, que sólo soy capaz de amanecer amoratado, o tajado.

Hoy no, hoy vengo de pintar. Apenas puedo creerlo.

Me dejo caer sobre el sofá. Por primera vez desde que vivo aquí me siento desplomar sobre el tresillo, hecho una mierda. No es por la mala vida ni por la buena vida, es por ganarme la vida como nunca en la ídem. Y me sabe a gloria.

Sabe a gloria.

Enciendo un cigarrillo y miro mis cuadros, ladeados en diagonales paralelas, con sudarios sobre sus cabezas; son fantasmas en la cola del paro, obras de arte que plasman sentimientos que ya nadie ha pedido y ya he perdido yo.

Están ordenados cronológicamente. Los primeros seis muestran cómo evolucionó mi técnica, los otros seis ilustran la forma en la que mi talento comenzó a cobrar forma, luego llegan mis años buenos y con ellos se echan en falta mis obras cumbre, entonces irrumpe la heroína y poco a poco, se lleva la luz y el color para terminar reduciendo mi arte al delirio amorfo más inexpresivo. La colección muere entonces, entre sombras y malas composiciones.

Dos años después del último cuadro, resulta que estoy volviendo a pintar algo que

no sean paisajes figurativos para los turistas. Estoy pintando a un señor que está de paso pero no es un turista. Es un señor que está de paso desde hace décadas.

Un señor que tiene mi mejor cuadro, *Mil demonios aullando*.

Por eso el lugar que tendría que ocupar en la colección mi trabajo más logrado lo ocupa el tríptico de la subasta en la que se vendió. En él aparece su reproducción en miniatura, una fotografía en blanco y negro muy pequeña, que apenas le hace justicia al lienzo. Junto a ella, sus datos, aunque la mayoría son incorrectos, empezando por el año y porque han escrito mal hasta mi nombre.

Releo el folleto. Lo hago a menudo.

*Obra: Mil demonios aullando*

*Autor: Jérôme Fournier*

*Año: 2003*

*Formato: 183 cm x 244 cm*

*Precio: 2.000 €*

*Estado: De excelente conservación, sin tara alguna. Sin enmarcar.*

*Técnica: Óleo sobre lienzo, rematado con numerosas veladuras de color transparente sobre la base seca.*

*Estilo: Post-expresionismo de vanguardia, incorpora elementos minimalistas y experimentales.*

*Descriptiva: Muestra una colina redonda cercada por lobos que aúllan a la luna llena. En la cima del montículo hay un arcón abierto en el que descansa tumbado pero despierto un hombre con alas de cuervo. Su pecho está abierto en canal, su corazón es una bomba de relojería.*

Ah, eso.

Su corazón es una bomba.

Fui a un liceo decrepito lleno de profesores decrepitos. Nosotros éramos lo único joven de aquel liceo. Nos hicieron recitar de memoria un montón de mierda. Nos hicieron decir que nuestros pulmones eran «dos órganos esponjosos» y que nuestro corazón era «una bomba aspirante-impelente». Diástole. Parece que para el sistema mis sentimientos no son más que un ingenio hidráulico.

Supongo que esas cosas se te quedan en la cabeza para salir de ella después, cuando llevas una vida dominada por mil palpitations desbocadas de las que tendrías que irte preocupando, por aquello de que muchos yonquis mueren de infarto. Sístole. Mi corazón es una bomba aspirante-impelente. Mi obra da fe de ello. Mi mejor cuadro muestra a un tío con unos cartuchos de dinamita y un viejo despertador insertos en la cavidad cardiaca.

Diástole. Estoy zumbado.



Suspiro. Bostezo. Enciendo otro cigarro. Me rasco los cojones. Me pregunto si voy a chutarme o a dormir. Creo que dormiré.

Me asomo a una de las ventanas y miro hacia la calle. En ella veo gente que camina y un señor que no.

Un señor ruso que me está vigilando. Mira hacia mi ventana con disimulo.

Yo todavía no puedo saberlo, pero en cuanto salga a la calle él entrará en mi casa sin forzar la puerta y registrará mis cosas.

Mis cosas, como acabo de decir, son cien libros viejos y treinta y tantos cuadros que no sé si quiero tener ni yo. Mi coche ya lo han registrado. Allí tampoco hay nada; y nada es lo que han encontrado.

Se están preguntando quién demonios soy, qué pinto en el mundo.

Yo también lo hago.

Y todavía no me he dado cuenta, pero estoy yendo a averiguarlo por la vía rápida.

# Noche segunda

# La nevada

Comprendes que tu mala estrella viene de familia cuando te das cuenta de repente de que estás haciendo las mismas barbaridades que hicieron tus antepasados directos y que, para colmo, tú las estás haciendo todavía más gordas.

Porque una cosa es atravesar estas montañas tirando de una burra cargada hasta los topes, como hizo mi abuelo, el buhonero. Y otra cosa mucho peor es tratar de coronar la cima de este camino particular en mi viejo Talbot Horizon, con la que está cayendo.

Porque la nevasca que parece haberse desatado sobre la casa de Iván no es de este mundo.

Nos azotan ráfagas de copos de nieve del tamaño de un apósito de algodón. Hace un frío del demonio y ya lleva varias horas nevando, de modo que todo el camino está cubierto de blanco integral.

Yo estoy temblando igual que un flan, pero no acierto a decir si será porque temo que voy a matarme en la próxima curva, si será por culpa del frío paranormal que se está colando por todas las juntas podridas de mi coche o si será porque hace siete horas que me tocaba un pinchazo y he aguantado como un campeón, sin chutarme en toda la tarde... para estar perfecto y despejado durante toda esta noche, en nuestra segunda sesión de pintura.

Tampoco sé si lo que más me ilusiona de hoy será el pedazo de obra que estoy haciendo al retratar a un Iván tan enamorado como asesino, o si será la historia de su vida, que comenzó pareciéndome un romance sórdido e insustancial y, poco a poco, me ha ido fascinando cada vez más. ¿Realmente mató a un pez gordo y a dos tíos con los huevos negros para poder escaparse con una muchacha medio puta?

Un golpe de viento cargado de nieve me desvía de mis pensamientos y de mi trayectoria mandándome de nuevo contra el quitamiedos de acero que protege el barranco que se abre a mi derecha. El mundo me acaba de propinar otro bofetón. Otra inexorable abolladura que nos acaba de regalar la vida, viejo amigo, le digo a mi coche. Y él asiente, moviendo la cabeza de su suspensión y parpadeando con todas sus luces.

Las ruedas de mi Talbot están deshinchadas, agrietadas y desdibujadas, a partes iguales. Su motor quema gasolina y aceite, a partes iguales. Su parachoques acumula barro, óxido y abolladuras, a partes iguales.

Somos uña y mierda, también a partes iguales. En conjunto, podría decirse que voy sobre una máquina que anda harta de resbalar, medio ahogada y trompicante. Bien mirado, la cosa pinta demasiado mal.

No sé si voy a poder encaramarme por la carretera que se enrosca alrededor de este maldito pico, no creo que consiga alcanzar el chalé de Iván esta vez. Me temo

que me he pasado con lo de hoy. Estoy peleando metro tras metro, a veinte kilómetros por hora, y no sé si mi coche está rodando o patinando sobre la nieve. Tal vez hace ambas cosas, a partes iguales.

Poco a poco, viejo amigo. Por eso esta noche hemos venido una hora antes de lo convenido, le digo, porque puedes tomarte tu tiempo; eso es, campeón. Sigue así. Si hoy vuelves a hacerlo prometo plantarme mañana sin falta en un desguace para cambiarte las ruedas y ponerte anticongelante. Vamos.

Tomamos dos curvas más, mi Talbot Horizon y yo. Los dos respiramos exhalando enormes nubes de vaho. Apenas podemos ver dos o tres metros más allá de nuestros respectivos radiadores, gracias al par de haces, torcidos y amarillentos, de sus faros. Las lágrimas en mis ojos tampoco ayudan. Estoy llorando y sudando como la burra de un buhonero y eso ya no es por el frío, eso es el mono.

No podemos ver al agente ruso que nos sigue. Apenas vemos la rampa más dura de todas. Ponemos primera y pisamos con cuidado. Nos sabemos un equipo perdedor, que no fue capaz de subir esa cuesta ni estando la noche despejada.

Jérôme, hubo que inyectar media papela en la arteria ulnar para poder subir ahí arriba, me dice mi coche. Y yo le digo, ya lo sé, amigo mío, pero hoy somos más viejos y valientes. Esta noche tenemos algo malo que conseguir y nada bueno que perder.

Pero la rampa está cubierta de nieve suelta, nieve que rueda por la calzada, que se mete bajo y sobre nuestras ruedas, hasta que nuestras ruedas dejan de hacer tracción.

Estamos atrapados, atascados en plena rampa.

Hacemos girar los neumáticos, ellos se limitan a dar vueltas inútiles dentro de sus guardabarros y lo único que conseguimos si aceleramos es lanzar más hielo a nuestras espaldas. Parecemos uno de esos perros de trineo que excavan un agujero en la nieve donde poderse guarecer.

Jérôme, necesitamos un chute, me dice el Conde de Shrewsbury y Talbot. Yo tiro del freno de mano hasta casi quedarme con la palanca en la mano y pongo punto muerto en el cambio de marchas. Subo la música. Me voy a drogar en este sitio. Otra vez, en este mismo sitio, el mismo de ayer. Las mismas coordenadas GPS, distinto chute.

Lo sé, esto es una locura. Es mucho peor que despanzurrar a un animal de tiro a empellones. Pero hay algo hipnótico en la nevada que me envuelve y mi mono de hoy es un enorme yeti de color blanco integral que me lanza bolas de nieve enormes y me grita que todo será mejor y diferente tras un buen pinchazo. Tras algo más de nieve, preferiblemente de la que llevo en el bolsillo del chándal.

Así que yo pongo a tope la calefacción de mi viejo Talbot Horizon, pedazo de coche debió de ser, en sus tiempos mozos. Mierda que es, a día de hoy. Sus ventanillas se empañan de inmediato, como si fuera a ponerse a llorar; pero eso ahora

me da igual, yo ya no necesito ver nada en absoluto. Ojalá pudiera no mirar. Mi respiración se agita, se agita mucho, sabe que lo que viene ahora es mucho mejor que ningún orgasmo. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole.

Los abrazos de la heroína, la música y la calefacción me acunan lo mismo que las rachas del temporal, sus embates me adormecen por un instante. Soy el bebé de la tormenta de nieve, el retoño del wendigo. Mi corazón se ha convertido en el horno donde se hinchan y se cuecen los mejores bollos.

Enciendo un cigarrillo, me muevo como un perezoso, como un viejo oso blanco, en su cueva. De repente alrededor mío se ha conjurado el paraíso, un remanso de paz en la dura cuesta arriba. Me siento por un momento como si estuviera en mi buhardilla en París, durante los años en los que el futuro me sonreía y la vida también. Yo leía poesía y leía a los maestros rusos sin otra ambición que ser el yonqui con la mejor verborrea de todo el mundo bohemio, mi vida era el arte, la vanguardia. Pasaba tardes enteras contemplando pinturas que firmaban desgraciados como yo junto a los que creía estar haciendo historia, en el nuevo expresionismo.

Sonrío. Me regodeo en mi faceta de pintor y eso me lleva a pensar en mi nuevo trabajo. Iván. Me pregunto si realmente Iván mató a todos aquellos hombres para poder escapar con la mujer a la que amaba. Hay algo en toda su historia que me suena a novela romántica, pero también es cierto que la pasión y la nitidez con la que me cuenta las cosas no son propias de un hombre que fantasea. Tengo que preguntarle si su historia es completamente cierta o terminaré retratando al héroe de sus películas en vez de al hombre frente a mí...

Rediós. Estoy divagando. Ay, viejo amigo, que a ti te patinan las ruedas y a mí las neuronas. No puedo ponerme a delirar aquí en medio. Tenemos que continuar subiendo, antes de que el frío te apague el motor para siempre. Y no, no puedo quedarme dormido aquí, no ahora. No hoy.

Trato de desperezarme y de despejarme un poco, después abro la puerta del coche. Afuera me espera la nevada hecha un puño, un shock termodiferencial que no duda en partirme la cara. Me arrebujó como puedo en mi anorak y salgo cerrándome con el puño las solapas del cuello, hasta ahorcarme con ellas; me digo que puedo conservar el calor durante unos momentos, pero un tremendo escalofrío me electrocuta en cuanto consigo poner mis zapatillas rotas sobre las tetas de la nieve. Hay tres palmos de blanco, bajo mis pies. El temporal está aullando a la luna mucho más que una perrera municipal. Y las embestidas de la nieve racheada tampoco ayudan, tengo hasta problemas para mantenerme en pie con lo ciego que voy.

Me apresuro a retirar la nieve que hay alrededor de los neumáticos, y cuando ya casi lo he conseguido, mis ruedas vuelven a deslizarse, libres, vencidas por la rampa, hacia abajo.

Dios, no.

El viejo Talbot Horizon patina cuatro metros hasta volver a impactar contra el quitamiedos. Yo estoy fuera de él, pero siento que esas malditas barandas de acero me están salvando la vida esta noche.

Camino hasta la base de la rampa y me vuelvo a meter en el coche. Se han desempañado las ventanillas y se ha echado a perder la calefacción. Me pongo el cinturón de seguridad y piso el acelerador. Vamos, viejo amigo, le digo. Vamos a intentarlo ahora, que hay mucha menos nieve sobre el asfalto. Lo tenemos que intentar.

Suelto despacio el embrague y grito cuesta arriba. Nuestras respectivas gargantas tironean, pierden aire y resuello, pero no nos detenemos. Empujón tras empujón, trepamos, patinamos, culeamos, humeamos y tiramos, todo a partes iguales. Coronamos la cuesta y luego trazamos la consiguiente curva.

Lo vamos a volver a conseguir, viejo amigo. Ya veo la casa de Iván, ahí arriba. Creo que lo tenemos casi hecho. Hostia. Diástole.

Esta noche también vamos a pintar algo, le digo, acariciando el volante.

Esta noche también huiremos juntos hacia adelante, Матрёшка.

Él se pone a trotar como si estuviera sacándome de la Unión Soviética y tuerce a la derecha.

# El copista

Me recibe el amarillo ocre de las luces del porche. Dumitru aguarda sentado en la tumbona de mimbre. Ha dejado la verja abierta de par en par. Se me va la mirada hacia él mientras aparco.

Dios, qué feo es, Dumitru. Este hombre me produce escalofríos. No ha movido ni un músculo al verme entrar. ¿Cómo hace para no congelarse?

Mi coche y él se miran a los ojos, se aguantan las miradas. La de mi coche está desviada y bizca, a ratos tuerta y no creo que saque ni veinticinco vatios. En cambio los faros de Dumitru tienen empuje como para desviar de su curso a un petrolero a la deriva. Creo que Dumitru está a punto de hacerle bajar la vista al suelo, a mi pobre Talbot Horizon, porque se han estado desafiando medio minuto y ha sido él quien nos ha deslumbrado a nosotros, con sus dos ojos negros enormes y quietos, que quieren devorar la luz en vez de reflejarla y eso que nosotros llevamos las largas.

Unas largas que parecen caer dentro de sus ojos, no llegan a hacerlos brillar ni por un instante.

Dumitru no ha saludado ni ha apartado o desviado la mirada. Igual que los dos perros de Iván. Dos jóvenes lobos de trineo que tendrían que estar jugando con la nevada, guareciéndose en el porche, saliendo a recibirme de forma amenazadora o quizás hasta cordial... Y en vez de hacer algo de eso, se limitan a observarme con indiferencia. Sé que hay algo paranormal en ello, porque casi nadie pasa de mí y los perros menos.

Uno de ellos está sentado junto a Dumitru, pero en vez de compartir cobijo con él, se ha situado justo donde acaba la cubierta del porche; de modo que la nevada le cae encima y le resbala por el pelaje, como si no fuera con él. El otro está tumbado junto al columpio. Lleva la mirada de los ojos de Dumitru a los del otro perro y de nuevo la vuelve hacia mí, como si acabara de tomar parte en una conversación inaudible que seguro que tiene mucho que ver sobre mi persona.

Esos tres parece que forman parte del mismo ecosistema enloquecido. Y este sitio no puede ser más siniestro. Sólo un yonqui vendría a trabajar a un sitio así.

Quito las llaves del contacto y mi viejo amigo se echa a dormir. O entra en coma. Confío en que la nevada no le congele las tripas. Estoy por pedirle un vodka, seguro que por aquí tienen de eso. Hasta luego, campeón, le digo en voz baja. Que te quiero como a un hijo, que hasta te pagaría un ruso blanco sin hielo y una manzana Antonovka. Mañana mismo te hago una puesta a punto. De verdad que te hago una puesta a punto, te lo juro por mi padre, que seguro que vivió y murió tan orgulloso de tenerte a ti como avergonzado de haberme tenido a mí.

Dumitru abre la puerta de entrada al chalé al verme salir del coche. Los perros

siguen sin inmutarse, así que yo, que siempre soñé con tener un perro, decido acercarme al que está sentado junto al porche y le tiendo la palma de la mano, despacito y de manera amistosa. Hola.

Él ni la huele ni hace gesto alguno con la cola ni deja de apuntarme con sus ojos, del color del mar, límpidos. El muy cabrón apenas se limita a levantar un costado de la comisura superior de sus fauces para mostrarme un único colmillo, que es del tamaño de mi dedo meñique.

Y yo me guardo la mano en el bolsillo de mi chándal.

Puto chuchó. Habrías parecido menos satánico si al menos me hubieras gruñido un poco.

—Entre usted, amigo —me dice Dumitru, con lo más pronunciado de su acento rumano. Este hombre siempre encuentra las palabras en perfecto francés y sin embargo no es capaz de afinar ni un poco con la pronunciación.

Dentro del chalé huele raro, como siempre. A cerrado. A hospital de campaña. A vendajes usados. A leprosería india.

—Tiene usted mucho frío, ¿verdad? —me pregunta, por trivializar. Ahora trata de parecer cordial y entabla conmigo una conversación de ascensor. Qué jodido.

—¿Y usted, cómo es que no se ha congelado ahí afuera? —le pregunto yo, sin quitarme el anorak, al tiempo que enciendo un cigarrillo para entrar en calor.

—Yo crecí a dos mil metros de altitud, amigo. En un pueblo situado en el corazón de los Montes Cárpatos. A mí una nevada como la de hoy no me hace ni encender la chimenea.

—Pues espero que su señor sí lo haga, porque traigo cogido al pecho un frío que parece haber salido de Siberia.

Él se ríe toscamente y mueve su cara, ancha y con los hombros a juego. Se ha puesto un abrigo de piel de oveja sobre el mono de trabajo que siempre lleva. Por lo demás, no tiene ángel. Ya lo encontré desarrapado y de mala jaez cuando me vino a buscar al parque donde yo solía drogarme, antes de que mi vida comenzara a cambiar para siempre, anteayer.

Me hace señales para que le siga, escaleras arriba. Zanjado el protocolo, podemos proceder con normalidad y así pronto nos separaremos, el tipo este y yo, que me parece que no nos gustamos nada.

—¿No vamos a la biblioteca?

—Esta noche no. Hoy pintará usted en el salón principal.

—Pues espero que haya trasladado usted todo mi equipo allí mismo —le digo, de mala gana—. Me gustaban las pinturas de la biblioteca. Sobre todo la mía.

—Pierda cuidado —contesta Dumitru—. Sus cosas están tal y como las dejó usted ayer mismo y junto a la chimenea.

Subimos mil peldaños hasta que mi respiración se desmadra, mi vista se nubla y



tengo que parar. Sístole. Diástole. Sístole. Dumitru no se cansa, no jadea ni flaquea ni afloja el ritmo, hasta que repara en que yo no le sigo.

No le sigo porque estoy exhausto y porque hay un cuadro a mi derecha, colgado en el rellano de las escaleras, que me acaba de robar el aliento del todo.

En él aparece Ksyusha, posando desnuda para el dignatario kirguís. Lo sé. Sé que sólo puede ser ella. Tiene que ser su retrato. Tiene una belleza ineducada y sobrenatural. Esa sonrisa de hija de puta consentida, ese cuerpo de niña golfa, ese mobiliario de hotel, ese tufo a sóviet en el estilo pictórico, que no sé si me recuerda al realismo socialista, ese abocetado esquemático, caricaturesco, hierático; esa firma con caracteres en cirílico.

Esos ojos perforados. Alguien ha atravesado el lienzo con un objeto punzante. Ahora hay dos agujeros hundidos donde antes se había pintado su mirada. No se han molestado en restaurar el cuadro. Lo han dejado así, mutilado, cegado. Castigado.

Así que esto va en serio.

Muy en serio. Porque Iván tiene ahora el lienzo del kirguís decorando sus muros, pese a que lo abandonó tras de sí, al huir de aquel hotel de San Petersburgo.

Definitivamente, este hombre es un auténtico coleccionista, de los que recorren media Europa tras un cuadro, no importa si el cuadro es la evidencia de un crimen de Estado. No importa si el Estado le anda buscando y el criminal siempre regresa al lugar de los hechos.

Estoy cada vez más impresionado. ¿En qué me habré metido?

Dumitru tira de mi anorak y del chándal que tiene debajo. Me hace subir más escaleras. Acto seguido, abre unos enormes portones frente a mí y una formidable sala de estar de las que ya no se hacen se despliega ante nosotros.

Muebles carísimos, añejos. Una alfombra tricolor, roja, roja y roja, que me hace sentir como a una estrella que camina hacia una gala en su honor. Olor a leña de encina que arde con fuerza. Más libros, mil grimorios enlomados en cuero, un monstruoso código de aspecto medieval. ¿Seguro que todo esto es mobiliario que venía con la casa? ¿La mujer entubada y mutilada también?

Me vuelvo a un lado y descubro que de nuevo preside la sala una imponente pintura, una imitación de calidad excepcional. Un cuadro de Marc Chagall que a mis ojos parece pintado por el propio Marc Chagall, *La caída del ángel*. Definitivamente, Iván sí sabe decorar el interior de su casa, pese a lo descuidado del exterior. Está vistiendo sus habitaciones con facsímiles, sí, pero siempre se trata de imitaciones escogidas con un gusto que no deja de sorprenderme. Le tengo que preguntar, porque el lienzo de hoy lo firma el mismo garabato que el de ayer. El mismo copista excepcional.

Sístole.

—¿De dónde saca usted estas pinturas, Iván? ¡Son unas reproducciones

excelentes! ¡Ningún aprendiz que pudiera imitar a los maestros con tanta fidelidad seguiría copiando!

—Las pinto yo mismo —me responde enseguida, sin moverse de la butaca junto a la ventana en la que se ha recostado. Lleva puesta una bata de piel, se ha recogido las melenas en una apretada coleta, está tomando una copa de vino negro. Tanto su bata como su vino estoy seguro de que tienen una calidad excepcional, a juzgar por todo cuanto rodea a este hombre. Yo es que de vinos no entiendo, pero estoy seguro de que ésa es la bata más cara y más elegante que he visto jamás.

Iván me habla con indiferencia, no parece sentirse halagado ni por un instante. No obstante, siempre sabe ser correcto:

—Celebro que te gusten, hijo —remacha, con una desoladora humildad.

—Pues sepa usted que no es que me gusten sus copias, es que tiene usted una técnica que ya quisiera yo para mí mismo.

—También es cierto que no tengo nada dentro ni hay nada que yo pueda pintar por mi cuenta e iniciativa... Me creo capaz de copiar cualquier cuadro, eso es todo. Y eso no es pintar. Soy un intérprete, no un autor. Mis manos, mis pupilas, mi corazón son sólo máquinas muertas, sin alma.

—Tonterías, si puede usted clavar un cuadro de Chagall también puede pintar lo que quiera que hayan visto sus ojos. Y se diría que han visto muchas cosas.

Asiente con desinterés y vuelve la cabeza hacia mí para ver cómo tomo posiciones frente al caballete y, al tiempo que me quito el gorro de lana, ya estoy examinando de cerca la paleta. No se ha abierto la caja del caballete, que ayer cerré sobre el lienzo del retrato de Iván. Es uno de esos caballetes con tapa para el cuadro, con una trama de láminas de madera entrelazadas que se cierran sobre la pintura para protegerla al tiempo que facilitan el secado de los óleos. Es un detalle tan poco ortodoxo como exquisito del impresionante equipo de pintura que me ha puesto el cliente, y me viene bien para mantener mi trabajo a buen recaudo. Estoy seguro de que Iván ni siquiera lo ha mirado y lo prefiero así. Iván sabe de pintura, sabe darle tiempo al pincel. Verá su retrato cuando esté terminado y lo hará con una gran sorpresa en sus ojos negros. De modo que yo cierro o abro la cubierta sobre el caballete según sea necesario y él respeta mi decisión.

Me pongo a cambiar cajas, aparadores, muevo la arqueta, el caballete, armo un escándalo impresionante. Será un equipo magnífico, pero siempre he tratado a los útiles de pintura a golpes, incluso cuando son míos.

—Iván, me encantó escucharle hablar ayer. ¿Fue verídica toda la historia que me contó?

—Yo no cuento historias.

—Y yo no pinto retratos.

—Apuesto a que el mío lo estás haciendo muy bien, hijo.

Se escuchan sobre nuestras cabezas los pasos de unos pies desnudos, moviéndose a toda velocidad.

—Ésa debe de ser mi Ksyusha, que se acaba de despertar.

—Oh, cuánto lo siento —le contesto, bajando sensiblemente la voz—. No se preocupe, no volveré a hacer ruido con el equipo de pintura. Ya lo tengo todo colocado en su sitio. ¿Está usted posando?

Él asiente al tiempo que levanta un poco los hombros. Bien pocas cosas parecen suscitar su interés, comienzo a creer que no posa, sólo está ahí para mí. Se mueve despacio, como un gato adormilado. Vuelve la vista a la tormenta de nieve, que está hermosa, desde los ventanales del chalé. A través de vidrios de dos metros de alto se ve la tempestad tan enorme y poderosa como es desde el interior de un sórdido Talbot Horizon.

Insisto, es hipnótica, la tormenta, mucho más que el fuego de la chimenea que tengo a mi lado. Son espectáculos contrapuestos, naturaleza controlada y descontrolada que exhibe obscenamente sus formas frente a nosotros.

Estoy a gusto, estoy muy a gusto. Dumitru me trae una taza de té rojo muy caliente y cuatrocientos euros. Luego se larga y cierra tras de sí las puertas dobles del salón. Yo comienzo a mezclar aceites.

Ya podemos comenzar.

Sístole.

Diástole.

Tomo aire, arqueo el cuello y los hombros como un boxeador que está a punto de entrar en combate. Le lanzo un directo ala paleta y conecto enseguida con los óleos.

Comienza el segundo asalto. Al otro lado del cuadrilátero, un horror más viejo que el sangrar se calza los guantes y sale a mi encuentro.

Iván y yo nos ponemos en marcha hacia a la inmortalidad.

# Reactor

Directo al maxilar.

—Dijo usted que vino a mi país trayendo únicamente consigo su colección de arte y con Dumitru por toda compañía. ¿Por qué omitió a Ksyusha?

Él respira con pesadez. Estira su brazo hacia la copa de vino y le asesta un trago mortal.

—Lo cierto —prosigue después, con un deje de resignación en la voz— es que Ksyusha jamás me ha hecho caso alguno. Desde que nos conocimos siempre hemos seguido el mismo camino, pero cada uno de nosotros da sus propios pasos. Discutimos las cosas y cuando creo que tenemos un plan en común, resulta que ella se está limitando a integrarlo de cualquier manera en sus improvisadas maquinaciones. Siempre trama ideas propias y toma sus propias decisiones. A menudo, hasta parece que lo haga de forma caprichosa.

—¿Y vandalizar sus propios retratos también forma parte de sus caprichos?

Iván no me responde. Nos quedamos un rato en silencio. Me pregunto si no estaré haciendo demasiadas preguntas, pero supongo que ése es mi trabajo ahora, retratarlo. Soy su picto biógrafo, la foto de su alma, el radiólogo de sus ojos. Tengo que seguir acosándolo, llevarlo contra las cuerdas, lanzarle allí un gancho al hígado. Y tengo que trazar mejor la hipnotizante curva de sus párpados.

Me empleo a fondo con el pincel de retocar y barro color y forma con una tormenta de óleos. Veo cómo las pinturas toman el lienzo y el lienzo toma las pinturas. Siento cómo la tormenta aúlla a los perros y los perros aúllan a la tormenta.

—¿Y los perros, también vinieron solos?

—No. Los trajo ella. Dumitru los cuida algunas noches.

He terminado con los retoques sobre lo que hice ayer y tengo listo el aguarrás. El equipo está dispuesto, todo él.

Afianzo y gradúo de nuevo el caballete, luego examino el trabajo en perspectiva. Entro a valorar lo que hice ayer y trato de visualizar lo que voy a pintar hoy. Lo observo y lo imagino con fascinación. Si sigo así, puede ser un retrato deslumbrante.

Soy el puto amo.

—No veo a Dumitru cuidando de los perros, ni del jardín... ¿Cuándo aparece Dumitru en su historia?

—Pronto. ¿Dónde nos quedamos ayer?

—Usted y Ksyusha, huyendo de San Petersburgo, a caballo.

—Ah, sí. Una noche bonita y triste. Fuimos tres animales a la carrera bajo un cielo perforado por mil estrellas muertas de hambre. Nunca lo olvidaré. El sol estuvo a punto de atraparnos.

—¿A dónde fueron?

—Al único sitio donde la Madre Rusia no se atreviera a seguirnos, hijo.

»Recuerdo que aquel rocín nos dejó en el extremo Sur del bosque que se abre junto a la ciudad. Y allí nos cerró el paso el río Nevá.

»Lo fuimos bordeando, ya al trote, con el caballo resoplando, hasta que una carretera cortó el bosque y decidimos abandonar al animal.

»Tras caminar un rato por el arcén, dimos con una gasolinera para los trabajadores del sindicato de transportes, donde supe robar una vieja camioneta de reparto de carbón, puentearle la llave de contacto y desaparecer con ella, sin dejar rastro. En la Rusia de finales de los ochenta, como podrás ver, era posible llegar a cualquier sitio sólo con saber cruzar un par de cables de cuando en cuando. Robar algo como una furgoneta tampoco era tan complicado, en aquellos días de decadencia soviética. Casi todo era feo, nada feo tenía amo y nada que sirviera para trabajar solía considerarse bonito o robarse.

»Conduje apenas unos minutos, hasta el amanecer y el amanecer resultó ser como un peaje. Durante el día dormí en la parte de atrás de la furgoneta mientras Ksyusha se ponía frente al volante, convirtiendo deliberadamente nuestro rumbo en un caos. Yo en mi turno tomé la ruta más directa a toda velocidad y ella hizo lo diametralmente opuesto, dando mil rodeos absurdos que nos llevaron al tuntún a través de campos de cultivo y poblachos sin nombre. Con todo, ya andábamos cerca de nuestro destino. Y, como ni yo comprendía la lógica de nuestra vía de escape, no fuimos capturados, no fuimos vistos. Atravesamos, eso sí, un par de controles de carreteras, durante nuestros primeros kilómetros. Pero los soldados buscaban a una pareja a caballo a la que todavía no habían conseguido identificar del todo. Mi foto sobre el caballo, asomando la cabeza tras el hombro de Ksyusha todavía no había llegado al Kremlin.

»Se puso el sol y el anochecer fue Bielorrusia. Nos subimos a un ferrocarril al llegar a Polatsk. Era un tren de mercancías, por lo que hubo que pasar el día y después la noche en un vagón lleno de listones de madera. A nosotros todas aquellas penurias no nos mermaban el ánimo ni parecían afectarnos mucho. Hacíamos el amor en la parte trasera de la camioneta, entre pedazos de turba y de hulla, y en el vagón del tren, rodeados de listones de fresno.

»En la segunda noche de viaje pasamos por Minsk. De Minsk a Mazir. En la estación de trenes de Mazir resolvimos echar a caminar, hacia el sur. El infierno aguarda al sur de Mazir. Yo lo sabía y acudía a reunirme con él, trayendo a mi amada conmigo.

Él me mira con fijeza, tal vez esperando en mí una reacción que no llegaba.

—Discúlpeme, Iván, pero no conozco Bielorrusia. ¿Qué es lo que hay al sur de Mazir?

—Ucrania.

—Ah. Y eso es el infierno.

Un segundo. Dos sonrisas.

—Casi. No obstante, a mí lo que me interesaba es lo que hay entre Bielorrusia y Ucrania —me dice y hace una pausa para ver si voy captando todo aquello. Entonces ve que yo no me situó en su mapa y añade sin titubear—: La central nuclear de Chernóbil, o lo que queda de ella, está justo allí.

Miro mi lienzo, pero mis ojos enfocan tras él. Estoy absorto en lo que me acaba de decir. Al final, digo:

—Pero... Aquello está contaminado.

—En efecto. La ruina se supone que comienza tras la alambrada, donde se abre el Área de Exclusión de Chernóbil, La Cuarta Zona.

—¿No temió usted los efectos de la radiación? ¿No temió por su salud, o por la de Ksyusha?

—Yo nunca he temido por mi salud, hijo. Mi salud no es de este mundo. No recuerdo haber tenido que cuidar jamás de ella. Y dejé de temer por la de Ksyusha aquella misma noche, en aquel vagón de tren repleto de listones de madera. La hice mía de tal manera que supe que no habría partícula subatómica capaz de dañar a mi pequeña. Supe que moriríamos juntos y perseguidos, años después de abandonar el Área de Exclusión a la que acudíamos, para instalarnos.

»Nuestro nidito de amor maldito, hecho de cesio-137, yodo-131, estroncio-90 y plutonio-239.

»Cuando llegamos juntos a la aldea de Narovlia en plena noche ya notábamos cómo la densidad de población iba en marcado descenso a medida que el aire se iba tornando cada vez más insano y la naturaleza enfermaba poco a poco. Estábamos en el interior de la Tercera Zona. La cuarta zona, la de alienación total, la Чернобидьсѡа зона, comenzaba unos cuantos kilómetros más hacia el sur.

—¿Qué es toda esa nomenclatura, qué son todas esas zonas? —le pregunto, sobrecogido.

Aunque ya me temo la respuesta.

—Son áreas demarcadas por la concentración de cesio-137 que padecen por kilómetro cuadrado. Marcan el nivel de la contaminación radiactiva. La primera es un área que mirar de cuando en cuando. La Segunda Zona es objeto de controles periódicos por parte de las autoridades. La tercera está siendo permanentemente controlada y vigilada. La Cuarta Zona es el Área de Exclusión y el acceso a su interior está terminantemente prohibido. Su contenido en radiación es letal.

»Por todas partes habitan, no obstante, los samosely; los residentes que se negaron a ser evacuados o que volvieron ilegalmente tras el accidente nuclear. Los *samosely* hablan de las cuatro zonas, los cuatro círculos concéntricos, del mismo modo del que se habla del infierno en la *Divina Comedia* de Dante. Las zonas son

círculos que uno va a atravesando sucesivamente, del primero al cuarto, a sabiendas de que se adentra en su propia perdición, a sabiendas de que los niveles de radiación a su alrededor se van volviendo cada vez más y más tóxicos. En el epicentro de todo el desastre se levanta contra la humanidad el sarcófago del reactor de la central de Chernóbil, dominándolo todo desde el corazón de la desolación, lo mismo que el trono de Satanás.

»Hay gente viviendo en todas las zonas del infierno. Yo puedo dar fe, hijo. Del mismo modo en que lo haría el príncipe de los demonios.

»Ksyusha y yo atravesamos la alambrada de espino y nos adentramos en aquellas tierras, dispuestos a establecernos en cualquier sitio que lo mereciera. A finales de los ochenta, el accidente estaba fresco, el plutonio andaba suelto, los destellos de radiación ionizante aparecían iluminando el suelo de cada tormenta como los fuegos fatuos de un cementerio. Las chiribitas de las partículas subatómicas hacían acto de presencia en todas las fotos que se tomaran por el lugar. El resplandor nuclear podía brotar de la tierra a poco que se levantara el polvo del suelo, su fuego ardía muerto en el interior malformado de cualquier planta que pudiera brotar de la tierra, en cualquier animal que pululara enfermo por aquellos territorios, en lo más cálido del vientre de cualquier mujer que pudiera preñarse en media Bielorrusia.

»Todo el incidente nuclear había sucedido apenas haría un par de años, por lo que las risibles «obras de limpieza» acababan de terminar y los *samosely* estaban regresando, trayendo consigo partes iguales de ignorancia e indiferencia hacia los peligros de habitar la que había sido su tierra. Eran personas que, al igual que nosotros, se instalaron en las zonas deseando que mañana fuera nunca y que nunca llegara pasado mañana. Dos o tres mil personas que se asentaron en las ciudades y pueblos contenidos en los círculos de seguridad. Chernóbil ciudad, en la zona dos, Narodichi, entre la dos y la tres, Narovlia, en la tres. Y Prípiat, ciudad fantasma, en la cuatro, en lo peor del territorio contaminado. Prípiat fue la ciudad que se construyó para los trabajadores de la central, ahora es el único núcleo urbano contenido por completo en el Área de Exclusión. En teoría, está completamente deshabitada, la ciudad de Prípiat. Apenas puede visitarse siquiera. Es carcinógeno hasta pronunciar su nombre.

»Prípiat llegó a tener cincuenta mil habitantes. Ahora tiene media docena de técnicos de control, cuando los tiene, y los reemplazan en pocos días.

»Nosotros nos establecimos en una *isba*, una granja de troncos abandonada al Norte de la central. Aunque también recuerdo haber dormido alguna que otra vez en un amplio piso para los dignatarios del partido, en el centro de Prípiat. Podíamos escoger las viviendas que nos gustaran, atender al mobiliario y al emplazamiento; y poco más; porque cuando nos plantábamos ante el silencio sepulcral de aquellas zonas muertas éramos los demiurgos del lugar. Nada ni nadie podía juzgarnos o

impedirnos nada. Podíamos escoger el color de nuestra contaminación como si estuviéramos comprando nuestro ajuar nupcial en un mercado vacío.

»Recordaré siempre la noche en la que nos instalamos. Dimos con unas tierras de labranza en las que comenzaban a despuntar las alimañas y los cultivos, salvajes, torcidos. Una enorme *samosely* de una planta, una vivienda campesina con las puertas abiertas, con el corral muerto, los árboles de hoja perenne completamente deshojados y el gallinero aún alfombrado de plumas ensangrentadas y huesos de pollo. El frontispicio y el soportal de la vivienda estaban marcados con las meadas y las cagadas de los lobos que Ksyusha terminaría convirtiendo en nuestros perros. Los perros que, de vivir con nosotros, terminarían asilvestrados.

»Siendo nuestros hijos adoptivos.

»Aquello había sido el hogar familiar de una gran familia ucraniana con influencias, porque muchas de las casas como aquéllas fueron destruidas por los liquidadores en un vano intento de sepultar la radiación ionizante bajo el *burba*, un extintor nuclear con el que los helicópteros militares estuvieron cubriendo las zonas, en balde.

»Ksyusha y yo no pudimos dejar pensar en aquella gente, que ahora mismo estará tratando de sobrevivir al cáncer y a la desdicha en cualquier rincón de Kiev. Encontrábamos sus ropas en los armarios, sus fotos en los marcos, sus electrodomésticos averiados, gracias a la radiactividad; los juguetes de sus niños estorbando por todas partes, abandonados.

»Pobre familia evacuada. Sus vidas quedaron a medio suspenso y sus muertos se quedaron con nosotros, enterrados junto a una encina asesinada por la radiación freática. El Estado evacuó a la población pasadas cuarenta y ocho horas de la explosión, dos noches después de que la luz del reactor de Chernóbil amaneciera a las tantas de la madrugada, en un resplandor de mil colores enfermos.

»Como muchos otros de los lugareños, fueron desalojados tarde y mal; quizá se les informó de que tenían que cooperar con una serie de maniobras de seguridad y se les dijo que retornarían a sus casas en breve... Nunca lo hicieron. Muy pocos de los habitantes de aquellos lugares regresaron. Sólo lo hicimos los *samosely*, en solitario, actuando contra la voluntad familiar, contra el sentido común, contra los intereses del gobierno y contra todo instinto de conservación. La mayor parte de los damnificados nunca recuperó sus vidas. Nosotros lo hicimos en su lugar. Nosotros, los *samosely*, éramos los suicidas que decidieron en aquellos años volver a vivir por allí, para apartarse de todo y de todos. En un acto de rebeldía único en toda la historia de la humanidad.

»Habitar lo inhabitable. Vivir donde se muere.

»Nosotros podíamos volver a los hogares que otros no recuperarían nunca, por culpa de la amenaza de la contaminación nuclear. Podíamos parasitar sus sueños



rotos, llenar sus casas vacías, ocupar los tronos de la vida que les había sido arrebatada en caliente. Éramos el cangrejo ermitaño de una playa anegada por el plutonio. Buscábamos nuestra concha abandonada.

»Y ni éramos los únicos ni fuimos los primeros en invadir aquella vivienda tras el incidente. Nos aguardaba en el interior de aquella *samosely* de ventanas rotas un ocupante mucho más triste que nosotros: el cadáver de un zorro de las nieves que fue a dar con sus huesos en la hornacina de la chimenea, harto de tanto invierno tóxico.

»Las cosas de la familia que había habitado el lugar, dejadas de cualquier manera, esperándoles. Sus platos por fregar. Un libro abierto sobre el sofá. Un vestido de noche a medio coser.

»Pero a nosotros nada podía estropearnos aquel momento. Recuerdo cómo tomé a Ksyusha en brazos y penetré, como un buen marido, en el interior negro de aquella vivienda ucraniana. El zorro se nos había adelantado, pero todavía no habían saqueado el lugar.

»Oh, sí, en aquellos años, aparte de los *samosely*, uno podía encontrarse dentro de las zonas a una suerte de tristes individuos dispuestos a arriesgar sus vidas para sacar de aquella buitrera una bicicleta o un par de botas de cuero. Los saqueadores entraban en las granjas de todo el *óblast*, en los pisos de Prípiat, en las instalaciones militares y civiles del complejo nuclear, donde hiciera falta. Cualquier emplazamiento era válido, pese a que muchos saqueadores volvían a sus casas transportando consigo material radiactivo y quizás con un bonito bronceado nuclear. Casi todos los que se pasaban de listos morían poco después del pillaje, enfermaban a poco que pasaran unos meses. La radiación ionizante no perdona.

»Ksyusha y yo nos hicimos con una granja abandonada, siniestra, ricamente amueblada y de reciente construcción. No nos hizo falta limpiarla mucho o decorarla para convertirla en nuestro hogar. Hicimos una señal con tiza en la puerta de la finca, una flecha hacia abajo dentro de un círculo. Significa que el dueño de la casa ha vuelto. Mantiene alejados a los merodeadores.

»Así las cosas, permanecíamos dentro de la granja durante todo el día, dejando tranquilos en sus rondas y sus operaciones a todos los militares y los técnicos nucleares que, pese al tiempo transcurrido desde el incidente, seguían tratando de descontaminar y desactivar las zonas. Por el día, ellos enterraban barras de grafito radiactivas. Por la noche, nosotros salíamos a cazar.

»Porque los animales de las zonas bullían vida y bullían muerte. Libres de la humanidad, podían morir de cáncer y abandonados o volverse agrestes, regresar a la vida salvaje, hacer frente a la radiación sin más medios que sus instintos y su maltrecha fertilidad. Generaciones enteras de lo que habían sido animales de compañía, bestias de tiro, caza, ganado... Todo tipo de fauna postdoméstica fue proliferando y malviviendo durante aquellos años. Y eso que los liquidadores

organizaron innumerables batidas en las que se dio muerte a perros y gatos, porque diseminaban contaminación con sus pelajes.

»Todo en balde, no se puede luchar contra la naturaleza, siempre se abre paso. Volvieron los osos y los lobos a aquellas latitudes a medida que los soldados y los ingenieros se fueron retirando, dándose por vencidos y derrotados por la venganza invisible del átomo al que habían soñado dominar. Mientras tanto, en Moscú, la Unión Soviética agonizaba hasta disolverse en varios pedazos sangrantes. Con el paso de los meses, el silencio y la oscuridad se enseñorearon de aquellas tierras y por las noches volvió a escucharse el aullido de los lobos. De los lobos radiactivos.

—Y ustedes se los comían —añado yo, con incredulidad y con sorna.

—Nunca nos faltó de nada, en aquel lugar. No tuvimos que comer alimañas jamás. Siempre tuvimos leña, siempre había buena caza. Nos alimentábamos de los animales y para darles alcance recorríamos kilómetros de lo que ahora es una reserva natural.

—Kilómetros de tierra contaminada.

—Sí.

—Me dice que... Estuvo usted moviéndose durante años por las inmediaciones de un complejo nuclear sazonado con plutonio. A oscuras.

—Sí.

—Usted me está contando un cuento chino, Iván. ¿Es una metáfora, o algo así?

—No.

—Entonces es mentira.

—No.

—Pues usted dirá. Yo no entiendo mucho de esas cosas, apenas sé lo que sucedió en Chernóbil y no entiendo bien lo que es la radiactividad, pero sí sé que miles de personas murieron cuando se produjo por allí el mayor accidente de la historia de la ingeniería civil. No puedo creerme que un hombre como usted pudiera sobrevivir indemne a varios años de exposición.

Iván se encogió de hombros.

—Igor Kostin fue el reportero que cubrió la tragedia —me responde—. Trabajaba para la Novosti Press cuando se produjo el accidente y se desplazó hasta el reactor para fotografiarlo, abierto y sangrante, con fuego nuclear ardiendo en su interior. En su corazón, expuesto grosera y tóxicamente, bramando a la atmósfera. Igor Kostin sobrevoló el reactor incendiado pocas horas después de que estallara, exponiéndose a niveles de radiación que superan cinco veces lo humanamente soportable. Actualmente, vive en Kiev, con su mujer.

—¿Nunca enfermó?

—Parece que no. Y eso que ha vuelto en varias ocasiones al Área de Exclusión.

—¿Me dice usted que algunas personas son más resistentes que otras a la

radiación?

—Sí.

—Pues eso suena a mis oídos como si me dijera que algunas personas son más resistentes que otras a la luz.

—Lo cierto es que yo tengo la suerte de mirar el mundo a través de dos ojos que funcionan muy bien cuando apenas hay luz.

—Aun así no creo que usted se quemara menos que yo, si lo ponen al fuego. La física nuclear no me parece que entienda mucho de salud, de complejidades y de resistencia. Apuesto a que sus partículas pueden ser irradiadas lo mismo que las mías.

—Apuesta tú si quieres, hijo, pero yo pude aguantar cuanto te cuento. Aquí me tienes como prueba.

—Mire, Iván... Yo estoy aquí para pintarle a usted. Cuénteme lo que quiera, me ayudará a pintarle... por dentro. Pero no espere que le crea si me dice que es usted inmune al uranio. ¿Seguro que usted no tiene un cáncer terrible?

—Yo no recuerdo haber visitado un médico jamás, hijo.

—Yo no soy su hijo.

—Todo llegará.

—¿Qué?

# Carcomas

Me hincho como un pez globo y exploto. Dejo un momento a Iván, su retrato y sus tonterías; salgo de su enorme sala de estar, rumbo al baño. En parte es porque quiero mear y, en parte, porque he vuelto a oír los pasos descalzos de Ksyusha en el piso de arriba y quiero forzar un encuentro con ella. Me gustaría escuchar su versión de los hechos, porque ya no creo ni una palabra de lo que me está contando el patrón.

Así que salgo al rellano y en vez de bajar las escaleras decido equivocarme las instrucciones que Iván me acaba de dar y hago justo al contrario, subo los peldaños. Ya buscaré un lavabo en el piso superior. Este sitio es grande, tiene que haber un baño arriba, sí o sí.

Hace un frío terrible, fuera del salón. No sé cómo los europeos del Este pueden vivir a estas temperaturas, no debe ser bueno ni para ellos... Me temo que voy a tener que mear a toda prisa y abstenerme de curiosear el interior del enorme chalé de Iván si no quiero resfriarme. Como no vea a Ksyusha, buscaré un baño con celeridad y volveré a la sala de estar, me digo, al tiempo que me afano en alcanzar la planta superior.

Pero seguro que no hay un cuarto de aseo funcionando en la planta superior.

Porque hace décadas que ni siquiera barren su suelo.

Me recibe un pasillo destrozado, embaldosado con un puzzle de piezas de gres sueltas, partidas, alabeadas, sobre las que pesan dos dedos de polvo podrido. El corredor, estirado hacia arriba y hacia delante, está flanqueado por puertas de madera a medio carcomer que a veces se descuelgan tuertas de sus marcos y a veces yacen en el suelo, desplomadas lo mismo que un tablado. Cuento una docena de dinteles hasta donde llega la luz del rellano, y apenas dos de ellos sujetan puertas bien abisagradas. Hay una apertura al poco de arrancar el pasillo que no es más que una escuadra de vigas de madera entre las que una hipotenusa de telarañas hace las veces de un visillo de tul.

Aquí ya no viven ni las termitas. ¿Qué rayos está pasando en este sitio? ¡Esta planta lleva deshabitada desde antes de la guerra! ¡Está en la ruina más abandonada y absoluta!

Lo único vivo que parece instalado aquí es el persistente hedor a supuraciones que se aloja en cada rincón y una colonia de coleópteros que no se detendrá hasta haber derribado la última puerta de la planta. Campan por toda la planta desquiciada los aullidos de la tormenta de nieve. Ni rastro de actividad humana.

Me está entrando miedo.

Mi idea era darme un paseo, pero apenas me atrevo a andar un par de pasos y asomar la mirada al interior de la primera habitación de la planta.

En ella hay una enorme cama cubierta con una colcha podrida y renegrida que

aparece tras un dosel de jirones. Las ventanas están muy rotas. Apenas dos colmillos de vidrio en una de ellas; la otra, mellada del todo.

Este sitio está muerto y momificado. Es un cascajo, una construcción funeraria. Toda la casa lo es. Nadie que tuviera una propiedad de este calibre en medio de las montañas la tendría así de abandonada, o la alquilaría en semejante estado... Parece que las plantas inferiores hayan sido adecentadas y ésta, la superior, no.

Va a ser que me han apartado las bambalinas, que me han metido en un estudio cinematográfico en el que no hay más que polvo y despojos tras el decorado en el que me muevo yo. La rebotica está en ruinas; así, sin más.

Por lo que queda de la ventana se cuelan dos rayos de luna en los que revolotean como luciérnagas los copos de nieve de la tormenta, que ahora amaina y luego arreciará, haciendo que rechinen las maderas y que tiriten las baldosas. Ya puede hacer frío, ya. Aquí estamos en medio de la montaña. Peor que en la puta calle.

Hay una cómoda desvencijada y de cantos desportillados. A su lado, una silla sobre la que nadie se atrevería a tirarse un pedo. El empapelado de las paredes haciendo rizados por el suelo, alechugándose hacia el techo. Capullos de algún insecto tapizan el lateral de un armario ropero que no me atrevo a abrir. Un limo amarillo se descuelga del roble de una de sus puertas entreabiertas. Está rezumando. Se pudren sus llagas.

Diría que soy el primer hombre cuerdo que entra en este sitio en muchos años. Diría eso y que este sitio es malo hasta para los yonquis. Y eso que yo vivo en un piso de yonquis que está hecho un auténtico asco.

Vuelvo al pasillo y doy otros dos pasos hacia la oscuridad. Miro en la siguiente habitación.

Era un cuarto de planchar. Ahora es una arruga.

Apenas conserva jirones de sus cortinajes. La tormenta los peina, hace que los desgarrones flameen como algas ante la marea y yo no puedo evitar acercarme para verlos bailar de cerca.

Eran de ganchillo.

Tras ellos, de nuevo la nevasca. Miro hacia abajo. Veo mi coche, junto al columpio, que se mece sin niño. Sólo la tormenta se acuna en él. Luego está el algarrobo. Y las enormes espaldas de Dumitru, que han salido a fumar junto al farol medio muerto que hay en la verja de entrada de la vivienda. A la derecha de Dumitru se sienta uno de los lobos de Ksyusha. Frente al columpio se ha tumbado el otro. Ninguno de los tres animales parece molesto por la nevada. Yo, en cambio, me cuajo de frío, me abrazo a mí mismo.

De repente Dumitru vuelve la mirada directamente hacia mi ventana y los perros hacen otro tanto, moviéndose todos al mismo tiempo y con la misma determinación. Terminan señalándome con los ojos, sin equivocarse mi posición ni que ninguno de

ellos desmerezca la coreografía o mueva otra cosa que la cabeza.

Es como si todos los focos de las cámaras se hubieran vuelto silenciosamente hacia mí, pero ninguna luz me viene con ellos.

No comprendo cómo pueden haberme descubierto los tres a la vez. Seis ojos opacos que se han puesto a apuntarme sin motivo, sin nada que pudiera avisarlos a ellos.

Hay algo en todo esto que empieza a parecerme paranormal. Imposible. He galopado sobre drogas muy duras que me han hecho ver cosas menos extrañas que este lugar, que esta gente, que esta situación, que este momento de mi vida. Me abrazo y siento que soy lo único real de esta historia.

Tengo mil ganas de marcharme de este sitio, pero mis pies quieren bailar sobre un lienzo y mi cabeza está atrapada por la historia de Iván. Hay algo en sus palabras que tira de mi cuello más que ninguna soga.

Doy dos pasos hacia atrás y salgo del cuarto, luego desciendo las escaleras y vuelvo a la sala de estar, aterido. Sin mear.

Trato de recobrar la compostura, de situarme de nuevo en la realidad. De recuperar la concentración, sólo este cuadro y yo. Nada más.

Miro el cuadro y comprendo que debo terminarlo. Sé que lo haré, caiga quien caiga. Mi historia no terminará hasta que firme el lienzo que comienza a tomar forma ante mis ojos.

Porque mi obra es lo único que ha merecido la pena en mi vida y este cuadro me está devolviendo las ganas de vivir. Me tranquiliza. Me hace respirar con paz. Me hace mirar a Iván y pedirle que ponga en marcha el siguiente asalto de nuestro particular combate de boxeo.

Una pelea sin lona, con lienzo.

Al otro lado del salón, Iván parece indiferente a mi desasosiego, contempla la tempestad a través de los gigantescos ventanales que el cuarto le ofrece.

Siempre que me altero se muestra distante. He irrumpido en la estancia como un retazo de la tormenta y él no se ha movido de su butaca. No me mira cuando me oye tomar asiento ni dice nada cuando reanudo la sesión de pintura. Creo que aguarda a que me abandone el frío y a que mi respiración se normalice, como uno de esos perros viejos que no se aproximan a las personas de la casa cuando entran por la puerta y no acuden a saludar a nadie que no haya entrado en calor.

Uno de los lobos de la casa aparece al otro lado de los cristales moviéndose como la nieve dentro de la tormenta. Toma asiento frente a nosotros, a escasos metros de los ventanales. Sostiene la mirada de Iván durante unos minutos con descaro y cuando se despliega el hilo conductor entre sus pupilas es como si hombre y animal se hubieran convertido en sendos postes de telégrafos.

Al cabo de unos instantes, el perro se marcha, sin más. Iván vuelve sus ojos mate

hacia mí y reanuda su historia.

Esta vez sé que me va a doler.

# El saqueador

—Ese tinte azul que se suele emplear en el cine para ambientar las escenas nocturnas —me dice al fin— siempre te habrá parecido irreal, hijo. A mucha gente se le hace burda y torpe la... luz de noche.

¿Y no lo es?

—Depende.

—¿De qué?

—De si has pasado suficientes horas padeciendo el reflejo de la luz de la luna sobre la nieve.

»Ksyusha y yo llevábamos unas cuantas estaciones habitando aquellas ruinas, nos habíamos adaptado bien y nos gustaba el color que adquiría todo cuando la aurora y las luces del cielo nocturno se reflejaban sobre el blanco integral del suelo congelado. Caminábamos noches enteras hollando aquella alfombra de nieve radiactiva. Seguíamos a machamartillo el rastro de ciervos y corzos y liebres que nadie habría querido comer y antes de que amaneciera volvíamos a nuestra madriguera. No queríamos que nos detectaran ni los *samosely*, de modo que nos parapetábamos tras el anochecer, éramos el secreto de un lugar prohibido.

»La actividad nocturna de aquel lugar se reducía a los lobos y a nosotros. Las tropas del Estado siempre moviéndose por las zonas, tratando de alcanzarnos. Habían seguido nuestro rastro, Dios sabe cómo, hasta las zonas; y ahora trataban de capturarnos, quizás matarnos. Se movían tratando de evitar la contaminación, reemplazando con frecuencia a sus efectivos y midiendo las lecturas de radiación de cada paso que daban. Aquello era un campo de minas y nosotros dos conejos tratando de escapar de un enorme depredador.

»Fuimos una manada mestiza durante aquellos inviernos, Ksyusha, yo y nuestros dos perros a medio asilvestrar. Entonces fue cuando Dumitru se cruzó en nuestro camino.

»Fue una noche en la que el sol estuvo a punto de atraparnos. Había patrullas por toda nuestra zona, gabardinas del ejército rojo desplegándose a nuestro alrededor, mimetizándose en el blanco de la nieve y en la negrura de la noche. Soldados que se suponía que se ocupaban de las tareas de descontaminación, aunque la evidente y grosera realidad era que se estaban aproximando a nuestra granja a base de seguir nuestros rastros sobre la nieve.

»Mi muñeca rusa y yo nos veíamos obligados a extremar el sigilo y no tuvimos otra que abandonar la seguridad de aquella *samosely* de paredes de madera para huir hacia el interior más profundo de las zonas. Hacia el reactor, hacia Prípiat, hacia las profundidades del abismo.



»Hacia una ciudad moderna y muerta, hecha de interminables torres de pisos vacíos.

»El horizonte nos mostró la silueta de una urbe de altísimos edificios de hormigón que despuntaban hasta esconder la luz de las estrellas. Semáforos apagados, colegios abandonados, almacenes vacíos, un hospital saqueado por gente que iba a necesitar un hospital, una metrópoli sumida en un apagón eterno... construida a la sombra de un titánico complejo energético. El oxímoron hecho asfalto y ladrillos. El sarcófago del reactor perfilándose a lo lejos, a sólo tres kilómetros del casco urbano de Prípiat. La bandera de la Unión ondeando sobre él, como si fuera territorio enemigo.

»Recorrer la ciudad apestada era abrirse paso por la ignominia de una civilización a medio arruinar, lustro y pico transcurrido desde el incidente. Farolas vencidas por el peso de la nieve que llevaban todo el invierno sin poder derretir, nadie para enderezarlas o hacerlas a un lado del camino. Un estadio con las gradas llenas de hojarasca. Un estanque seco. Bares abiertos sin luz ni borrachos. Un silencio capaz de vaciarte la cabeza y hacértela estallar al vacío. Un parque de atracciones a merced de la necrosis, su noria combándose, enorme, abandonada a su propio peso; autos de choque reflejando la luz de la luna por los puntos en los que todavía no habían comenzado a oxidarse. Carteles colgantes ilegibles, rechinando al paso del viento. Árboles de salud enloquecida, unos tratando de florecer en pleno invierno, otros de hoja caduca que ya no sabía caducar. Cascotes de una baranda desmoronada que sorteábamos al correr entre las calles. Un banco insultantemente nuevo, sin usar, crujiendo por el poco uso, bajo los pies de Ksyusha a plena carrera. La silueta a lo lejos de un hombre corpulento, enfundado en un *kabát*, un abrigo eslovaco de piel de oveja.

»Dumitru, saqueando la ciudad prohibida.

»Nos encontró merodeando su territorio. Apareció su figura recortándose hacia el final de una avenida construida contra el horizonte, en una escena que anticipaba el amanecer. Irrumpió en aquel paraje desolado como un tren que se adivina al fondo de las vías y su presencia fue peor que una acusación en público, fue algo que violaba nuestra soledad, con la llegada del día. Dumitru nos descubrió y debió preguntarse quienes éramos nosotros, dos cuerpos huyendo como alma que lleva el diablo, en pos de un lugar seguro para rematar la noche. Dos enormes perros cabalgando a nuestro paso.

»Tras nuestras pisadas, la Spetsnaz, mandándonos unos efectivos no convencionales ni censados. Hombres sin nombre ni bandera bordada en los hombros. Tropas de élite armadas con fusiles de asalto, petos antirradiación hechos con placas de plomo y visores de infrarrojos. Francotiradores vestidos de un blanco escrupuloso reptando sobre la nieve y escrutando la noche con teleobjetivos láser.

»La pareja de lobos que se negaba a separarse de nosotros hacía imposible que

pudiéramos borrar nuestras huellas. Y Dumitru, fuera quien fuera, nos iba a delatar. Nadie se resistía al Ejército Rojo, en aquellos días.

»Nadie salvo un saqueador. Los saqueadores ponían todo en peligro. Eran contaminación andante, fulanos que sacaban enseres envenenados y los plantaban en los mercadillos ambulantes de toda Bielorrusia. Si les capturaban, eran deportados a Siberia, convertidos en carne fresca para la picadora del Gulag.

»Pero casi nunca les capturaban.

»Lo mismo que si fueran gorriones enjaulados, los saqueadores de las zonas no duraban mucho tiempo vivos; al poco de ser capturados, enfermaban y morían por sí mismos, inánimes o entre grandes dolores si el plutonio se decidía a quemarles vivos por dentro. Prenderles con grilletos era tratar de detener una fuga de radiación con las manos desnudas, de modo que el destino de aquellos desgraciados parecía quedar al margen de la ley. El átomo, un verdugo invisible, infinitesimal, solía ser el encargado de detenerles y ajusticiarles.

»...A no ser que se entrometieran en una operación de búsqueda y captura de un enemigo del partido como yo.

»Aquel estúpido se iba a convertir en la mosca de nuestro pastel. En otra incómoda foto que nos tomaban mientras tratábamos de escapar del sistema. Dumitru nos miraba atónito mientras nosotros nos escondíamos en uno de los pisos de los dignatarios del Partido.

»Fue un testigo presencial de nuestra huida, sus ojos nos vieron escoger vivienda justo antes de que lo hiciera el sol.

»Dumitru había visto demasiado, pero no había tiempo de arrancarle el cuello. Me limité a mirarle desde la distancia, el sol a punto de salir a su espalda. Mientras Ksyusha jugaba con un gato que nos miraba allí en medio, muerto de curiosidad, yo derribaba la puerta de aquel sitio. No tuve otra que maldecir la estampa de Dumitru y me retiré a dormir con mi *Матрёшка*.

»Hicimos el amor como si se fuera a acabar el mundo mientras amanecía.

»Abajo, en la calle, la Madre Rusia palpaba con doscientas manos, tratando de atraparnos a tuestas. Sus fuerzas especiales mordieron la alborada mientras a nosotros nos tragaba la noche.

»No nos atraparían jamás.

# Interludio: El circo

Abro los ojos y... diástole. Mi corazón se arranca a toda velocidad. No es bueno acelerar un motor en frío.

El timbre del aparato chillando antes de que empiece la función suena en mi cabeza como una sentencia judicial; descuelgo yo, que soy el acusado que se pone en pie para escuchar su condena, y la voz al otro lado de la línea se adueña de mí como un mazazo. Es la función que acaba de comenzar en el interior de mi cubículo, cada vez que me pongo al teléfono.

Porque yo tengo un trabajo, desde hace tres meses.

No soy buhonero, soy otro tipo de ganapán: tras trabajar de cualquier cosa mal pagada y eventual, he recalado en un cubículo con aire acondicionado.

En serio, curro en una oficina. No te rías. Podría pasarte también a ti. Sucede en las mejores familias.

En la mía tenemos empleos que son como reventar a una burra a empujones. Sin ir más lejos, yo mantengo un puesto de trabajo con el que me pago las drogas. Entro a trabajar a las once del mediodía y me siento frente a un teléfono digital hasta bien pasada la hora de comer.

Para orientarme en medio de todo eso y no faltar jamás a la hora de fichar, me valgo de mi viejo reloj despertador de la marca Lorus. Va siete horas adelantado, pero ya he aprendido a contar con ello.

Porque, aunque hago un horario de trabajo muy breve, es un horario al fin y al cabo. A un yonqui le cuesta mucho respetar y obedecer algo tan rígido como eso, mantener a raya el caos que habita en su interior, que le puede dejar profundamente dormido, impedido o imbécil en cualquier momento del día. De modo que yo me siento orgulloso de mi empleo de politoxicómano.

Y mi empleo es contestar a una línea 902 de ésas que se facturan por minutos a una tarifa prohibitiva. A un lado del hilo se pone el cliente, implacable, pagando un promedio de doce euros por llamada; al otro lado estaré yo, hasta que mi interlocutor cuelgue, aguantando el chaparrón, tratando de alargar la conversación hasta pasado mañana, intentando hacer caja. El circo suelta a sus fieras por toda la pista.

Y yo soy el payaso principal.

Soy el intrépido hombre bala. El enano retrasado. La mujer barbuda. El león amariconado que se enfrenta, yendo hasta el culo de opiáceos, a un domador musculoso que va hasta el culo de esteroides. Rujo y agito mi barba rala, el domador chasca su látigo y flexiona sus tatuajes, los tensa bajo una capa de sudor.

Soy la estrella del circo que se despliega en mi derredor. Soy el maestro de

ceremonias de la feria más triste del mundo.

Porque la empresa que me emplea es muy especial.

Nuestra especialidad no es el funambulismo ni es la doma de bestias ni son los malabares ni las cartas del tarot ni el porno chorra. Nosotros somos el templo 902 de la humillación, el carnaval de la autoestima. Nuestro nombre no es Chernóbil, sino *Insult Line*.

Y yo soy el tío al que pagan para ser insultado.

Oh, sí. Me gano los garbanzos como operador de una especie de teléfono erótico al que llaman los sádicos. Me insultan, me humillan, me machacan, me destrozan verbalmente. Soy como ese hombre feo al que pasean en una jaula por todas las ferias, en la caseta del lanzamiento de tartas. O como el pobre desgraciado que termina cayendo al barreño de aceite si se acierta cuatro veces en la diana de la caseta del tiro con arco. Soy el tonto del pueblo.

Del pueblo francés, que me llama al completo, para esforzarse en maltratarme. Media República me tiene por su puta sadomaso cuando se trata de sexo por teléfono. O algo así. Porque a mí apenas me llaman chavales gamberros, a mí me suelen llamar enfermos maduros, maduros que ya llevan unos cuantos años enfermos, madurando la horrible idea de su enfermedad. Y yo los pongo malos del todo.

Soy el Doctor Insultos.

Unas veces, si veo que el cliente no tiene aplomo, interpreto el papel del mojigato sensible que se derrumba en mil sollozos y balbuceos a poco que lo vejan. Otras, cuando noto que el que llama es todo un cabrón con pintas, hago como que soy un señor bastante duro que comienza rebotándose y tratando de defender su dignidad para ir, poco a poco, hundiéndose bajo el dominante peso de la violencia verbal que despliega el anónimo y encabronado ciudadano, ése que decide gastarse los cuartos ladrándole al aparato.

Si trago bien y consigo hacer que vuelen los minutos, puedo sacarle un buen pellizco al cliente y eso, a final de mes, es lo que mantiene contentos a mis jefes. A mis dos jefes.

Porque soy el mejor en lo mío, aunque no sea nada agradable.

Soy pintor. De los caóticos. De los buenos. De los yonquis. De los malditos.

De los pinchaúvas. De los que puedes insultar, a cincuenta céntimos el minuto. Yo sí soy capaz de encajar lo que nadie soportaría. A veces me consuelo pensando que todo el mundo tiene jefes que gritan, insultan, muerden y amenazan, pero entonces tengo que pasarme por la oficina del mío para cobrar y entonces él aprovecha mi presencia para faltarme gratis, mientras me entrega el sobre, lleno de billetes arrugados.

Y eso me demuestra que lo mío no es ningún papel ante el auricular, me hace ver que lo que hago al restregarme por el cieno no es circunstancial, ni profesional, ni

coyuntural: es lo único que sé hacer. Lo único de valor, visto que mi pintura ya sólo le interesa a Iván.

Y así es como me he ido dando cuenta de lo limitado que estoy. Un hombre realista comprende que su mala cabeza le viene de familia nada más se da cuenta de que está haciendo las mismas tonterías que hicieron sus antepasados directos y que, para colmo, las está haciendo todavía más gordas.

Mi abuelo dejó que reventara su burra, yo me dejo reventar como una burra. Porque mi empleo es el peor de todos, creo imaginar.

Puedes pensar que alguien tiene que hacerlo y que no deja de ser un trabajo. De acuerdo, pues prueba a hacerlo tú, durante unos meses. Al principio te crees que podrías vivir de ello felizmente, que es dinero fácil y que los insultos anónimos frente a un personaje que interpretas te rebotarán en una permanente coraza por los siglos de los siglos. Desafortunadamente, para cuando descubres que no es así, que nada ni nadie es realmente impermeable al infinito, ya ha pasado demasiado tiempo y tú te lo has tirado acostumbrándote a que te pisoteen por nada, a que te machaquen todos, porque para eso estás. Sucede casi sin que te des cuenta, sucede de repente y cuando te das cuenta resulta que hay un trozo de tu autoestima que se ha ido a tomar por el culo y ello implica que tu dignidad ya nunca se recuperará del todo: has estado poniendo los garbanzos sobre la mesa y el caballo dentro de la vena gracias a ello. Durante unos pocos meses, has sobrevivido a base de soportar y sostener el odio gratuito de los demás y ahora ya no volverás a ser el mismo tío que eras cuando todavía no te sentías como si las putas pudieran darte lecciones de amor propio.

No es un asunto de cuánto tiempo tengas para aprender a vivir con ello, es un asunto de que todas las horas incontables que pasas cayendo bajo terminarán pesándote en lo alto, sobre los hombros. Y cuanto más tiempo en el fondo acumulas, más machacado estás. Es como en el buceo, como cuando un submarinista pasa demasiados minutos en el fondo y la presión constante de las atmósferas y las toneladas de agua sobre él terminan vencién-dole hasta que la narcosis del nitrógeno aparece en sus venas, para anularle. En algún momento sientes que se te apodera el tiempo en el fondo y notas como se te acaba el aire y que te estás ganando una embolia, o quizá que tus pulmones estallarán si tratas de emerger cuanto antes.

Lo sé porque yo buceaba, antes de empezar con la mala vida. Yo sé lo que es cuando el nitrógeno te nubla el juicio. Mis primeros colocones fueron así. De ahí ya pasé a las pastillas.

Ahora tengo a *Insult Line*.

Supe que era *Insult Line* y no las drogas lo que me había fastidiado el corazón cuando uno de esos hijos de puta que llaman me hizo casi llorar. De repente me di cuenta de que se me estaba yendo la cabeza. De que me lo había creído todo. Que me había pasado de hondo en mi agujero. Que me acababa de coger el pelotazo

neuroquímico que Cousteau solía llamar «la borrachera de las profundidades».

Sístole. Diástole. Sístole.

Así que, en cuanto puedo, dejo de pensar en lo que le hago al teléfono y en lo que me hago a mí mismo y trato de recrearme en cuanto sucede nada más salgo del trabajo. Llevo mi memoria a todas esas charlas fantásticas que estoy sosteniendo con Iván, a todas esas virguerías que hago con mi vida y con mis pinceles ahora que estoy volviendo a pintar bien. Dejo de pensar en cómo y por qué hago las cosas que hago en el trabajo y me lanzo al ruedo, descuelgo el teléfono y arranca el chaparrón.

—Maldito hijo de perra, ¿a qué esperabas para coger el puto teléfono? —me brama la voz del cliente, trémula de rabia. Oh, Dios de las tempestades, tenemos aquí a un toro bravo, creo que reconozco su voz, es uno de mis habituales. En concreto, uno de los más encabronados.

—Oh, yo...

—Tú cállate la puta boca, despojo humano, pedazo de mierda parlante, que no te mereces ni el agua que te bebes. No te mereces ni que te hable tu confesor. Ni que te tiren a la basura, deshecho de alcantarilla.

—Por favor, no me diga esas cosas —le contesto yo, ya poniendo voz de estar padeciendo. Al principio se me daba bastante mal y las llamadas duraban poco, pero ahora que ya lo hago como todo un profesional, consigo engancharles de modo que ya no paran de gritarme hasta que se les va la voz.

A éste lo engancho durante media hora. Paso de la fase plañidera al capítulo de vicioso que empieza a cogerle el gusto a eso de que le digan mil guarradas.

Y mañana más, quizás con el mismo bastardo.

Comienzo a pensar que, de alguna manera, ese tío y yo tenemos algo. Estamos conectados. Compartimos algo íntimo. Él se enciende, aplastando mi voz; yo me apago por dentro, estirando la suya.

A veces me siento más rodeado de mierda tóxica que ningún samosely. Más agazapado que un proxeneta desnortado en la URSS de Gorbachov.

Pronto darán las cuatro y me podré ir al agujero en el que vivo, al piso de yonquis que es mi casa, con los billetes de Dumitru en un bolsillo y en el otro los otros sesenta euros de la sesión de teléfono de hoy. Estoy en racha. Creo que si sigo así conseguiré mantener al mono a raya hasta que llegue la primavera.

O hasta que yo decida limpiarme un poco para poder pintar.

Como anoche.

Como esta noche.

Mi vida parece comenzar cuando arranco mi Talbot Horizon y me dirijo a casa de Iván. Diástole.

Recuerdo haber salido hace pocas horas de casa de Iván, cuando iba hacia mi coche me pareció escuchar gritos, bajo el suelo. Aullidos humanos que salían de los

sótanos de la casa, de la montaña sobre la que se sienta. Me pregunto qué susto me dará su casa hoy, a partir de las once y pico de la noche.

Hasta que llegue ese momento tengo que atender a otra llamada.

Otra a la que descuelgo. Arranco con el protocolo. Presento la línea y me presento yo, me pongo a tiro para que empiece el ensañamiento. La voz al otro lado de la línea mueve su pieza y me dice:

—Perdedor, sabemos lo que se esconde en el chalé al que marchas todas las noches —me espeta, con acento del Este.

Y es una voz que nunca he oído antes.

De repente, me consta que Rusia está en verdad tras los pasos de Iván. Y resulta que Iván se ha cruzado con los míos.

Dios santo, estoy en un lío espantoso. Y todavía no sé ni por qué.

—La pregunta que nos hacemos ahora es si sabes tú en qué clase de asunto te estás metiendo. Así que te hemos dejado algo en el... coche ese que tienes —añade la voz.

Yo todavía no puedo saberlo, pero es la voz del ruso que me vigila todo el santo día, desde que Iván dio primero con mi ciudad y luego conmigo, en el parque de los yonquis.

Siento que este cliente va a colgar. Todos lo hacen, por mucho que a mí me paguen para que no lo hagan, al final todos los telefonazos de mi vida terminan porque hay un cuelgue. Yo trato de evitarlo, trato de conseguir que las conversaciones no se acaben nunca, me gano los cuartos con ello. Y esta vez parece que hay bastante más en juego que la mierda que me pagan.

Conque digo:

—¿Quiénes son ustedes?

Y la voz me dice:

—¿Sabes que el monstruo que ha entrado en esa casa de las montañas se ha traído de Ucrania una bomba sucia?

—No sé de qué me está usted hablando. Y no sé lo que es una bomba sucia.

Escucho un suspiro al otro lado de la línea.

—Estás tratando con terroristas que se disponen a perpetrar un atentado empleando un dispositivo de dispersión radiológica, un artefacto explosivo de gran peligrosidad, un arma nuclear de destrucción en masa. Necesitamos de tu colaboración, ¿entiendes lo que quiere decir eso, deshecho de tienda? Tienes que encontrar la bomba y decirnos donde está.

—Oiga, yo sólo soy un pintor. Me han encargado un retrato al óleo y me han pedido que trabaje por la noche. Acabo mañana mismo y desaparezco de todo esto.

—De eso nada, pedazo de imbécil. El hombre al que estás viendo debe responder ante la justicia internacional, de modo que colabora si no quieres vértelas con

nosotros. Mira lo que te hemos dejado en el asiento del copiloto de tu vehículo y entiende con qué clase de compañías te estás mezclando. Esto no es algo de lo que te puedas desvincular sin más.

Sístole. Diástole. Sístole. Diástole.

Un antinatural silencio se adueña de la línea.

Lo rompo yo, al final.

—No pienso abandonar mi cuadro a medio terminar ni hacer nada que pueda comprometer la calidad de su acabado. Soy un artista en comunión con su obra. Nada ni nadie me va a privar de dar vida y color a mi trabajo.

¿Quieres que ponga eso en tu epitafio, justo antes de palabras como drogadicto y piojoso?

—Euhhh...

—Yo creo que mi país pagará tus exequias de buen grado, artista del insulto en comunión con su obra. Soplapollas.

—Yo no he hecho nada, yo sólo pinto.

—Pues pintas mucho, porque de ti depende la estabilidad de la región. Más te vale ponerte a localizar los explosivos que andamos buscando. Si no los encuentras, te quedan dos noches de vida.

—¿Me están ustedes amenazando?

—Y tanto. Mañana por la noche entraremos en esa casa con equipos de intervención rápida y efectivos NBQ y no deja remos con vida ni a los putos perros. ¿Lo has entendido bien, burro sidoso?

Y fin de la llamada.

Han sido menos de cinco minutos. No me pagan nada si la cosa dura menos de cinco minutos.

Hay un cliente hijo de puta que parece que haya averiguado eso y ahora cuando quiere vilipendiarme me hace mil llamadas de cuatro minutos con cincuenta segundos cada una... Y yo no tengo otro remedio que aguantarle sin cobrar, porque en mi cabina no hay un botón para colgar las llamadas: se supone que yo no debo colgar, bajo ningún concepto. Tampoco puedo poner las llamadas en espera, ni pasárselas a nadie, ni levantarme de la silla o quitarme los auriculares mientras el piloto luminoso de las llamadas entrantes está encendido. No me queda otra que tragar y tragar, a punta de pala. La cosa resulta especialmente patética si tenemos en cuenta que ahora de los insultos hemos pasado a las amenazas de muerte.

Cielos. ¿Me van a matar? ¡Diástole! ¿Por pintar a Iván?

Ahora ya no soy un cero a la izquierda y, aunque no entiendo nada, ya no soy tan ignorante.

Empiezo a atar cabos —y a extraer conclusiones.

Ahora sé un par de cosas.



Un par de cosas sobre la vida y la muerte.

# Noche tercera

# Remontada

Esta vez no subo solo a casa de Iván.

Esta vez hay algo en el asiento del copiloto, un regalo que me han dejado los rusos. Un teléfono móvil con bluetooth que dice que sólo puedo llamar a los números que aparecen registrados en su agenda de contactos y, en su agenda de contactos, sólo aparece un número. Así que ahora tengo línea con ellos. Sólo con ellos. A la ambulancia no puedo llamar, no antes de que me haga daño.

Junto al teléfono hay otro cachivache electrónico. Un extraño y tosco aparato de color amarillo fosforescente que parece llamarse DRSB.

Yo no tengo ni puta idea de lo que es, a ciencia cierta, porque todo cuanto lleva impreso sobre sus controles está en cirílico.

Te reconforta ser un imbécil. Por eso algunos hacen el papel del chulo de putas estúpido durante el comunismo, quizás porque a menudo resulta conveniente. Me pregunto si Dumitru es tan imbécil como parece o si únicamente se lo hace para salir adelante. Me pregunto si Dumitru se esconde como si fuera un imbécil tras la sombra de Iván lo mismo que Iván se escondía como si fuera un imbécil tras la sombra de la alcahueta del Partido.

Desafortunadamente, yo no puedo esconderme de esto como un imbécil. Esta vez hace falta ser demasiado idiota para no enterarse de lo que pasa. Hasta Forrest Gump se apostaría un brazo a que ese trasto amarillo es un contador Geiger.

Pesa más que yo. Debe de valer una pasta, si lo vendo. Cuando lo enciendo y lo meneo va haciendo ruiditos raros, crepitaciones, pedos de altavoz. Su aguja me baila un zapateado si me lo acerco a los dedos de la mano con la que suelo pintar. Si lo llevo de gira por todo el coche se pone a carraspear, a batir sus palmas, a chascar unas castañuelas.

Ya no es tan divertido cuando caigo en la cuenta de que carraspea más cuanto más se acerca a las manchas de pintura de mis zapatillas.

Las manchas de la fantástica pintura de Iván.

Bonito chisme. Intenta alertarme de que estoy pintando el retrato del Señor Burns.

—Nuclear, se dice nuclear —digo yo.

—Dumitru, suelte a los perros —dice él. Dumitru es Smithers.

Malditos rusos. Maldito cabrón al otro lado del teléfono. Bonita manera de hacerme ver que esto va mucho más que en serio.

Me han dado un medidor de radiactividad. Un chisme amarillo chillón que deja de chillar a medida que la oscuridad nos envuelve y comienza a esgarrar como un tísico cazallero cuando mi Talbot Horizon y yo nos vamos acercando a la casa de Iván. Me hace apagar la música.

Dios.

Ese chisme parece que se vaya a morir de una bronquitis obstructiva y todavía no hemos comenzado a subir la cuesta que lleva al chalé.

Paro el coche, enciendo la luz del habitáculo y cojo el trasto amarillo. Lo examino una vez más. Me pongo a variar la posición de su selector central. Tiene una rueda en el medio y un interruptor para encenderlo y apagarlo, eso es todo.

Deben de haberme dado el modelo para ignorantes, para ceros a la izquierda. Para pintores. Pintores de los buenos. De los bohemios. De los yonquis.

Aun así, supongo que voy entendiendo cómo va esto, porque Iván me ha hablado del cesio ciento treinta y tantos, del yodo ciento treinta y tantos, del plutonio doscientos treinta y tantos, de su puta madre ciento treinta y tantos.

Muchos treinta y tantos distintos que va midiendo la rueda de la fortuna, la ruleta del demonio. O eso pone en el serigrafiado de sus distintas posiciones. Todos son Неприятие nosequé treinta y tantos.

Debo de estar midiendo distintos tipos de radiación. Distintas formas de joderme la vida. Y en todos oigo como el chisme del demonio se desflema y tose en mi cara.

Parece contestarme con un «eso también, tú también» a cada marrón que le planteo. Vaya mierda de oráculo. Es un árbitro que siempre pita falta. Un examen que suspender en cada convocatoria. Una moneda con dos cruces. Una ruleta rusa del cuarenta y cinco con el tambor cargado hasta los topes.

Esto me va a matar. Lo mismo que la heroína.

Me pregunto cuánto valdrán mis dos cuadros buenos si palmo de una leucemia dentro de pocos días. Tengo diarreas, vómitos y fatiga, como casi siempre desde que empecé a pincharme. Sé que esos son los síntomas del envenenamiento nuclear porque me crie en una época en la que se hacían muchas películas sobre esos temas, pero lo que me preocupa ahora es que se me ha empezado a caer el cabello.

Y estoy seguro de que eso no lo hace la heroína.

¿Realmente voy a morir para pintar a ese tío raro? ¿Me olvidarán como a un mierda si no remato ese lienzo? ¿Si por el contrario me las ingenio para estampar mi firma en el ángulo inferior derecho del retrato de Iván... eso hará que mi vida haya tenido algún sentido?

Es más, ¿hay algo de cuanto yo haya podido hacer desde que me parieron que le haya dado algún sentido a mi vida? ¿Cuánta de toda la gente que me ha conocido me recuerda ahora? ¿Vendrá alguien que no hable dialecto kirguís a mi entierro? ¿Alguien para preguntar qué coño hacen en cirílico las palabras «drogadicto» y «piojoso» junto a mi nombre, en una lápida pagada por la Federación Rusa?

No sé si el retrato de Iván va a ser una obra maestra para nadie, pero sí estoy seguro de que como me apee de esto ahora jamás volveré a formar parte de nada bueno.

¿Qué alternativas tengo a jugarme la vida pintando a Iván, dueño de dos perros

muertos, dos cuadros traidores y dos ojos opacos? ¿Qué otra cosa puede hacer un cero a la izquierda, un ignorante? ¿Levantar el teléfono de *Insult Line* como el que levanta pesas? ¿Volver a juntarse con L'Anti y atracar otra tienda de ultramarinos a las afueras de Toulouse? ¿Buscar otro palo que le asegure la dosis durante unos meses? ¿No plantearse la desintoxicación ni por asomo? ¿Perderse hasta el funeral de sus padres? ¿Eso es una alternativa a algo? ¿Realmente tengo planes y proyectos que defender? ¿Hay alguna cosa que un tuercebotas como yo no haya echado a perder todavía? ¿Cambia algo si ahora empiezo a perder pelo y mañana lo pierdo todo?

¿Qué otra cosa, si no es la pintura, haría que un tío como yo recuperara las ganas de vivir de pie? ¿Hay algo que me importe más que el próximo chute, algo que me hunda más hondo que el próximo chute? ¿Tiene algún sentido vivir para poder matarse? ¿No es eso lo que hicieron Iván y Ksyusha al esconderse del Kremlin en las zonas? ¿No es eso lo que les salvó de una muerte anodina?

No recuerdo haberme formado. No he tenido una génesis como la de Iván ni merezco una némesis como la suya. A mí nunca me preguntaron lo que quería hacer con mi vida, lo que quería ser de mayor. Simplemente me hice mayor sin hacerme muchas preguntas. Supongo que ahora me toca hacérmelas todas. Esta noche.

Lanzar el contador Geiger por la ventanilla, dar media vuelta y volver a la ciudad. Desaparecer en el parque de los yonquis. Dejar la pintura atrás para refugiarme en la heroína. Hum. Me suena. Creo que ya hice eso al abandonar París. ¿Voy a volver a abandonar mi obra ahora que mi obra ha venido a buscarme a esta pequeña ciudad junto a los Pirineos? ¿Eso no habrá sido pasar la vida huyendo hasta perderla por nada?

Lo que ayer era nieve hoy es hielo. Lo que ayer eran cuatro neumáticos destrozados hoy son lo mejor del desguace.

Mi coche tiene ahora el cárter lleno de aceite fresco y amortiguadores dignos. Funcionan todas sus luces. Calza zapatas nuevas en cada freno. Me he gastado ciento y pico euros en él.

Me he pulido buena parte del dinero para drogas en tunear un Talbot Horizon y ahora me siento al volante de una máquina de follar. Soy un chaval con unos zapatos nuevos, un adolescente intrépido que conduce el coche de su padre.

Y la noche es joven.

Aparece el desvío hacia el camino particular que sube al chalé de Iván. Sé que no es el chalé de Iván, a carta cabal. Sé que jamás lo han alquilado. He preguntado por él en la gasolinera que hay cerca de aquí.

Hay una estación de servicio justo al pie de la montaña. En ella me han dicho que la mansión en la que vive Iván pertenece a una anciana medio asiática, una descendiente de los colonos del protectorado francés de Camboya, de la que no saben nada desde hace años. Al parecer, la anciana asiática se puso gravemente enferma.

Una muchacha latinoamericana la cuida todos los días, aunque ahora hace unos cuantos que no la ven repostar. Se llama Guadalupe Domínguez Cebolla. Ella paga su gasolina con la Tarjeta Viaje-Club. ¿Quiero yo una Tarjeta Viaje-Club?

Me suena. No la Tarjeta Viaje-Club. Tampoco es Guadalupe Domínguez Cebolla quien me suena. Me suena lo de la anciana medio asiática gravemente enferma.

¿Se han instalado por las malas en la casa de una vieja rica e indefensa? ¿Han quitado de en medio a la mexicana que cuida ba de ella y se han apalancado en un chalé bien apartado de la ciudad?

Es evidente que voy directo al plató donde se va a rodar el penúltimo capítulo de mi vida.

Enfilo el desvío conduciendo con suavidad y en cuanto abandono la carretera principal me hago a un lado, al arcén. Salgo del coche y abro el maletero. Saco cadenas para la nieve.

Sí, también he comprado eso. También de segunda mano. Se acabó el hacer el soplapollas. Se acabaron los chutes a media cuesta. Ya basta de actos de suicidio de medio pelo.

Esta vez voy a conducir hasta la casa de Iván sin perder el control ni un instante. Voy a mantenerme sobrio y sereno. Sólo van a ser cuarenta y ocho horas más, esta noche y la de mañana. Después habré muerto, sí, pero por algo que merece la pena.

Me afano en preparar el coche para la ascensión, calzo las cadenas en diez minutos. No puedo saberlo a carta cabal, en este momento únicamente lo supongo, pero el ruso que me vigila está alucinando bellotas. Vuelvo a ponerme al volante y antes de arrancar el motor, aprovecho el vigor de mi nueva batería para encenderme un cigarrillo.

Un cigarrillo que me sabe a gloria.

Me sabe al Marlboro de un tío al que están a punto de fusilar.

Arranco el motor sin esfuerzo y subo, también sin esfuerzo, las quince putas curvas hasta entrar en la casa de Iván. El trazado bajo mis ruedas es un zigzag irrelevante que ya no se atreve a sorprenderme. El mono dentro de mis venas es un tití castrado que ya no se atreve a chistarme.

Porque ahora tengo un cabreo de tres pares de cojones.

Muy bien, esto se va a hacer.

Veamos de qué está hecho el infierno.

# La cava

De un bofetón caigo en la cuenta: esta noche hay luces en el chalé.

Mi coche y yo entramos en la finca y nos pasmamos cuando vemos que todo el edificio está de repente iluminado como un árbol de navidad. Hoy trae hambre. Hay hasta un farol balizando su puerta principal, aunque hasta ahora no habíamos ni reparado en que siempre había estado ahí. Apagado.

Hoy no. Hoy luce como nunca. Hoy todo parece haberse despertado. Hasta el asistente del señor de la casa llama la atención por lo dispuesto que parece en esta noche.

Porque Dumitru nos espera con la mirada clavada en nuestro capó y una sonrisa de palmo y medio en el centro de su cara. Está en cuclillas sobre el travesaño del armazón del columpio. Es un ave rapaz sobre un hilo de teléfono, un enorme gato que otea desde la cúspide de una atalaya improvisada.

¿Cómo ha hecho para subirse a un larguero que está a casi dos metros del suelo? ¿Quién puede sentarse sobre sus talones desde semejante altura y mantener el equilibrio ahí como si nada?

Aparco a su lado, ya es costumbre. También se está convirtiendo en una costumbre esto de que sus perros me miren lo mismo que él. Uno de ellos se mantiene junto a la puerta, a un lado, tras la columna de entrada. No lo he visto al entrar. Menudo susto me habría dado. El otro lobo se ha tumbado en el porche. Ninguno de ellos jadea, ninguno descuelga o despendolea su lengua. No se mueven, no te reciben, no se inmutan, no.

Mientras tanto, en el interior del Talbot Horizon de mi corazón, diástole, hay un contador Geiger que se desgañita y descuajaringa como Gandalf en *El Señor de los Anillos*.

—Huid, insensatos —nos dice con su voz de ronquidos.

Luego se pone a rascar con su garganta de anciano como si cayera al abismo de Moria, pero yo no me inmuta y me limito a quitar las llaves del contacto. Mi coche, viejo socio, se echa a dormir sin más. También apago el cigarro y el estéreo. Acto seguido, apago los gañidos del medidor de radiación.

Su aguja apuntaba alto.

Era pretenciosa.

Me meto el teléfono móvil en el bolsillo del anorak. Salgo del coche y cuando mis zapatillas se posan sobre la nieve apelmazada suena como si Dumitru se hubiera dejado caer desde lo alto del columpio. Suena a que una enorme cagarruta acaba de aterrizar en la palangana de un retrete escarchado. Dos mierdas se expelen vaharadas de aliento sobre la nieve. Se dan la mano, intercambian frases de protocolo y halitosis. Después, algo tira de la cadena y nosotros partimos hacia el interior del

chalé. Dumitru me indica el camino, yo le sigo.

Reparo en que lo que lleva puesto debe ser un enorme *kabát*, un abrigo de pastor eslovaco, de piel de oveja. Yo nunca he visto uno de éstos antes, pero ahora sé cómo son. Me lo contó Iván ayer mismo. Se trata de una trinchera de infame costura, groseros pespuntos e indefinido color, pardo sucio, podría decirse. El gabán le llega hasta los tobillos. Es tan ancho y corto como él, está hecho para retacos rechonchos, quizá a medida. Debe de valer una pasta, pese a que es una confección de los tiempos de la Checoslovaquia comunista.

Apuesto a que no se lo quita de encima. Apuesto a que es todo cuanto tiene.

Tiene eso y los billetes de cincuenta con los que dentro de nada estará pagando por mis servicios. Y tiene los cigarros más malolientes del mundo. Y un espantoso bigote. Y una boca pronunciada, horrible. Y una espalda que darne.

—¿Dónde voy a pintar hoy? —le pregunto a su chepa, sin rezagarme ni perder el resuello.

—Le veo determinado, amigo —me dice su nuca.

—Es viernes. Los viernes me siento pletórico de energías.

—Pues espero que las conserve usted, porque mi amo también parece ansioso por comenzar —responde Dumitru, marcándome cada palabra como si estuviera leyendo algo, pero sin perder su permanente acento rumano—. Hoy me ha hecho encender todas las luces al poco de ponerse el sol. Ha salido a pasear a los perros y ahora le espera, en la bodega. En el sótano de la casa.

Reanudamos la marcha y el chalé nos traga. Dumitru me arrastra y me lleva consigo, a toda velocidad. Yo le sigo como uno de esos galgos de caza avejentados a los que azuzan sus amos, justo antes de disparar sobre ellos. De algún modo, comienzo a meterme en el papel del rehén al que van a fusilar por nada.

Dumitru atraviesa el recibidor y se dirige a las escaleras principales, pero en vez de subirlas, las supera y abre la portezuela de un trastero que hay bajo los peldaños.

Pero no es un trastero. Contiene escobas y enseres de limpieza que, apartados como están, no ocultan una portezuela hacia una segunda escalera, que se adentra en el subsuelo. Bonito escondite. Una destilería ilegal de alcohol.

Nos metemos en él. Es alucinante. Es atravesar una puerta secreta.

Porque bajo el chalé de Iván habita la monstruosidad subterránea. Lo sé. Lo estoy viendo desplegarse frente a mis ojos. No me gusta nada. El sótano de su casa es un sistema de túneles aciago.

Ahora comprendo de dónde viene el olor a sudarios que sale de esta casa. Tiene las entrañas podridas, el puto chalé. Se asienta sobre unas catacumbas cubiertas de limo negruzco. Aquí no se puede ni elaborar ni conservar ningún vino sano.

Pero se supone que esto es una bodega.

Dumitru me hace seguirle por corredores desdibujados en la roca. El suelo sube y



baja a nuestros pies. Una corriente de aire helado nos atraviesa. Un resplandor a lo lejos nos llama. Vamos hacia una cámara cava en la que Iván aguarda sentado, sobre el lomo de una vieja barrica.

Lleva puesta su formidable bata, bajo la cual se adivina un traje de excelente factura. Ha encendido una vieja caldera de leña cuyo cometido debe ser evitarle la congelación al vino, o tal vez templar la casa. No obstante, yo no creo que ninguna de las dos cosas pueda conseguirse fácilmente con una caldera de leña tan pequeña.

Eso sí, debe de llevar tiempo prendida, la estufa, porque la estancia no resulta excesivamente fría como para pintar. Es una cámara bastante grande. Hasta donde alcanza mi vista, contiene docena y media de toneles de vino y cuatro monstruosos aparadores repletos de botellas sin etiqueta. Una enorme bombilla pende desnuda sobre el conjunto, por toda luz. Luz que proyecta mil sombras sobre la roca sucia. También suficiente para pintar, aunque bastante justa. El resplandor de la portezuela de la caldera de leña abierta de par en par completará la iluminación que necesito. Siempre quise pintar junto al fuego. Me estoy poniendo fino de hacerlo.

Dumitru me señala mis enseres de pintura, desplegados en el extremo opuesto de la cava, al lado de la caldera. Excelente. Me aproximo al equipo y tomo asiento frente al lienzo.

El lienzo cobra vida ante mis ojos. No me canso de mirarlo. Veo en él lo inspirado que he estado desde el primer momento, también veo las dos sentadas que me quedan para terminarlo y sé que va a ser mi mejor trabajo.

Realmente tenía razón Iván, no voy a decepcionarle. Está quedando de puta madre. Por pintar algo así soy capaz de dejarme abrir en canal. De esnifar cesio, estroncio y uranio empobrecido. De dejar las drogas. Mi mono es ese macaco castrado que divierte a los niños que van al circo.

Me pongo a mezclar colores y me sorprendo al comprobar que mi pulso hacía años que no tenía tanto aplomo. Sé que falta muy poco para que el síndrome de abstinencia me destroce los nervios, por eso llevo encima todo cuanto necesito para reponerme: una dosis bien cortada de la heroína más suave. Es cuanto me he atrevido a traer. No quiero joderla ahora, pero tampoco sé si podré mantenerme limpio mucho tiempo. De momento aguanto muy bien, ya veremos cómo avanza la noche.

Dumitru se adentra en la cava y desaparece entre varios botelleros, debe de haber cientos de botellas ahí. Vuelve en un santiamén, portando una damajuana de vino y un par de copas enormes. De pronto Iván se encuentra olfateando con cuidado un caldo de excelente color y yo me enfrento a una copa de tinto que no sé si probar. El criado rumano me mete los consabidos cuatrocientos euros en el mismo bolsillo del anorak en el que llevo el teléfono móvil y se larga, dejándonos a solas y en silencio en una cámara de roca natural en la que el único cuadro y el único cuadrilátero son los que nosotros estamos haciendo.

Yo no puedo saberlo ahora, ya me enteraré dentro de unas horas, pero el caso es que en cuanto Dumitru nos encierra en la cava, se apresura a apagar las luces del porche, de la fachada, de todo el chalé. Se apaga también el canto de los grillos y hasta el farol de la puerta. Poco después, siete hombres que llevan visores de infrarrojos, armas con silenciador e intercomunicadores de radiofrecuencia militar se despliegan alrededor de la casa. Siguen el mismo protocolo que emplearon en Chechenia: toman lecturas telemétricas, sacan fotografías de los accesos al lugar y preparan un asalto bien coordinado. Los perros les miran y les huelen sin inmutarse ni hacer ningún ruido. Los perros parecen saber que esto se decide bajo el suelo.

Porque bajo tierra, Iván y yo nos enfrentamos a nuestro tercer asalto.

Las tropas pueden tomar posiciones por donde quieran, pero la guerra se está librando en el corazón del lugar. En la cava. Allí nosotros volvemos a enfrentarnos a una sesión de pintura.

Afuera todo es una larva que nos aguarda, engordando entre el silencio y la oscuridad.

Afuera tan sólo el chirrido del columpio meciéndose al viento junto a mi Talbot Horizon se atreve a romper la noche.

# El ritual

Se dobla frente a la caldera, se pone en cuclillas y toma un par de pequeños sorbos de su copa. Nunca le he mirado de tan cerca antes, está a dos metros de mi pincel, a un zarpazo de mi cara. La luz de la lumbre le domina los rasgos de la cara y estoy seguro de que no me será posible obtener una escena de su semblante más cálida que ésta.

Las arrugas de sus párpados y de las comisuras de sus labios se niegan a decirme cuántos años puede tener este hombre. Podría tener cuarenta y pocos, quince arriba, quince abajo. El brillo de su piel contrasta con la oscuridad en sus ojos, que rechazan incomprensiblemente la luz de la fogata. Busco esa centella en sus pupilas, pero no está. No hay ni rastro de ella. El reflejo de las llamas en su mirada es un premio que ha quedado desierto, una tremenda escena de silencio en una obra de teatro escandalosa.

Una línea en blanco en el epicentro de esta historia.

Iván tiene los ojos secos de una muñeca muerta. Es casi terrorífico. Siento ganas de preguntarle por ello, pero temo que ésa sería una de esas preguntas esquizofrénicas sobre el color y la luz que sólo haría un pintor loco y decadente que, para colmo, se ha colocado demasiado últimamente.

En serio. De un tiempo a esta parte suelo interrogar a las personas por el brillo de las cosas, por la vida que puede verse chisporroteando en algunos objetos inertes y lo inertes que pueden encontrarse algunos seres vivos ante los ojos del que mira. Cuando hablo sobre esas cosas la gente reacciona como si acabara de romperse un plato en el banquete de una boda. Sé que es una neura mía, que nadie me comprende cuando me obstino en hablar sobre mi manía de comparar colores y formas, contrastes y reflejos, calor y proporción.

No obstante, aquí he venido a pintar las cosas que veo yo, tal y como yo las veo; y ahora acabo de tener un ramalazo impresionista. De modo que me apresto a cazar la escena y decido invertir este precioso instante en esperar a que aparezca la inminente chiribita en los ojos de Iván. Sostengo el pincel chispado de amarillo hueso en la mano, mantengo la espalda arqueada, contengo la respiración; aguardo mejor que un fotógrafo de guerra, acechando a la luz como si esto fuera un paisaje en vez de un retrato y el sol estuviera a punto de darle el toque definitivo a una escena radiante para mí, pero nada sucede.

Iván mueve la cabeza y paladea su vino. El fuego se agita frente a él. Cambian los ángulos, vallan las llamas y varía el enfoque de la escena. Todo queda dispuesto, pero no llega el resplandor. No hay rayo verde. No hay ni una rendija de luz rebotando en su córnea, nada que responda en su cristalino. Lo único que sale a mi encuentro es una sutil sonrisa en los labios de Iván, que se mantiene sentado sobre sus talones, de

puntillas frente al fuego. Mira las llamas y reanuda su relato.

—Llevan años tras nosotros, cazándonos por asedio, como antaño solían cazarse los osos de las nieves. Nos persiguen hasta acorralarnos en nuestras madrigueras y forzar finales terribles. Ya he creído darles esquinazo en varias ocasiones, pero siempre terminan volviendo a dar conmigo y con los míos... Y cuando lo hacen es siempre igual. Mandan a por nosotros a unos hombres duros, de rasgos cortados y determinación encomiable, pero nada. Nunca les sale bien. Creen que porque han cogido a muchos de los míos podrán cogerme a mí, pero se equivocan.

Yo no digo nada. Él mira la hoguera, pensativo.

—Conmigo se equivocan. A mí sólo me cogerán cuando decida entregarme.

—¿No prescriben los crímenes del antiguo régimen, para la Federación Rusa?

—Hijo, esto ya no tiene mucho que ver con aquel dignatario kirguís al que maté. Aquello sólo fue la tropelía que les volvió a situar tras mis pasos, culpa de la foto que me hicieron cuando tratábamos de huir de Leningrado.

—¿Pero qué clase de crímenes contra el Estado cometió usted para que mandaran tropas a buscarle a las inmediaciones de Chernóbil? ¿Y cómo pueden andar tras sus pasos después de todos estos años, con todo lo que ha llovido en Moscú?

Él mira a un lado y a otro de la estancia. La pregunta parece haberle puesto nervioso, o tal vez sea que no encuentra forma de responder a ella.

—El odio entre los perros y los lobos es eterno, ancestral. Son depredadores hermanos que llevan matándose desde el primer día en que se vieron. Distintas almas, distintas formas de vida, la misma bestia. Dos familias incestuosas que viven inmersas en una contienda que nada entiende de tiempo y lugar, sólo el número de las fuerzas en liza determina los movimientos de la batida. Puedes cobrarte unos lobos con una partida de caza encabezada por una jauría de galgos y suele pasar que los lobos dan buena cuenta de tus perros de presa si se te extravían o si exceden su acoso hasta alejarse demasiado del grupo.

Toma un trago de su copa e insiste en su discurso, se va encendiendo con él:

—El día a día no ve más allá de la batalla, no tiene una perspectiva de la guerra; la política hace cientos de años que fue dejada atrás y luego olvidada, sólo queda una *vendetta* entre estirpes. Ni yo ni los hombres que acechan ahí afuera sabemos bien por qué nos tenemos que enfrentar. Somos escaques de distinto color. Cara y cruz. Sístole y diástole.

Diástole.

—No veo qué le hace a usted diferente de cualquier otro fugitivo.

—Hay un mal que traigo conmigo, una amenaza que tratan de destruir.

Una bomba sucia, supongo. Pero yo no le puedo preguntar por eso.

Se me da muy bien maniobrar en las conversaciones feas. He ejercido como un profesional de eso, en *Insult Line*, de modo que sé cuándo y cómo dará resultado mi

treta, mi cambio de tema repentino.

Así hago un quiebro, sin titubear.

—¿Qué es este sitio, Iván? —le pregunto de pronto, barriendo con la mirada a mi alrededor—. ¿Por qué una destilería ilegal bajo una mansión tan distinguida? ¿Se puede llegar a pagar una casa como esta a base de evadir impuestos al fisco?

—Hijo, esta madriguera no se hizo para el vino ni para estafarle las tasas al Gobierno de la República. Esta cava se hizo en 1914, el año en que Francia decide prohibir la absenta. Aquí se estuvo destilando hada verde hasta los noventa, momento en que se vuelve a legalizar el consumo de ajeno y el agujero en que estamos deja de ser una destilería clandestina para convertirse en una extraña bodega.

—Curioso. ¿Le contaron todo eso los propietarios de la casa?

—En efecto.

No sé qué me pasa. Me resulta imposible eludir los asuntos espinosos.

—¿Y quiénes son?

—Pues los ilustres gabachos que solían venderle absenta por correo a mi buen Dumitru, que es todo un experto en el arte de burlar los controles de aduanas. Cuando le dije que veníamos a esta provincia de Francia, él se puso en contacto con los propietarios de este lugar y, en vez de hacerles un pedido, les solicitó consejo en cuanto al alojamiento. Ellos nos ofrecieron amablemente esta casa, por un módico precio.

No me creo nada.

—¿Y cómo es que hay tantas ventanas rotas en el planta de arriba?

—El segundo piso lleva cerrado desde los años veinte. Necesita reformas, tiene goteras, está destrozado. Es un trastero, poco más.

Ahora sí que no me creo nada de nada, ni goteras ni trastero. Aquello es pura ruina. Desde el año catorce, lo menos.

Compartimos un rato de silencio. Supongo que ya es hora de que prosigamos con la historia de Iván.

—¿Les atraparon en Prípiat?

—No.

»No lo hicieron entonces. Nunca lo han hecho.

»Registraron un par de edificios yendo puerta por puerta. Fueron acercándose a las del piso en el que estábamos nosotros, pero Dumitru puso dos barras de grafito frente a la entrada de la habitación en la que dormíamos. Moderador mineral de neutrones, como el que ardía bajo el sarcófago del reactor. Dos piezas del grafito que se emplea para envolver el uranio y así detener las reacciones atómicas y apagar los reactores. Hijo, si metieras esa cosa dentro de una piscina se pondría radioluminiscente, irradiaría un fulgor mucho más amenazador que el habitual en el Efecto Cherenkov. No hay mayor veneno que esas barras de grafito que volaron por

los aires cuando estalló el reactor. Dos mil roentgens, eso da muerte a toda vida. Manda al otro mundo a un hombre sano en menos de media hora.

»Sólo ver aquello ya les envió bien lejos. Apuesto a que algunos de ellos sintieron en el acto los primeros síntomas del abrazo de la radiactividad. Dolor en los ojos, sabor a plomo en la boca, sensación de presión en los oídos, hinchazón en las manos, náuseas al cabo de unas horas, quemaduras internas que aparecen tras cuatro días, cáncer que se diagnostica al cabo de unas semanas.

»Los soldaditos de (petos de) plomo tardaron semanas en volver a aparecer por la ciudad. No lo hicieron hasta descontaminarla. Escamparon y los técnicos nucleares les tomaron el relevo, para liquidar aquellos residuos.

»Entonces comprendí que Dumitru era como nosotros. Él también se parapetaba tras la radiación.

»También estaba siendo perseguido. Y, al igual que nosotros, terminaría venciendo a la lógica del sistema, al Estado y a la radiactividad, como esos árboles enfermos que se levantan de entre las grietas del asfalto de Prípiat, o esa especie de golondrinas que construyen sus nidos sobre los buzones de correos de las plazas del centro de la ciudad maldita. Hay cosas que salen adelante contra toda la humanidad; los *samosely* éramos una de ellas.

»Dumitru durmió bajo nuestro suelo, en la planta de abajo. Al anochecer, las tropas de la Spetsnaz se retiraron y él aguardó a vernos salir de allí. Se mantuvo tras nosotros durante días, siguiéndonos desde la distancia, contando nuestras pisadas sobre la nieve, oliendo nuestras embestidas sexuales bajo cada conífera muerta y deshojada que aparecía en el camino hacia nuestra granja. Nosotros no sabíamos quién era aquel hombre y qué quería. Por qué nos seguía. Seguimos sin saberlo, hoy día.

»Lo que sabemos bien y no olvidamos es cómo hizo Dumitru para unirse a nosotros.

»Pasaron dos estaciones. Un día anocheció y nosotros nos retorcíamos en nuestro agujero. Afuera cantaban mil grillos deformes. Ya era verano y la nieve se había retirado por unos cuantos meses. La noche era cálida. Podía pasar que un hombre se plantara frente a tu casa y...

»...la pintara.

»A la intemperie, a las tantas.

»Eso fue lo que nos hizo Dumitru. Pintar nuestra granja a la luz de la luna. Plantó un taburete y un caballete plegables y desplegó lienzo y óleos. Se puso a pintar la isba en la que vivíamos al tiempo que silbaba una melodía muy dulce.

»Un saqueador llamaba a nuestra puerta.

»Uno al que yo ya conocía. Porque Dumitru y yo, ya hablaré de eso más adelante, nos habíamos encontrado mucho antes de que yo conociera a Ksyusha.

»Así que salimos a recibirle y no nos costó entablar una conversación con él. No éramos partidarios de intimar con los *samosely*, pero él tampoco.

»Tampoco solía tratar con los *samosely*. Y tampoco se consideraba uno de ellos. Los *samosely* tienen la virtud y el defecto de jamás considerarse *samosely* a sí mismos.

»Estuvimos de cháchara hasta el amanecer, y luego tres noches más. Dumitru tardó cuatro noches en pintarnos posando junto a nuestra granja.

—¿Invirtió cuatro noches consecutivas en captar un posado?

—En efecto.

—Me suena.

No decimos nada. Él parece esperar a que yo le de paso o le obstruya definitivamente el camino. Opto por lo segundo. Le mando contra las cuerdas.

—Iván, ¿qué son estos... retratos? ¿Qué le estoy pintando? ¿Qué significa tanto pintar durante cuatro noches seguidas?

—Todo y nada. Es un ritual, hijo.

—Un ritual.

—Uno muy antiguo. La buena pintura siempre es ritual, ceremonial. Unas veces es arte y otras no, pero siempre es pura magia.

—No me diga —respondo yo, con retintín.

—Hablo muy en serio, hijo.

Se hace un silencio incómodo, hasta que Iván se decide a explicarse mejor.

—Si examinamos la historia de la pintura —me comienza a decir, en tono discursivo—, resulta que todo arranca con el arte rupestre, que se gestó en cuevas como esta en la que estamos. El hombre primitivo retrataba a sus presas para propiciar la caza. Era un rito mágico-religioso, un proyectar de los anhelos para materializarlos, para darles forma. Era visualizar la presa, el futuro, la realidad que acechar. Era poder y lucha, era pintura; eran cuatro lunas hasta la noche del cazador. Y así comenzaron a pintar los hombres, porque cuando se trata de auténtico arte pictórico, los hombres pintan igual que persiguen sus sueños.

—Muy bonito. Pero aquí no hay ningún troglodita.

—Los etruscos fueron un pueblo que pintó durante siglos, y toda, absolutamente toda su pintura estaba dedicada a la vida en el más allá y los ritos religiosos. Ellos fueron los herederos de la antigua Grecia y los precursores de Roma. Tras Roma llegaría el medioevo, que fue un periodo de la historia de la humanidad en el que toda o casi toda la pintura notoria fue de tipo religioso. Se pintaba porque así lo exigía el rito. Se pintaba por creencias, por actos de fe, por motivos que no son de este mundo. Se pintaban catedrales, santos y milagros. Se pintaba siguiendo una serie de liturgias que no han cambiado en miles de años.

»Hay algo muy antiguo y muy especial en la pintura, en los cuadros hechos a la

luz de la luna y al calor de la lumbre, obras en las que un pintor decidido trata de capturar el alma de las cosas. Todos los pueblos de la antigüedad lo supieron. Es algo que siempre ha estado ahí, para el que lo sepa encontrar.

»La pintura medieval dio lugar al arte sacro, siguiendo con la Europa en la que nos encontramos. El arte sacro dominó buena parte del Renacimiento y el Barroco; y ya en 1954, Salvador Dalí pinta su Crucifixión tras hacer posar a Gala durante cuatro noches.

»Allá donde ha habido arte y genio siempre se ha pintado en cuatro lunas, hijo. No es ninguna manía soviética, no es un homenaje a Dostoievski. No es patrimonio exclusivo de los matrimonios por secuestro del mundo kirguís ni es la forma de entablar amistad entre los samosely. Es una forma de hacer algo espiritual de las cosas, una reverencia que puede significar lo mismo miedo que respeto o protocolo. Una liturgia que se emplea en muchos actos solemnes de distinto tipo y credo, lo mismo que las velas y los inciensos. Es un culto ancestral genérico.

»De hecho, los clérigos musulmanes dictaron prescripciones estrictas contra las pinturas de gente y animales para detener a los hombres como Dumitru y yo, por mucho que dijeran que lo hacían para proteger a la gente de los ídolos. También hay cientos de tribus africanas que encuadran dentro de la maleficencia a todos los retratos, porque creen que hasta las fotografías tienen el poder de capturar el alma de las personas.

—Así que usted quiere que yo capture su alma —le digo, esta vez con sorna.

—Para eso he venido hasta aquí, hijo. Para que me la quites y te la lleves contigo, allá adonde vayas.



# La foto

Sístole. Diástole. Sístole.

No lo aguanto más. El pulso me va a cien por hora en la rampa de un garaje.

Mi mono es un bonobo que me está dando por el culo. Es el babuino gigante más borde de su manada, el macho alfa. Me acaba de entrar una ansiedad que hace diez horas que me la espero y no, no puedo pintar en estas condiciones. Sístole.

Sospecho que Iván se ha dado cuenta, pero ahora no hay absolutamente nada de este mundo que me interese, nada salvo inyectarme al mundo.

Jefe, necesito un descanso. Salgo a mear y a fumar, vuelvo en quince minutos.

Me pongo el anorak, salgo de la cava y me apresuro a buscar el cuarto de baño, esta vez sí. Subo a la planta superior, superando el acceso escondido de la bodega. Irrumpo en la planta principal y reparo en que no hay ni una luz encendida.

A tientas por la casa de Iván, me pongo a buscar un interruptor, una puerta o una ventana que me saquen de la negrura en la que me ha vuelto a meter la heroína. Me chutaría aquí en medio, pero es que no veo un carajo. Me va a dar algo. Sístole. Diástole.

Vuelven a sonar unos pies descalzos en el piso de arriba. Pero en el piso de arriba no hay nada. ¿Qué se supone que hace Ksyusha en esa planta, si esa planta tiene unos interiores que parecen los de una mansión que lleva abandonada desde los años del imperio colonial?

Éste es un sitio demasiado lóbrego como para ir quedándose a solas y a oscuras. Y no, no pienso ponerme a dar voces. No veo qué le voy a explicar a Dumitru, si a lo que voy es a meterme un buco. No creo que cuele si le digo que tengo que orinar y me encierro en el baño durante el cuarto de hora que me paso de color azul después de picarme. No, me temo que voy a tener que apañarme a solas.

Saco el mechero. Un yonqui no es nadie si no tiene un mechero. Desafortunadamente, el mío apenas tiene gas. Y lo necesito para algo importante de cojones: pincharme (válgame Dios, ya no puedo pensar en otra cosa). De modo que me voy limitando a dar chispazos con la piedra del encendedor, sin atreverme a prender la llama.

Entonces pita en el bolsillo de mi anorak el teléfono móvil pagado por la Federación Rusa que ya ni recuerdo que acabo de estrenar. El aparato me avisa de que vuelve a tener cobertura, dice que al salir de la bodega volvemos a estar conectados a la red telefónica.

Y eso está alertando a los hombres que me vigilan, les informa de mi posición, les dice que ya pueden llamarme. Aunque yo no puedo saber eso en este preciso instante, lo comprenderé dentro de escasos minutos.

De momento me limito a descubrir que tengo conmigo la luz de la pantalla del

teléfono. Saco el aparato y apunto al frente con él. Veo la salida a una sala de estar que tiene varias puertas abiertas. Escojo una de ellas sin dudar: camino guiado por la luz mortecina del chisme electrónico, pero me dirijo hacia el ruido que hace la máquina que respira por la mujer asiática mutilada que sé que se encuentra en esta casa.

Es su casa, al fin al cabo.

También se supone que este chalé es el domicilio habitual de Guadalupe Domínguez Cebolla, la mujer que cuida de la impedida propietaria. Aunque yo a esa asistente mexicana todavía no la he visto por aquí... Si sé de su existencia es porque he preguntado en la gasolinera que hay montaña abajo.

Avanzo por lo que parece un pasillo principal hasta que queda a mi derecha una puerta de cristal por la que se cuela la luz de la luna.

Es una entrada a un patio exterior.

A un invernadero. Un cobertizo que tiene un techo acristalado y sucio por el que se cuelan trozos grandes de una noche despejada a más de mil metros sobre el nivel del mar. Un manto de estrellas me alumbrará la dosis.

Aunque sigo estando dentro de la casa, me siento envolver por un frío que pela y un centenar de plantas muertas, reseca, podridas. Es un escenario perfecto para anesthesiarse el alma, este invernadero amortajado en el que crecen sólo telarañas, hierbajos raquíuticos, mohos horribles y mi enorme King Kong parenteral. No se me ocurre jardín más perfecto que éste para un tío como Iván. Esta rosaleda muerta parece una foto de Prípiat. Aquí hay cosas agostadas que amenazan con un pinchazo.

Yo, por ejemplo.

Total, que me desmorono aquí en medio. Como cuando en *Insult Line* me lanzo de rodillas a chupársela por fin a un desgraciado chulesco, a cambio de unos céntimos por minuto.

Caliento la cuchara. Bombeo. Cierro los ojos. Me castigo el macarrón.

Diástole. Diástole. Sístole.

Dentro de mí se abren los girasoles al amanecer, se abren los dedos del puño de un bebé que acaba de mamar, se abre de piernas la vida hasta hacerme explotar.

Ni el frío ni la misión consiguen sacarme del éxtasis. Durante diez minutos estoy reventado con la ropa revuelta, los ojos desquiciados y el rostro descompuesto, retorciéndome en el polvo y el limo del suelo. Soy la lombriz de tierra de la politoxicomanía. Diástole.

Me calmo por un momento y, como voy todo ciego, hago lo que solía hacer al comenzar a pincharme: saco el móvil en busca de un videojuego.

Por desgracia ahora mi móvil es un modelo ruso con el que apenas me aclaro pese a que me han puesto los menús en inglés. El trasto no tiene videojuegos, pero tiene bluetooth. Eso quiere decir que puede mandar fotos a otros teléfonos compatibles que

haya cerca, o eso creo. Pulso sobre el icono que sirve para buscar otros teléfonos bluetooth, pero me dice que no encuentra ninguno en veinticinco metros a la redonda.

Se me va la olla. Me guardo el móvil en el bolsillo del anorak y justo cuando estoy tomando aire para volverme a poner en pie...

Bingo. Vuelve a sonar mi móvil, hablando del Rey de Roma. La Madre Rusia me ha detectado y ahora me está contactando.

El timbre del aparato chillando antes de que empiece la función suena en mi cabeza como una sentencia judicial; descuelgo yo, que soy el acusado que se pone en pie para escuchar su condena, y le digo al armario que me lleva tres noches vigilando:

—¿Qué es exactamente lo que quieren ustedes del hombre al que retrato?

La pregunta, lanzada a su yugular sin titubeos, le espeta y le descoloca un momento, tras el cual se propone devolverme el golpe y arremete sin piedad.

—Pedazo de imbécil, de tu amigo no queremos nada salvo separarle la cabeza del resto del cuerpo. Lo que nos lo impide es que tiene una bomba sucia y es capaz de detonarla si nos acercamos mucho a él.

—Pero si yo ni sé lo que es una bomba sucia —contesto. Y suena como el lloriqueo de una nenaza.

La heroína me ha vuelto sincero, me ha vuelto débil. De repente parece que ya no me importa mi obra ni me importa Iván. Salvar el aguijonazo del placer es cuanto me queda y cuanto me interesa en este instante pusilánime. De momento estoy superado. Mi mundo vuelve a empezar y a terminar en el caballo.

Lo que pasa ahora conmigo es que, tras colocarme, acabo de desatar un gran conflicto en mi interior. Estoy tratando de enmendarme y, para más inri, me dispongo a sacrificarme, algo que no recuerdo haber hecho en mi vida. De ahí que me asalten los momentos de flaqueza y éste es uno de ellos.

En rigor, yo todavía no puedo saberlo, lo iré viendo venir de aquí al final de esta historia, pero lo cierto es que éste va a ser mi último momento de yonqui arrastrado. Mi última ignominia.

La voz al otro lado del teléfono suspira, me insulta y me machaca. Yo encajo como sólo yo sé encajar. Intercambiamos media docena de frases hechas, de las que empleo en *Insult Line* cada vez que necesito que el interlocutor me deje un poco de tiempo para pensar en cómo voy a llevar el diálogo, hasta que de pronto la conversación adquiere un derrotero mucho más instructivo.

El ruso capitula y me lanza una explicación:

—Las bombas sucias se arman con explosivos convencionales, caseros, si es necesario. No tienen nada de especial ni nada específico, salvo que son sucias, que llevan residuos tóxicos junto a su carga. Residuos que si vuelan por los aires pueden desplegar un grave peligro en materia de contaminación. Su objetivo último no es la detonación, sino la diseminación de un agente NBQ. Un contaminante nuclear,

biológico, o químico.

—Sigo sin saber qué es exactamente lo quieren que busque en este sitio. Yo no sé cómo es un agente contaminante. ¿Puede usted describirme el artefacto?

La voz vuelve a insultarme y a descargar conmigo. Sería un magnífico cliente. Estoy por decirle que, para tales menesteres, me vuelva a llamar por las mañanas, supongo que puedo hacerle un buen descuento.

Al final se calma y vuelve a lanzarme datos jugosos:

—Busca unas barras de carbono negro metalizado adheridas a un lote de cartuchos de dinamita. Hablo de grafito, varas de grafito como las de los lápices portaminas, pero de varios centímetros de grosor. Suelen servirse junto a explosivos de demolición.

Barras de grafito. Me suena.

Estoy de mierda y plutonio hasta el cuello.

No digo nada, él sí:

—¿Quieres ver tus cuadros expuestos en el museo Hermitage? ¿Quieres que cuelguen en los expositores del Guggenheim de Vilna? —me dice, sonando golosa, su voz cuando ya no transporta más insultos—. Nosotros podemos arreglar eso, podemos convertirte en una estrella, podemos devolverle tu arte al mundo... Sólo tienes que colaborar un poco ahora y haremos de ti una leyenda.

No me lo creo.

Dudo mucho que puedan conseguir eso y apuesto a que si les doy lo que me piden mi premio será un pedazo de plomo como el que llevan ellos en sus petos antirradiación. Tampoco creo que exponer en ningún museo importante le abra a mi vida ni puertas ni piernas. Yo no necesito un empujón, yo lo que necesito es volver a pintar. Y eso es justo lo que tratan de arrebatar-me.

No obstante, sigo tanteando mis cartas en la oscuridad.

—Este sitio es enorme y negro, como la cueva de un oso —le digo—; y para colmo está medio en ruinas. No sé cómo quieren que encuentre algo como eso por aquí.

—¿Y para qué te crees que es el medidor de radiación, inútil?

Me cuesta pensar. Sé que la pregunta es de Perogrullo, pero tardeo en responder:

—Oiga, que yo he venido a pintar. No puedo ponerme a registrar la casa de este señor empleando un contador Geiger como si fuera un artificiero. ¿En su país no conocen la palabra discreción?

—Idiota, si puedes sostener esta conversación estando ahí adentro seguro que también puedes ingeniártelas para encontrar ese maldito chisme y decirnos dónde lo tiene. No esperamos que lo desactives ni que le programes una detonación controlada, nos basta con que nos digas a qué tenemos que atenernos. Dónde para quieto.

—¡Claro, seguro que me resulta muy fácil hacer algo así! —estallo, sin poder contener más el tono de mi voz. He sonado terriblemente sarcástico.

Tanto que la voz al otro lado de la línea se calla. Ahora es él quien está pensando. Improvisa algo. Sé que lo hace, porque yo me gano la vida desde hace meses sosteniendo duelos verbales. Sé que lo hace, porque ni yo ni mis limitaciones entrábamos en sus planes.

Soy el elemento discordante de esta operación. No saben qué hacer conmigo. No tienen claro si van a quitarme de en medio, si puedo ser su tonto útil o si les voy a complicar del todo la misión de búsqueda y captura.

Así que me van tanteando. Tratan de ver qué puede esperarse de un toxicómano anónimo que se ha colado en la función para formar parte del reparto.

Me estoy preguntando si no estará consultándole a alguien o a algo cuando aparece de nuevo su voz en la línea. Esta vez trae una propuesta estúpida:

—Quieres que... ¿le distraigamos? Podemos llamar a la puerta y, si nos la abre, montar un pequeño lío. ¿Tendrás bastante con unos minutos?

Intento aclarar mis pensamientos. Cuesta mucho, con este colocón. Pero hay cosas bastante evidentes.

Es una idea tonta.

De película mala.

Estos rusos con los que estoy tratando no son tan profesionales como cabría esperar, no son la Spetsnaz.

¿Cómo es eso? ¿Seguro que estos tíos trabajan para la Federación Rusa? ¿Moscú me mandaría a estos patanes desde el otro extremo de Europa? ¿Y si son cazadores de recompensas, o algo peor?

Me temo que no puedo fiarme de esta gente. No me parece que estén a los mandos de nada.

Así que hago lo que nunca hago yo. Lo que se supone que no puedo hacer jamás.

Colgar el teléfono.

Y de repente me vuelvo a sentir un hombre libre. Se ha secado el sudor que me recubría todo el cuerpo. Se ha evaporado el fagonazo de la heroína. Acabo de convertirme en un fulano autónomo, solvente e independiente.

Uno de esos tíos que pueden apagar sus teléfonos móviles, ponerse en pie y reanudar sus guerras con el mundo.

Salgo del invernadero tambaleándome. Ahora que ya no puedo contar con la luz del teléfono celular y acabo de despachar mi penúltima papela ya no me sabe mal despilfarrar el gas de mi mechero para alumbrarme.

Dejo que su llama se estabilice y que mis ojos se adapten. Dejo que, poco a poco, mi pulso —¡diástole!— y mi presión sanguínea se normalicen. Dejo que mis oídos dejen de zumbar y los aguzo hasta localizar el rumor de la máquina que respira por la

mujer sudasiática que se pudre a pocos metros de mí.

Pasan unos segundos y me las ingenio para seguir avanzando por el pasillo hasta que atravieso un amplio recodo que recuerdo haber visto en mi primera visita a este chalé.

Porque a mi derecha está la habitación de la mujer sin brazos y sin piernas, de la anciana sin pulmones y con vagina. No sé si podré hablar con ella, pero si no lo consigo ni veo rastro alguno de Guadalupe Domínguez Cebolla, igual comienzo a sospechar que a estas dos desgraciadas las han secuestrado en su propia casa... Así las cosas, si algo de lo que encuentro llega a confirmarme eso, pasado mañana soy capaz de plantarme en una gendarmería y cantar como una soprano.

Sí. Igual me decido a cascárselo todo a las fuerzas de la ley y el orden.

No me gustan los policías. No desde que L'Anti y yo tuvimos la mala idea de atracar unos ultramarinos a punta de pistola, a las afueras de Toulouse. Temo que pueda salirme cara la broma si planto mis pies en una comisaría, pero creo que prefiero tratar con gendarmes a tener que despachar con una especie de aprendices de la KGB.

Así que me acerco al cuarto de la pobre señora. Se me apaga el mechero y me quedo con las mismas luces que la lancha del tabaco, menos mal que tengo la suerte de que se escape una rendija de iluminación eléctrica por las juntas de la puerta, así que camino hacia el rectángulo amarillo que tengo delante. Extiendo los brazos al frente como una momia y doy cuatro pasos más hasta que toco el pomo —bailongo, flácido— de su puerta. Tiro de él y ahí está la dueña del lugar, demasiado desnuda. Y demasiado mutilada como para cerrar las piernas.

Lleva por toda ropa el visillo blanco hueso del dosel de su cama. No se han tomado la molestia de vestirla con otra cosa y, sin embargo, han dejado en su sitio un accesorio tan molesto a la hora de tratar el lecho de un enfermo como es un cortinaje de cama. Me pregunto si lo hacen para humillarla.

Sus cuatro muñones cortos repelen tanto la mirada como lo hacen sus colgajos, su sexo, sus espantosos tatuajes jemer. No obstante, nada resulta tan molesto de sostener como su mirada. Está muy grave. Todas sus cicatrices y amputaciones son quirúrgicas. Le han extirpado muchos órganos. Le han abierto el tórax varias veces y la cabeza en una ocasión.

Trato de entablar conversación con ella, pero es como hablarle a un mueble a medio desmontar. Duele verla gesticular hasta desencajarse la mandíbula bajo la mascarilla de oxígeno, y bizquear y llamarme Jean Paul y tratar de hilar frases que no tendrían sentido ni aunque me tradujeran las palabras que suele intercalar en camboyano.

Me armo de paciencia, le pregunto por los hombres de este sitio, le pregunto si le han hecho algo, le pregunto si está bien, pero no hay mucho que se le pueda arrancar

tras dos minutos de hablar con ella y subirle un poco la tasa de infusión de su goteo intravenoso.

Porque acabo de descubrir que le están administrando cloruro mórfico.

Me ha tocado la lotería. Me guardo toda su morfina en el bolsillo y registro el cuarto en busca de más tesoros.

No hay Tranxilium, ni Midalozam, ni Toracina, ni ningún otro sedante que yo me suela meter, pero hay otras cosas que prometen. Abro cajones, aparto libros de la estantería, echo un vistazo a cuatro prospectos. Vuelven a sonar en el piso de arriba los pies descalzos de Ksyusha, pero arriba no hay más que ventanas rotas, polvo y carcoma. De Guadalupe Domínguez Cebolla no hay ni rastro. Tengo que apresurarme si no quiero que Iván me descubra aquí. Debo de llevar más de quince minutos fuera de juego.

Termino incautando medio botiquín. Hay fármacos por aquí que no tengo ni idea de lo que son. Hay cosas contra el cáncer y otras enfermedades terminales. En circunstancias normales me los llevaría todos, quizás para probarlos al tuntún, quizás para preguntarle a L'Anti por ellos... El hecho es que ahora no necesito más porquerías: ya tengo todo el dinero y las drogas que voy necesitar en las veinticuatro horas de vida que me quedan.

Porque me queda bien poco, de eso estoy seguro. Le he colgado el teléfono al que probablemente sea el único hombre que podía ayudarme, al que probablemente sea el que me va a matar. No me va a dar tiempo de meterme toda la medicación de esta pobre señora.

Aun así, escarbo entre sus cosas. Revuelvo también entre los prospectos y los envases que hay en la mesilla junto a su cama y, sin querer, se me cae el libro que le deben de haber estado leyendo a la enferma.

Lo recojo del suelo para devolverlo a su sitio, no sin antes echarle un vistazo. Es una vieja traducción al francés del *Guerra y paz* de Tolstói. Sobresale de él un marcapáginas, un punto de lectura, pero no uno de cartulina o de tela. Es un rectángulo de papel. Una foto.

La foto.

Oh, Dios mío. Ahora comienzo a entender.

En el centro de la foto está Ksyusha, agarrada a las crines de un trotón penco muy engalanado, huyendo de San Petersburgo en la noche en la que comenzó a perseguirla su país. Lleva puesto un traje de color morado y su cara es un terrible gesto de pánico que no consigue dominar la escena.

La escena pone toda su atención sobre Iván.

Porque tras Ksyusha cabalgan los ojos de Iván.

Dos ojos que devuelven la luz del flash de la cámara como dos tizones al rojo.

Dios, sus ojos...

—Esos hijos de puta han devorado a mi Lupita y ahora van a tomarme a mí —me dice de pronto la anciana camboyana. Su lengua y su mandíbula inferior tiemblan como si fueran de gelatina.

Yo no entiendo nada de lo que acaba de decir. No sé quién es Lupita. Todavía no puedo saberlo porque la gran mayoría de los franceses no sabemos que Lupita es el diminutivo de Guadalupe.

Yo ya lo comprenderé mañana por la noche, poco antes de morir.



# La paz

—No sé si lo sabes, hijo, pero las palabras *mundo* y *paz* en ruso son homónimas. Incluso se escriben igual, desde la reforma del dieciocho. Mi pueblo necesita recurrir al contexto para distinguir entre el conjunto de todas las cosas y la mutua relación de calma y sosiego de los que no sostienen enfrentamiento alguno... Es como si la cosmogonía rusa no concibiera un mundo en guerra o como si la guerra no fuera de este mundo.

Voy entrando por la cava cuando le oigo, él indirecto al grano, yo directo al lienzo.

—Bonitas palabras. Y sin embargo, algunas de las guerras más atroces de la historia han sido obra de los rusos —le contesto, ya tomando asiento.

Me emburujo frente a la chimenea, aterido de frío y cagado de miedo por lo que acabo de descubrir, en la foto que ahora duerme en el bolsillo de mi anorak, sobre el hombre que me está hablando; pero eso no es óbice para que me vuelva a enfrentar al lienzo, que ya casi está acabado. Tengo verdaderas ansias de terminarlo y, con él, poner punto y final a tantas cosas... A tantas cosas.

Diástole.

—En efecto, hijo mío. La humanidad hace tiempo que perdió el Norte. Iba muy bien encaminada, si estudiamos sus puntos de partida, pero eso ya acabó.

Se vuelve hacia la damajuana y rellena su copa. Luego se me aproxima y hace otro tanto con la mía.

—La paz estaba conmigo. El mundo era mío —me dice remachando las palabras que en su lengua son lo mismo, como sólo haría un hombre que estuviera traduciendo sus pensamientos del ruso al francés—. La vida era para mí una ostra abierta de par en par y yo acababa de guardarme su perla en el bolsillo. Tenía todo cuanto podía quererse de la tierra, tenía ochenta metros cuadrados de casa de campo hecha con troncos, la soledad de una Ucrania desolada, el calor de la lumbre; tenía en Dumitru un amigo dispuesto a darlo todo por mí y tenía las piernas de Ksyusha rodeándome como un cepo.

»Entonces me desperté.

»Me desperté un día y Ksyusha no estaba en él.

»Abrí los ojos a un anochecer en que la luna estalló. Pensé que pronto volvería mi Ksyusha, así que no me atreví a moverme de la *samosely*. Me quedé muy quieto para esperarla. Dumitru vino poco después, llamó a la puerta. No le abrí.

»Se hizo de día. Luego de noche. Ksyusha no estaba. Yo tampoco estaba, vivo.

»Así, sin más, mi Марпешка me abandonó. Nada especial se dijo o se hizo la noche antes de que me dejara, nada salvo que Dumitru nos regaló su cuadro. El que

nos había pintado al convertirse en nuestro amigo.

»Simple y llanamente, Ksyusha me dejó. Sin explicación, ni despedida; y tuvo Dumitru que bramar frente a la puerta de nuestra granja para que algo dentro de mí pudiera ponerse en marcha.

»Mi amigo me abofeteó, me desintoxicó y me despertó hasta hacerme revolver el mundo primero y hervir de odio después.

»Comencé a buscarla por todas las zonas. Ningún *samosely* la había visto en semanas. Interrogué y después degollé a un retén militar sin averiguar nada en absoluto. Ni rastro. Ni ella ni sus perros dejaron huella alguna tras de sí.

»Comprendí en seguida que tuvo que tomarse verdaderas molestias en borrar su rastro, lo hizo de tal modo que yo ya nunca pude dar con ella.

»Las estaciones fueron precipitándose sobre mí y sobre Dumitru. El tiempo hizo sus estragos inexorables, implacables; pero aquello no sanó mi herida. Aguanté como pude hasta que un día me harté de aquel sinvivir y resolví partir hacia Leningrado.

»Para buscarla.

»Después de aquella ciudad y de Moscú vendrían otras. Biskek, Varsovia, Praga, Berlín, París. Apilé cadáveres al principio, años al final. Me hice con el cuadro de Ksyusha tras visitar Kirguistán, con la foto que nos sacaron al huir de Petersburgo tras visitar el Kremlin. Me hice con aquel par de fetiches y luego volví otra vez al lugar donde ella y yo nos conocimos, pero nada, nada en absoluto me sirvió para regresar a su lado. Los años pasaron y pesaron, pero yo jamás di con ella. Dumitru me asistió y me acompañó hasta donde quiso arrastrarse mi corazón roto, a veces soportando mi indiferencia, a veces salvándome de caer en los brazos de un final horrible. Siempre cargando con cuantas dificultades hicieran falta para que yo no me precipitara en mi carrera hacia la nada.

»Fueron años terribles, años que recuerdo en una nebulosa de persecuciones y disparos. Cabría esperar largos relatos sobre ellos y que abundara en detalles sobre todas aquellas experiencias, pero lo cierto es que fueron mis días sin Ksyusha y la historia que he venido a contarte hasta hoy, hijo mío, no se cuenta sin ella. Pasé años sin verla, pero no voy a hablarte de ellos si no es a fogonazos.

»Fogonazos de recuerdos vacíos que guardo en mi memoria, sin mucho cuidado.

»A finales de los noventa me recuerdo abandonando mi búsqueda, volviendo mis ojos al mundo para no ver nada en él. Me recuerdo arrastrando a Madame Chzov a un horno crematorio y quemándola viva, asándola hasta escuchar sus prótesis de silicona estallar al cocerse dentro de su cuerpo. Me recuerdo armando mucho ruido para ver si conseguía que, ya que yo no podía dar con ella, fuera ella la que se decidiera a dar conmigo. Me recuerdo lanzando cadáveres al empedrado de una enorme plaza, desde lo alto de un campanario de Praga. Me recuerdo pegando fuego a todos los museos que exhibieran los cuadros de aquel dignatario kirguís. Me recuerdo destrozando con

un cuchillo los ojos del retrato de Ksyusha. Me recuerdo escoltado por Dumitru, abriéndome paso a través de las oficinas del Kremlin en plena noche, con la bomba sucia que construyó mi amigo rumano en las manos, convirtiendo un improvisado asalto a las dependencias del Gobierno en una especie de secuestro con rehenes. Me recuerdo escondiéndome en el cementerio más grande del país, durmiendo a escasos metros de las explosiones de metano post mórtem que se producen en el interior de las tumbas recientes. Me recuerdo malviviendo en el metro de Moscú, entre alcohólicos y rameras.

»Aquello último fue para mí como una vuelta al punto de partida, algo que me mandó directo al enfrentamiento final.

»En el que me recuerdo huyendo de nuevo y más de una vez a punto de ser triturado por mi propia temeridad. Recuerdo haber salido de la Federación en un helicóptero tras amenazar con detonar la bomba de Dumitru en las inmediaciones de la Plaza Roja. Recuerdo mi cara de terrorista en todos los rotativos de la Novosti Press. Recuerdo odiar al mundo hasta hartarme de estar en él.

»Finalmente, me recuerdo refugiándome en la pintura, escondiéndome en la Europa del Oeste. Llorando en cada exposición, palpando el mundo en busca del rastro de mi pintor favorito. Robando cuadros terribles, traficando con ellos. Esquivando a duras penas los controles antirradiación de cada aduana, siempre cruzando las fronteras por el punto más débil, a menudo de forma clandestina, como el sin papeles que soy ahora.

»Me recuerdo encontrándote tras instalarme en esta casa para hacer que me retrataras justo antes de que Ksyusha entrara por esa puerta, después de década y media de abandono y miseria. Recuerdo como si fuera ayer la noche de la semana pasada en que mi amada se plantó frente a mí para decirme en voz baja y lengua rusa:

»—¿Te apetece una manzana Antonovka? He oído que las hay muy buenas en los jardines de San Petersburgo.

»—Mírame a los ojos y ahógate —le respondí—. Mira lo que voy a hacer con nosotros.

»Y mandé a Dumitru hacerte traer.

»No podía permitir que Ksyusha se pasara por mi vida como San Pedro por su casa, que entrara y saliera de mi mundo sin despedirse ni volverse a presentar. Que hiciera sus planes sin mí, su vida sin mí, para volver conmigo en el momento más inconveniente, justo cuando yo ya no quería verla más.

»Ni a ella ni a nadie en el mundo.

»La amo después de todo cuanto nos hemos hecho pasar y la odio desde el día después de que me abandonara, la odio mucho más ahora que ha vuelto a mi lado.

»No, no pude aceptar que ella reapareciera sin más, en un día cualquiera, que regresara de pronto para decirme un «¿Tan amigos? ¿Por dónde íbamos tú y yo, antes

de que te rompiera el corazón en mil pedazos?» Esas cosas no las acepta un hombre, sino un pelele.

»Así que mandé a mi Dumitru que te hiciera venir.

»Después te recuerdo a ti, entrando desnudo por la puerta de mi sastrería, en la noche en la que viniste para pintarme.

Se vuelve a mirarme. Hace rato que espera que le interrumpa, pero yo ya no puedo parar esto.

Porque estoy a poco de terminar su retrato. Apenas me quedan unos efectos, dos o tres retoques simples y, tal vez, pintarle un fondo.

Sístole. Diástole. Sístole. Diástole.

Las lágrimas que no he llorado en diez años lavan mi rostro. Siento que me precipito hacia algo demoledor y me pregunto por qué habré tenido que morir y vivir para esto.

# Interludio:

## El piso

L'Anti y yo vivimos en un piso de yonquis.

Parece que al final hemos echado raíces, eso es lo que hay a día de hoy. Llevábamos meses y meses arrastrándonos por Francia, a la deriva; y aquello era mucho naufragar. Demasiado para acabar embarrancando en un piso asqueroso.

Un antro en las afueras del pueblo, en un barrio horrible. Compartimos a duras penas el alquiler con una gata a la que no recuerdo haber alimentado jamás y un par de inmigrantes ilegales. Dos individuos turbios de procedencia indefinida que pagan el total de las mensualidades, religiosamente. L'Anti y yo, a cambio, ponemos la nacionalidad francesa. El arrendamiento va a nuestro nombre porque siempre firmamos todos los documentos que nuestros extraños compañeros de piso nos ponen delante de las narices y siempre sin leerlos ni entenderlos. Suelen venir en idiomas que casi nunca conseguimos identificar.

Les hemos pedido que no nos jodan, sólo eso. Ellos piden a cambio que no nos metamos en chanchullos que puedan llamar la atención de la gendarmería. La gata no pide mucho.

Entre los cinco recorremos en simbiosis las penurias de la marginación social. Hay noches en las que a ellos les toca apo quinar y darnos dinero o abandonarnos en un ambulatorio con el pulso débil. Hay otras veces en las que somos nosotros los que tenemos que dar la cara por ellos e intermediar con extrañas cuentas bancarias que contienen divisa extranjera que no podemos tocar, recogerles paquetes que no podemos abrir en cuatro oficinas de correos distintas, prestarles nuestros pasaportes, tratar con el propietario del inmueble que ellos suelen abastecer y sus putas suelen limpiar... La gata, por su parte, se caga donde le parece. Si me dejo la puerta abierta no se molesta en escapar. Forma parte de nuestro ecosistema.

Cualquier día de éstos nos detienen a los cinco, pero no será cosa de la gata sino por culpa de esos dos sin papeles. Estoy seguro de que están metidos en cosas muy chungas, porque conducen sendos cochazos y danzan al son de un horario incomprensible. Jamás abren la puerta cuando llaman, y siempre que llaman a la puerta y no es el casero se trata de personas muy raras, que les andan buscando a ellos.

En fin. Con semejante elenco de compañías animales y vegetales, puede parecer que vivo bordeando una desgracia, pero lo cierto es que me lo he montado de puta madre para ser un politoxicómano. Vivo bastante bien. Hace meses que no me iban tan bien las cosas. Tengo una gata. Y dinero.

Con los dos inmigrantes apenas trato porque hablan un francés muy malo. Con

L'Anti mantengo lo más parecido a una relación de amistad que pueden sostener dos adictos amargados. Él hace cosas horribles para sobrevivir, como yo. Y eso trae consigo el que, de cuando en cuando, nos compliquemos la vida el uno al otro, por lo que siempre andamos discutiendo e intercambiando malos rollos. Somos como una de esas parejas que se joden la vida recíprocamente.

La cosa suele terminar estallando en una crisis de distanciamiento, por lo que, en los momentos como éste, vamos por libre. Nos buscamos la vida por separado. Ya vendrán los días en los que no nos quede otra que cooperar para darle pequeños palos a la vida, bien sean timos en los que haga falta yo de gancho y L'Anti de estafador, bien sean robos a cuatro manos.

Sin ir más lejos, hace un año nos hicimos con un arma de fuego y atracamos unos ultramarinos a las afueras de Toulouse. Nadie se hizo daño, pero apuesto a que varias cámaras de seguridad me filmaron disparando al techo del establecimiento.

Desde entonces que trato de evitar a L'Anti. Él lo sabe y hace otro tanto. No es la primera vez que nos culpamos el uno al otro de la vida de comemierdas que nos estamos zampando juntos con patatas. Él guisa y yo pongo la mesa. Nadie friega los platos.

El tema ahora es que todo eso se ha acabado. Mañana me van a matar. Toca hacer un par de gestiones al respecto.

Testar.

Empujo con cuidado la puerta de su habitación y el chirrido trae consigo un rayo de luz que termina posándose sobre el colchón lleno de manchas que hay en el centro del suelo de la enorme estancia vacía en la que suele dormir mi amigo de correrías. L'Anti está tan sopa que no se despierta ni cuando la luz del pasillo se le planta en todo el hocico.

En su cuarto huele a poza y a cuescos y a ropa sin lavar y a cuerpo sin lavar y a celo de gata. Hay chutar y cajas de comida china estropeada y medios limones resecos, cagadas de gata y gurruños de envoltorios de chocolatinas y calzoncillos por el suelo. L'Anti está sobre el colchón, bajo un amasijo de mantas y prendas impresentables y gata. La gata creo que suele dormir sobre él, últimamente. Él suele temblar ahí adentro durante las noches en las que la diabetes le hace pasar el mono y cosas peores.

Oh, y estoy por regalarle un orinal. Sería lo más parecido a un mueble que se ha visto en su cuarto.

En el mío al menos suelen verse mis enseres de pintura. Ellos dan testimonio de que todavía soy una persona. En mi habitación también hay un viejo reloj despertador de la marca Lorus. No sé decir de dónde demonios habrá salido. Debe de ir siete horas adelantado, lo menos. Me gusta escuchar su tictac cuando duermo en mi sofá. Yo es que tengo un mueble, en mi cuarto. No comprendo cómo hace mi amigo para

conciliar el sueño en el suelo del suyo.

Porque en el cuarto de L'Anti lo único que tiene madera somos yo y puede que los listones de su persiana, que hace meses que ni cierra del todo ni se abre para nada. Una permanente oscuridad mal perforada domina la estancia allá donde no habitan las rendijas de luz que deja escapar la persiana. A la gata le encanta todo esto.

Me arrodillo frente a él y le acaricio la cabeza. Su pelo grasiento me está diciendo hola y adiós.

—Eh, mala furcia —le digo. Nos solemos llamar así, desde que nos conocimos, hace veinte años, en la escuela de artes y oficios en la que estudiábamos dibujo técnico.

—¿Uhhhnmm?

—L'Anti, tío, necesito que te espabiles sólo un momento.

La gata hace estiramientos con sus patas delanteras a los pies del camastro. Luego hace estiramientos con sus patas traseras. Si pudiera, se tiraría un pedo.

—Jérôme, vete a tomar por culo y déjame dormir. No tengo jaco.

Dejo caer cuatrocientos euros y los fármacos de la anciana asiática frente a sus ojos cerrados. Los entreabre y es como si el sol acabara de entrar en su cuarto.

Se incorpora un poco y mira atónito mi tesoro. La gata se pone a oler unas pastillas y acto seguido se pone a olerle los cojones a él. Luego me mira a mí, que estoy a punto de irme a pintar y no le saco los ojos en encima.

Hacemos un cuadro curioso. L'Anti es un chándal arrugado y lleno de lamparones que mira mis ojos entre legañas y con un interminable bostezo en la boca, llena de dientes podridos y halitosis. Yo en cambio estoy resplandeciente. Llevo dos días con cinco miligramos por toda dosis. He dormido todo el día, acabo de afeitarme, de raparme la cabeza y de ponerme ropa limpia. Es hora de que me vaya a trabajar... pero yo ya no trabajo en *Insult Line*.

Ahora soy pintor. De los buenos. De los bohemios. De los que van a morir te saludan.

Vuelvo a acariciarle el pelo a mi amigo. Diástole. Me estoy despidiendo de él y él nota que me estoy poniendo terriblemente raro.

Él me acompañó a París, él me metió en la heroína y él me sacó de París. Es la única persona que me conoce y me comprende, supongo. Siempre he pensado que mi vida habría sido perfecta si L'Anti no se hubiera cruzado conmigo, ahora comprendo que a lo mejor él es lo mejor y lo único que he tenido en la vida, desde que perdí a la mujer que amé, en París.

Y yo todavía no puedo saberlo, pero ya me enteraré de que los medicamentos que acabo de entregarle le matarán dentro de pocas horas. Son un mal chute.

Lo siento, L'Anti. Ha sido sin querer.

Todo ha sido sin querer, hasta hoy.

Hoy la burrada la voy a hacer queriendo.

Así que adiós, viejo amigo. Te lego todos mis bienes, salvo el teléfono móvil que me acaban de asignar y el Talbot Horizon de mi padre. Te daría también mi contador Geiger, pero me temo que tú ni sabes lo que es eso ni sabrías dónde malvenderlo sin meterte en un lío muy gordo.

Aparte de que será mejor que no sepas en qué clase de gatuperios ando metido ahora.

—¿Pero qué pedazo de palo acabas de dar, Jérôme? —me pregunta. Y veo el miedo en sus ojos.

Y el que veré ahora mismo, en cuanto le termine de hablar.

—L'Anti, furcia de mis amores, me temo que esta noche me van a matar.

—Dime que tienes por aquí la vieja pistola que compramos en Toulouse el año pasado.

L'Anti mira al otro lado de su cuarto.

Allí hay un ovillo de ropa sucia.

La gata se tira un pedo. O ha sido L'Anti.

Yo estoy cagado de miedo. Y todavía no puedo saberlo, pero mis prendas, mi pelo y mis pulmones han captado ya suficiente radiactividad como para que sea malo para L'Anti que yo le haya acariciado la cabeza. Soy una bomba sucia andante y comienzo a sentir en mis huesos el hormigueo de lo que pronto serán graves quemaduras internas.

No recuerdo haber pasado tanto miedo jamás. Sístole.

Y ahora tengo una pistola.

Diástole.



# Noche cuarta

# Matadero

Piso el embrague y después el acelerador, en mi trayectoria hacia el matadero. Lo he estado pensando bien y, aunque sigo cagado de miedo, me he reafirmado en mi decisión: voy a terminar con el lienzo y luego trataré de sobrevivirle. Si hace falta me abriré paso a tiros, aunque dudo que eso me sirva de mucho.

No puedo hacerme ilusiones de salir de ésta y, aun así, me niego a vender mi vida barata.

Ya no trabajo en *Insult Line*. Ahora tengo algo que defender, algo que vale más que yo. Me siento rehén del retrato que voy a terminar antes del amanecer. Tengo un adeudo con él que me impide abandonarlo a la tormenta, soy un lobo de mar que se niega a abandonar el barco.

De modo que el sol se pone y mi Talbot Horizon y yo atravesamos la mar, la peor tempestad de un mar de dudas.

Mil dudas que no me hacen perder el rumbo, ya no. El timón no se me va, no me baila en las manos. Tengo la impresión de estar cometiendo un grave error y, sin embargo, mi determinación no flaquea. Tengo sentimientos contradictorios que no me desvían del camino. Y ya veo el final del camino. Paso junto a la gasolinera, me estoy acercando a la casa.

Mi historia se acaba.

Ya conozco la de Iván, me pregunto de qué me hablará hoy. Me pregunto dónde me hará pintar, ahora que ya casi he terminado con su estampa. Lo que me queda por retratar para esta noche es el fondo del cuadro, cuatro retazos de color, y poco más. Relleno. Decoración.

Trazo un par de curvas, pongo las luces largas, luego de nuevo las de cruce, enciendo el mechero, enciendo un cigarrillo. Iggy Pop canta algo en el asiento de atrás, junto a los altavoces y a mis útiles de pintura. Algunas veces la música consigue imponerse al carraspeo del contador Geiger, otras no.

Me vuelvo hacia el asiento del copiloto. En él está el medidor de radiación, blasfemando en las manos de un mico que no parece hacer ni la mitad de ruido que él.

Porque mi mono de esta noche es un chimpancé pigmeo bastante amigable. Le veo cansado. Parece uno de esos simios amaestrados que salen por los circos. Me sonrío. Alguien me dijo una vez que los monos que te muestran los dientes lo hacen porque te están amenazando, pero a mí el síndrome de abstinencia no me parece una amenaza ya.

Igual resulta que le he vencido bastante y que me estoy desintoxicando poco a poco, o tal vez sea que aún no he visto todo lo que me puede llegar a hacer... Supongo que puedo seguir dominándolo y hacerle retroceder todavía más. O eso

diría.

Me siento endiabladamente fuerte, pese a la fiebre y a los vómitos que la radiación me está produciendo. Me encuentro bastante bien, me noto despejado y, aunque tengo mucho miedo, no me tiembla para nada el pulso. Quizá debería mantener a raya a mi mono.

Pero lo cierto es que me apetece jugar con él.

Llevo cuatro días chutándome lo menos posible. Si voy a dejarme matar por esto, ¿no merezco al menos una última dosis a plena potencia antes de que mis venas dejen de bombear para siempre? ¿Quince miligramos de placer ahora y después la agonía, eso es mucho pedir? ¿Y si me meto una dosis de campeón, una doble, por los viejos tiempos?

Estamos llegando a la casa de Iván, mi Talbot Horizon y yo. Él también va en reserva. No pensamos volver. Hemos hecho los deberes y ahora haremos nuestra última voluntad.

La mía es un latigazo de dicha mortífera, por vía parenteral. La suya es otra parada cardíaca justo antes de la rampa en la que me suelo chutar, en la que ayer, en un acto de heroísmo, me detuve para calzar las cadenas de nieve.

Hoy pienso hacer ambas cosas. Esta noche no pienso dejar nada para la próxima. Voy a terminarme las drogas, a terminar con el coche, a terminar mi cuadro y, si es necesario, a terminar con mi vida.

Comenzaré por picarme, y luego pondré las cadenas.

Me llevo la mano al bolsillo del anorak en cuanto deja de toser el motor. Siento una pistola, un teléfono, una dosis. Lo saco todo, lo voy examinando. Compruebo la carga del arma, está llena; la carga de la batería del teléfono, está llena; la carga de mi cucharilla de café, está llena.

Preparo el chute, que éste sí va a ser el último. Sé que eso me lo he dicho mil veces antes, una pena que ya no pueda volvérmelo a decir.

La aguja de mi jeringuilla apunta alto. Es pretenciosa. Allá voy.

Diástole. Diástole. Diástole. Sístole.

Dentro de mí estalla un reactor *bolshoy moshchnosti*.

Esta noche voy a devorar uranio, a producir plutonio, a calentar agua ligera, a fundir el grafito, a alumbrar el expresionismo con la luz del efecto Cherenkov. Mi final será un accidente que volará en mil pedazos la bóveda de vuestros generadores, una explosión que me consumirá mientras todos dormís, convirtiéndome en lo que vieron los pobladores de Prípiat cuando les explotó en el horizonte un complejo nuclear.

Un sol de medianoche.

Soy un incendio de radiación que exhala veneno a la atmósfera.

Mi mente baja a plomo la cuesta de una terrible montaña rusa, los ojos me

tiemblan bajo los párpados. Tengo fogonazos de no-recuerdos, de cosas que no he visto, que todavía no puedo saber. La voz de mil demonios aullando es un trallazo neuroquímico que me recorre y me consume como a una mecha, me hace vibrar desde el centro del placer de mi cerebro hasta el extremo de mis nervios ópticos.

Veo a Iván corriendo sobre la nieve de Ucrania, aullando tras una manada de lobos. Le veo secuestrando un tren para desviarlo hacia Praga. Le veo entrando con una bomba sucia en el Bolshói. Le veo asaltando con Dumitru primero el Museo Pushkin y luego el Hermitage, en plena noche, para robar un par de cuadros de Kustodiev y dejar todos los demás lienzos en sus expositores. Le veo vendiendo antiquísimas muñecas rusas en el mercado de Izmailovo. Le veo introduciendo una bomba sucia en la Unión Europea con grandes dificultades, para llegar hasta mi ciudad.

Después le veo en mi cuadro y comprendo que más que pintar a una criatura que maldecir, he pintado a una leyenda.

Mis ojos terminan abriéndose. Tengo que espabilarme. Se me hace tarde. Me están esperando. Enciendo un cigarrillo, juego con el encendedor del coche. Intento despejarme. Enciendo el teléfono móvil y me pongo a toquetear —bip, bip, bip— sus menús. No tiene videojuegos, pero tiene bluetooth. Puede mandar fotos a otros teléfonos que haya cerca. Como todavía voy muy ciego, pulso —bip— la opción de buscar y, sorpresa, encuentro un chisme compatible dentro de mi radio de cobertura. Se llama u01, el receptor bluetooth.

Yo todavía no puedo saberlo, me creo que será el teléfono de algún vecino... pero es el móvil del ruso que me vigila.

Me bajo los pantalones del chándal y —bip, bip— le mando una foto de mi polla flácida, pero u01 no responde.

Él se lo pierde.

# Abedules

Las puertas de la casa de Iván nos aguardan, abiertas de par en par. Una enorme, vetusta, estufa de queroseno señala hoy la entrada. Arde como si tuviera que reemplazar al amanecer. Pasamos junto a ella mi coche y yo, nos la quedamos mirando embobados. Nada puede arder así, nada puede durar mucho si quema combustible a espuestas, nada, salvo el sol.

Nos esperaban, está claro.

Abandono el coche sin molestarme en quitarle las cadenas o enderezarlo junto al columpio. No veo a Dumitru.

Yo no puedo saberlo, pero él sí me está viendo a mí.

Se ha encaramado a lo alto del algarrobo. Me observa desde allí, acuclillado.

Acaricio un par de veces el capó del coche. Está congelado y su tacto me lastima las manos, pero no me importa.

Le debo mucho. Tengo que despedirme de él.

Adiós, viejo amigo. Siento que tengamos que separarnos así. Siento tantas cosas que, si pudiera, hasta te las diría. Siento todas las que no pude decirle a mi padre y ahora no tengo tiempo de decirte a ti. Siento haberte dado una mierda de vida, que hayas sido la burra que he estado cuatro veces a punto de despanzurrar para llegar hasta donde estoy.

Espero que me estés esperando mañana, en el otro mundo. Pienso darte cera aunque para calentarla tenga que encender todos los fogones del tártaro.

Me vuelvo hacia el chalé y lo encuentro sumido en una espantosa oscuridad, la negrura se hace un ovillo a su alrededor, lo enmadeja. La luz de la estufa apenas me da para alcanzar su puerta con la vista y su puerta está cerrada a cal y canto. Me pasmo frente a ella, la golpeo con los nudillos, pero nada sucede.

¿Dónde están mis amigos del Este?

Me giro en redondo y me empalan los dos ojos, dos, de uno de los perrazos del lugar. Uno.

Hola, chucho. Tú eres el que me enseñó ayer un colmillo más grande que el cigarrillo que me voy a encender. No te tengo miedo.

No te tengo miedo a ti lo mismo que no le tengo miedo al otro perro. Tampoco tengo miedo de mi mono, ni tengo miedo a la Spetsnaz. Tengo miedo de lo que podéis hacerme entre todos, cualquier día de estos. Que va a ser hoy mismo.

Asesto al Marlboro un par de caladas largas. Acto seguido, le lanzo al chucho el humo del tabaco, en toda la trufa. Se supone que ante algo como eso, él tendría que gruñir, que entrecerrar los ojos, que olisquear la vaharada, pero nada; no se inmuta. Parece una puta estatua.

No sé qué hacer con él.

Él sí sabe lo que tiene que hacer conmigo, no obstante.

Se vuelve a un lado y camina unos pasos. Luego, se vuelve hacia mí y me mira.

¿Quiere que le siga?

¿Qué demonios es esto?

En fin. Yo le sigo. Camino tras él y fumo. La sobrecarga de heroína que llevo encima me ha puesto a tono. Estoy afable y tranquilo y feliz y tengo la poesía a punto y ando siguiendo a un perro.

Le sigo y juntos damos un rodeo a la casa. Torcemos su chaflán y apenas veo nada ya. Es una casa grande, parece que tiene mil metros cuadrados de tierra negra a sus espaldas. Tras ella hay un jardín, iluminado por la luz de la luna y el resplandor de unas llamas que aguardan, al fondo. Parece otra estufa de queroseno.

Llego a un patio trasero, contemplo su pozo, engalanado con una coqueta balaustrada. Veo una caseta para los perros, pajareras llenas de cagadas de pájaro, de pájaros cagados de frío. Cinco estatuas enmohecidas. Mil setos recortados con mala gana. A esto se dedicaba Dumitru. No está mal. No está bien.

El chukcha siberiano me guía entre los setos. Se para si me paro yo a mirar algo, cada vez que no veo nada. Reanuda la marcha en cuanto trato de alcanzarle, medio a tientas. Me lleva a un templete que hay en el epicentro de tanta decadencia. Un cenador envuelto por media docena de abedules que se mecen con la brisa.

Bajo el templete hay un piano, junto a otra enorme, vetusta, estufa de queroseno que arde como si no fuera a amanecer jamás. A su lado está mi cuadro, casi terminado, aunque eso no puede verse sin descubrirlo.

Iván me espera sentado junto al piano. Está mirando el estanque del jardín. Una balsa de agua fuliginosa a medio congelar que se pudre junto al templete, envuelta por otra media docena de abedules.

El perro se detiene a un lado de uno de los setos y no se molesta en lamerse una pata, ladrar, mirarme o mover la cola. Parece moverse sobre raíles o estar siendo operado por control remoto. Acaba de alcanzar su destino y, simplemente, se ha detenido, hierático, robótico, enigmático.

Ha posado su enorme par de cojones sobre la nieve sin inmutarse. Esto es un perro y lo demás es carne para un restaurante chino.

Hemos llegado.

Guau.

Voy a pintar al aire libre. Junto al fuego. Junto a un piano.

Desde luego, Iván sí sabe cuidarme. Alimenta mi inspiración como ninguna droga.

Subo los peldaños del templete y me dirijo al caballete, derecho. En su repisa hay cuatrocientos euros y una copa de vino tinto. No me molesto en tocar lo primero y me apresuro a dar buena cuenta de lo segundo. No saludo. No.

Se me están pegando los modales de esta gente. Ellos no se molestan en decirme dónde están y ya yo no les doy ni las buenas noches. Ellos no se molestan ni en ladrarme, yo ni en decirles que esta noche viene el lobo.

Iván me mira complacido y toma asiento frente al piano. Levanta la tapa, posa sus pies sobre los pedales y la noche se pone en marcha una vez más. Le veo acariciar las teclas sin llegar a pulsarlas y le imagino tocando el piano del burdel de Madame Chzov, durante mil noches blancas.

Yo todavía no puedo saberlo, pero al otro lado de la finca, Dumitru baja del algarrobo reptando por su tronco como una iguana y abre la puerta de mi coche. Las llaves están en el contacto. El depósito está en reserva, pero a Dumitru eso le da igual, él sólo quiere huir, abandonar el lugar antes de que se convierta en un hervidero de mercenarios rusos. Apaga las luces antes de dar el contacto, luego arranca el motor, se larga.

Mi mejor amigo y el de mi jefe nos abandonan juntos y parten en simbiosis, sin despedirse ni encender las luces de posición. Dumitru conduce hasta la gasolinera que hay en la falda de esta montaña y luego toma un desvío hacia el sur, donde cruza la frontera para adentrarse en Huesca e iniciar una nueva vida, al otro lado de los Pirineos.

Mi viejo Talbot Horizon y el jardinero rumano de Iván se marchan y nos dejan a solas y a oscuras.

Esta vez sí, nos hemos quedado sin apoyos, vías de escape o solución de continuidad.

Caemos juntos al vacío, por última vez.

# Bajo asedio

—Siempre he sido un enamorado de la noche petersburguesa, de las seis horas de luz sin sol que traen las noches blancas del mes de junio. Seis horas radiantes, de una iluminación mágica. Llega el ocaso y el astro rey apenas se hunde cinco grados bajo el horizonte, por lo que la medianoche mantiene un crepúsculo prolongado y el cielo es de un azul eléctrico único. Después hay una hora de oscuridad y al poco ya comienza a alborear.

»Para colmo, la ciudad posee una vida nocturna muy despierta, en la calle se masca buen ambiente, apenas se encienden algunas farolas, apenas cierran algunas tabernas. Se puede leer sin más alumbrado que el natural. Son, en definitiva, noches en las que las aves nocturnas como yo pueden cazar y vivir de pie. Me encantaría que pudieras pintar algo así, en el futuro.

Me mira esperando por mi parte algún tipo de respuesta. Yo ya no me inmuta cuando recurre a eso, ahora soy como uno de sus perros autómatas: hago lo que hay que hacer. Ejecuto mi papel con diligencia. Poso mis cojones sobre la nieve, inhalo uranio, pierdo pelo, cago sangre, mezclo óleos mágicos, hago historia, remato el lienzo.

Soy su chucho, pero no su perro fiel. No puedo decirle que la Madre Rusia viene hacia aquí para matarnos a los dos esta misma noche y que a mí eso me importa menos que pintar.

No puedo decirle que no me he molestado ni en defenderle a él ni en defenderme a mí. No puedo contarle que le pienso arrastrar conmigo al fondo del pozo si es necesario. Y por supuesto que me encantaría pintar el anochecer incandescente de Petersburgo antes de espicharla, pero voy a morir dentro de un ratito... De modo que todo cuanto me importa ahora es, al menos, poder pintarle a él.

Una vez más.

Estoy terminando de hacerlo. Otro poco, ya casi está.

Él se arranca con el piano y se pone a tocar sin partitura. Yo no puedo saberlo ahora, pero está interpretando con bastante tino el adagio de la sinfonía número siete de Shostakovich.

Su voz, no obstante, consigue imponerse a las cuerdas del piano, ya sea aprovechando lo pronunciado de las pausas, ya sea apurando las notas más bajas y sutiles. No es que vaya a ponerse a cantar, es que lo mejor de su historia viene ahora, aunque yo todavía no puedo saberlo.

—Como contrapunto a las noches blancas del solsticio de verano —comienza a contarme—, está la noche polar, en diciembre. La oscuridad se adueña de todo y de todos, termina envolviendo hasta a la nieve más pura.



»La noche polar de mi ciudad es un abismo negro de frío glacial, que a veces se extiende durante más de diecinueve horas diarias; tras ellas, amanece un instante y enseguida se vuelve a poner el sol, tan pequeño, tan débil.

»Tan impotente.

»Uno de los inviernos más duros que nunca vio Leningrado fue el de mil novecientos cuarenta y uno. Aquél sí fue especialmente largo y gélido. En él se superaron los puntos de congelación de todos los vodkas de este mundo, ni los zares conocieron destilados capaces de aguantar aquello.

»Hablo de noches negras de treinta y ocho grados bajo cero, que comenzaban a las tres de la tarde y terminaban a las diez de la mañana siguiente. Hablo de la guerra que vino a acompañar las inclemencias de aquel invierno, porque las desgracias nunca vienen solas.

»La artillería nazi llevaba semanas machacando la ciudad a oscuras, alumbrándonos a fogonazos, cercando el extrarradio por todas direcciones. Leningrado estaba a medio bombardear por un Hitler que aún lo llamaba San Petersburgo. Las tropas alemanas sitiaron mi ciudad, pero no pretendían entrar en ella. No.

»No tenían la menor intención de someter, alimentar y después germanizar a más de tres millones de rusos que les odiaban. Prefirieron sentarse a las puertas de nuestras casas, cortarnos todos los suministros y dejarnos a merced de nuestro propio demonio, de nuestro propio invierno.

»Y así lo hicieron durante novecientos días de genocidio. Convirtieron nuestra orgullosa megalópolis en un campo de exterminio, en una nevera acorazada en la que se terminaron los víveres al poco de comenzar el asedio.

»Casi un millón y medio de los habitantes de Leningrado murieron de hambre y frío durante el sitio, entre el invierno aquel y todo lo que traería consigo. Interrumpido el suministro de combustibles, se acabó el bombeo de aguas potables; no tuvimos más que beber enfermedades o deshielo y solíamos preferir la diarrea a la hipotermia. Interrumpido el suministro de combustibles, no hubo más calefacción y se apagaron las luces de todos los distritos, se paralizó toda la red de transportes. Estando en el fondo de aquel pozo, presa de una oscuridad y un frío infinitos, nuestra población comenzó a comer carne. Carne fresca. Tras meses de alimentarse a base de serrín, ratas y neumáticos.

»Había cuadrillas enteras de caníbales controlando los distritos Este y Norte de la ciudad. Los gritos en la negrura sólo eran interrumpidos por el retumbar de la artillería, que dejaba caer una bomba de tanto en tanto, sin otro objetivo que mantenernos constantemente atenazados. Otras veces las detonaciones del horizonte eran obra de la aviación germana, que acribillaba a los que trataban de escapar del sitio de Leningrado, ya fueran rusos o alemanes.

»Familias enteras se agrupaban en las plazas para quemar muebles y libros en reunión y así compartir lumbre al menos. Se sabían a merced de las bombas, si encendían un fuego en medio de aquella negrura tan profunda. No obstante, el problema era otro.

»Fundidas por el ejército las mejores estufas de acero, el frío no les daba a las gentes del lugar otra opción que arracimarse en torno a una fogata y llorar junto al resto de los camaradas de kommunalka. Aquella quizás fue una de las pocas cosas bonitas que hizo el estalinismo, poner a los rusos a compartir de buen grado su fuego.

»Porque compartir las gachas era compartir la hambruna, pero apiñarse en torno a la lumbre era concentrar y reunir más y mejor el calor.

»En medio de aquella condenación, el Comisariado Popular para la Seguridad Estatal arrestó y ejecutó a varios cientos de personas por canibalismo. La gente lo sabía bien, era un secreto a voces que algunos estaban dándose a la antropofagia, bastaba con mirarles a los ojos para saber que estaban comiendo hígados, pechugas, muslos, posaderas. A los que no lo hacían se les veía enfermar y padecer, a todas luces.

»Yo nunca tuve ni la ocasión ni el corazón de hacerlo, así que me consumí en la desnutrición y el raquitismo. Recuerdo perfectamente aquella noche aciaga en la que me desmayé. Llevaba días enteros comiendo papel, bebiendo diarreicos y viendo morir a familiares y amigos, como todos mis análogos.

La pieza que interpreta al piano nos da un respiro. El disolvente de mis pinturas hace otro tanto. Y yo aprovecho para estallar:

—¿Estuvo usted en el sitio de Leningrado, durante la Segunda Guerra Mundial, Iván? —le digo con mofa, llevando mi mirada a los abedules como si le diera la espalda a la suya—. ¿Y cuántos años tiene usted? ¿Cien?

—Yo no tengo años, hijo —me responde—. No tengo años porque formo parte del infierno.

»A carta cabal, desde aquella noche soy un pobre diablo.

»Por aquel entonces yo estudiaba en la Academia Imperial de las Artes. Era un alumno aventajado, de los que seguían acudiendo a las aulas aun cuando las clases se habían suspendido por lo despiadado de los bombardeos. En la noche de la que quiero hablarte, el hambre que me consumía era tan negra que me hizo desplomarme ante uno de los decanos, un hombre que se ocupó de darme agua con azúcar y mandarme a casa en cuanto volvió el color a mis mejillas.

»Mandarme a casa bien tarde, sin la compañía de mis camaradas de estudios. Toda una insensatez, o una falta de responsabilidad, por su parte. Se lo dije, pero tuve la mala fortuna de que no me comprendiera bien, o eso creo recordar.

»Así que me alejé, bamboleante, del Palacio de Invierno y dejé el Nevá atrás, rumbo a los distritos residenciales, atravesando arrabales muy peligrosos tras la

puesta del sol.

»El humo del cielo no me dejaba ver las estrellas. El retumbar de la artillería en el horizonte me privaba de escuchar, de tanto en tanto, los gritos. Gritos que provenían del distrito que me cerraba el camino hacia la casa de mis padres, entonces un hervidero de bloques controlados por grupos organizados de caníbales. Cuadrillas de dos docenas de maleantes que no dudaban en interceptar a los mensajeros del Partido para comérselos, si no daban antes con un pobre desgraciado como yo, zigzagueante y solitario, extraviado en el epicentro de la oscuridad.

»Cruzar San Petersburgo en aquellos términos habría sido peligroso hasta para una pareja de soldados, ya no digo para un estudiante enteco y apocado. Lo único que me hacía un bocado poco apetecible era lo escuálido de mis carnes y lo enfermizo de mi estado de salud.

»Recuerdo que estuve a punto de esconderme bajo los cascotes de un edificio reducido a escombros por los bombardeos cuando comencé a escuchar cómo se allegaban los gritos a mí. Algo primitivo en mi interior me azuzaba hacia la supervivencia, pero yo entonces no estaba hecho a escuchar la voz del lobo que hay dentro de mí. No obedecía a sus palabras, no atendía cuando me decía cosas horribles al oído, hablando con la voz de mil demonios aullando: *tira tu cartapacio, deja caer tus pinturas, agarra ese cascajo de hormigón y rómpeselo en la cabeza al primer bastardo que venga a sacarte el hígado.*

»Me puse a llorar y a caminar a tientas. Esperé a la luz de la luna, pero lo único que me traía el cielo eran los fogonazos de las detonaciones y una serie de cortinas de humo que iban y venían de puntos dispersos, fumaradas de hollín disipándose en el aire congelado, polvo y ceniza volando a distintas alturas, atravesándome de cuando en cuando.

»Sólo pude orientarme gracias a los tentáculos de las baterías antiaéreas que peinaban con hambre el firmamento enturbiado, en busca de las siluetas de los bombarderos nazis que de tanto en tanto nos buitrebaban el descanso. Aquellos conos de luz me dibujaron en el horizonte edificios familiares, pero en medio de un contorno urbano repleto de torres de hormigón a medio desmoronar resulta muy difícil orientarse... Podías terminar buscando alguna construcción que no existiera ya. Así me pasó con la casa de mis tíos, reducida a rescoldos desde hacía una semana y con un almacén al que solíamos acudir para el racionamiento de víveres, que entonces ya llevaría meses convertido en un cráter, aunque yo eso lo descubrí, horrorizado, aquella misma noche.

»Me enfrenté a varias avenidas de frío interminable que recorrer sin más compañía que mis bártulos, borracho de miedo y lipotimia, valiéndome de dos piernas que amenazaban con volverme a fallar. Recuerdo cuando divisé a lo lejos el resplandor de una fogata de vecinos. Me dirigí con prisas hacia la luz, dispuesto a

refugiarme entre otros camaradas, pero al poco de acercarme a la hoguera caí en la cuenta de que en ella estaban asando las ancas de una vieja ala que todavía no habían desollado.

»Me volví en redondo y emprendí una fugaz carrera que me puso todavía más enfermo. Me mareé mucho y terminé por extraviarme del todo. Volvió a aparecer el fulgor de las llamas al final de la calle y esta vez era un enorme edificio ardiendo, resultado de los bombardeos aleatorios con los que nos premiaban los alemanes, sin apuntar a ninguna parte ni invertir mucha munición, en un acto de violencia gratuita, arbitraria e innecesaria que se hacía más por lo significativo que por lo efectivo del resultado.

»Un enorme edificio de ladrillo rojo, del dieciocho, ardiendo como una tea. Cuatro mangueras de bombero convirtiendo los gritos y el fuego en un humo negro y pestilente que me disuadió de avanzar en lo que creí que era la dirección de mi barrio.

»Me aproximé a los bomberos, en busca de protección, de luz, de humanidad. En cuestión de minutos el fuego menguó y quedó controlado, pero los bomberos tenían como prioridad evitar grandes propagaciones de los incendios urbanos, por lo que marcharon siguiendo el rastro de una bengala, hacia otro edificio en llamas. Dejaron tras de sí los gritos de las personas que se cocían vivas entre los rescoldos de aquel enorme edificio de ladrillo rojo, del dieciocho, que yo me quedé a mirar. A mirar cómo humeaba hasta consumirse del todo.

»Permanecí plantado frente a todo aquello, un mozo de diecisiete años, demasiado enfermizo para ser un recluta, demasiado idiota como para soltar su cartapacio y su maleta de pinturas. Un chaval de ojos llorosos que tenía una enorme mancha de orina congelándose en los pantalones. Aquello era yo, en aquella época, nada más y nada menos.

»Un vecino se me aproximó. Me dijo cosas con voz dulce, pero yo estaba en medio de una crisis histérica. Recuerdo que llamaba a mi madre, me consta que hasta saqué papel y carboncillo y me puse a pintar unas ancas de vieja a medio asar, allí en medio. En el suelo, a la luz de los tizones, frente a la atónita mirada de aquel hombre y su farol, que al final se marchó como se marchan de las trincheras los médicos de guerra y me abandonó en medio de aquella atrocidad.

»Me quedé de nuevo a solas cuando la oscuridad volvió a enseñorearse del lugar y la locura me dio un respiro. La voz del lobo volvió a sonar dentro mi cabeza: *los bomberos traían su propio camión cisterna, eso es porque las bocas de riego se han vuelto a congelar, y con ellas las alcantarillas y buena parte de las tramas de bombeo de los canales; puedes levantar ese imbornal que hay a tus pies haciendo palanca con un pincel de hierro y dirigirte hacia el Oeste en la oscuridad segura del subsuelo.*

»Desgraciadamente, la voz del lobo es algo que hay que escuchar, no basta con

oírla.

»Conque yo volví a deambular por los distritos, a tientas, en pleno delirio. Faltaban ocho horas para el no-amanecer. Estábamos a treinta y nueve grados bajo cero. Mi fiebre rondaría esa temperatura, diametralmente opuesta.

Diástole.

Iván me está poniendo malo. Esto es una historia negra, lo demás son hostias.

Estoy tan sobrecogido que apenas puedo pintar a mano alzada. No me atrevo a interrumpirle. Voy terminando con mucho cuidado y ante mis ojos van quedando atados en corto los cabos sueltos del retrato.

... Ya casi está. Ahora le falta algo al fondo. Algo decisivo.

Las estrellas. Las putas estrellas. Un cielo como ése debe estar estrellado. Es una noche que tiene una luz especial. Necesita estrellas en su firmamento.

Pero no las puedo pintar. Las tengo que... vomitar.

De pronto las veo, cayendo del cielo, derramándose sobre el lienzo.

Cayendo como lluvia dorada en la cara de un operador de *Insult Line*.

Me arranco y saco el bastidor del caballete. El soporte que tensa el lienzo pesa de repente en mis manos y yo cruzo, a toda velocidad, el templete con el cuadro en volandas, dispuesto a ponerlo sobre el piano.

Voy a usar al piano de Iván como si fuera una simple mesa, para que me sostenga el bastidor mientras yo remato el cuadro. Acabo de poner el retrato encima del instrumento y ahora lo miro desde arriba, lo veo con otra perspectiva.

En mis manos parecía algo grande y pesado, húmedo, a punto de caramelo. Pidiendo guerra. Pidiendo que pinte en él mil estrellas.

Que las pinte haciendo *dripping*.

Iván me mira sin dejar de sonreír ni fijarse en su cuadro por un momento. Yo me dirijo a la arqueta y tomo utensilios. Acto seguido, me subo al piano con la paleta en la mano y una enorme brocha de cerdas gruesas en la boca. La impregno en un amarillo perfecto y salpico.

Espurreo con la brocha la parte superior del retrato de Iván, pintando al goteo las estrellas sobre su efigie. Estoy de pie sobre un piano de cincuenta mil euros, asperjando como el rocío, manchando un cuadro impagable. Al paso de mis aspavientos, campan las estrellas.

Porque lanzo un *dripping* mejor que el de Pollock y eso que es la primera vez que empleo la técnica. Tenso las cerdas del escobillón con una mano y disparo mil gotas de color que atraviesan el aire hasta explotar sobre el lienzo. Estoy en pie sobre él, follándomelo como un burro. Rediós. Esto es mejor que cuando esos roqueros destrozan sus guitarras al finalizar el concierto, mucho mejor que cuando la cuadrilla pasea al matador por todo el ruedo para que muestre al tendido las orejas ensangrentadas del toro al que acaba de matar. Esto es encestar tres puntos limpios en

la canasta, haciendo un mate. Caerse de espaldas y partirse los morros.

Y así es como le meto al lienzo el guantazo en las nalgas que necesita para ponerse a respirar y sacudirse de encima el líquido amniótico. Bienvenido al mundo, hijo de puta. Lloro como un marrano mientras te arranco de un mordisco el cordón umbilical.

Iván me mira como si nada y sigue contándome de su padecimiento durante el sitio de Leningrado.

La voz no le retiembla. Los ojos no le brillan. Mis esfuerzos no le alteran.

—Recuerdo que pasé junto a una batería antiaérea y los soldados me ordenaron que me largara bien lejos. Se veía que yo ya no era un niño y probablemente pensaron lo que todo el mundo en aquella ciudad pensaba al verme, que yo quizás debía estar en el frente. Pero eso era porque no me habían oído toser.

»Reanudé el paso y torcí varias calles, retomando la dirección, esta vez con tino. Pero entonces fue cuando una patrulla de gente hambrienta se cruzó en mi camino. Quince desesperados, portando antorchas hechas con las patas de sus muebles, cuchillos de rebanar pan que no habían rebanado pan en meses, hambre de trapichear con cadáveres, de hacerlos ellos mismos. Entre ellos mismos si se hacía necesario.

»Vi venir el resplandor de sus teas y no vi por ninguna parte algo que me pudiera servir para esconderme, ni cubos de basura, ni vehículos aparcados, ni una ventana que no estuviera amurallada frente al frío, ni agujero alguno donde meterme, ni fuerzas para huir o lanzarme a los canales y nadar en agua helada.

»De modo que, por primera vez en la vida, hice caso de la voz del lobo: *entiérrate en ese sumidero de nieve, debe de cubrirte hasta la cintura; húndete en ella y emplea el cartapacio para taparte el resto del cuerpo.*

»Era una idea suicida, una papeleta segura en la rifa de la muerte por congelación, pero no vi otra salida.

»Así que me coloqué sobre un cúmulo de nieve que alguien habría barrido al poco de amanecer y, efectivamente, metí mis polainas y mis pantalones dentro de ella.

»Lo hice y de repente fue como si el frío me hubiera cercenado las piernas. Jamás volví a sentir el mordisco del invierno clavando tan hondo sus colmillos en mi carne. Un enorme oso blanco me abrazó y estuve a punto de desmayarme en el acto.

»El cartapacio donde habitaban mis dibujos me protegió la vista, me ahorró el tener que contemplar a aquella comitiva siniestra. Pude ver la luz trémula de sus antorchas y escuchar los pasos de sus botas sobre los adoquines escarchados.

»Arrastraban algo. Un cuerpo.

»La cena.

»Aguardé a que sus pisadas dejaran de sonar, apretando mis dientes como un epiléptico mientras una descarga de frío me quemaba medio cuerpo y me hacia

convulsionar y gritar sin hacer ningún ruido. Entonces cayó una bomba muy cerca y el día se hizo a su paso, portando consigo el rugido de una monstruosa detonación, el rumor de un terremoto y la fumarada de un volcán.

»La tormenta de la guerra tronaba a poco que nos pudiéramos tranquilizar. Thor andaba furioso por encima de las nubes, sujetando en sus manos un puñado de rayos que dibujaban una gigantesca esvástica sobre nuestras cabezas. Nosotros éramos un pueblo que había renegado de los dioses y ahora sufría un castigo divino.

»El fuego estaba sobrevolándonos, el hielo nos sujetaba.

»A mí me estaba atenazando. Me iba a forjar. La nieve que me envolvía parecía haberme seccionado por el tronco.

»Cuando me decidí a salir de aquel escondrijo, la oscuridad era tan negra que tardé una eternidad en encontrar algo a lo que agarrarme y tirar.

»Tirar porque mis piernas se habían paralizado por completo. Hice un esfuerzo sobrehumano al arrastrarme hasta escapar del puño de la nieve sin emplear más que los brazos y lo que me quedaba de determinación.

»Y fui un gusano electrificado reptando por los adoquines en medio de la oscuridad. Tosí sangre. Supe que ya no me iba a levantar por mí mismo después de aquello. Que iba a morir allí.

»Pero entonces algo pasó. Algo que no podía pasar.

»Oí una voz sobre mi cabeza.

»—Bien jugado, amigo.

»Levanté la mirada, pero no se veía nada.

»—Cuando el hombre se hace monstruo, no hay que hacerle frente, hay que hacerle trampas, hay que sacarle un retrato —me dijo. No pude reconocer su acento, su rostro no se me hizo familiar, cuando lo iluminó con una cerilla.

»Prendió un cigarro maloliente, con toda parsimonia, sin sacarme los ojos de encima. Estaba encaramado de cuclillas sobre una farola, como una gárgola de carne. Sus ojos no parecían brillar a la luz de la llama.

»El martillar de la artillería machacando posiciones amigas y enemigas era como el rumor de las olas para nosotros. De cuando en cuando, la marea nos castigaba con un embate especialmente violento, gratuito, inicuo. Tomad un revés especialmente severo en medio de esta lluvia de golpes, nos decía, hablando en alemán. Y, en una de éstas, el inconfundible estallido del fuego de un mortero irrumpió a escasas manzanas de la calle en la que nos encontrábamos aquel individuo y yo. Hubo cuatro segundos de fuego de deflagración muy cerca. Fue como si de pronto nos hubieran puesto un espantoso incendio de fondo.

»El muro de llamas que se hizo a su espalda me silueteó al hombre sobre la farola. Llevaba puesta una extraña gabardina. Yo entonces no podía saberlo, pero aquella prenda era un *kabát*, un abrigo eslovaco de piel de oveja.

»Llegó a nosotros la consabida vaharada de aire ardiente y con ella sufrí un colapso térmico, mi cuerpo pasó del congelador al horno.

»El soplido del fuego me barrió a un lado con violencia. En cambio, a aquel hombre no le hizo perder el precario equilibrio que parecía haber conseguido al posarse sobre un travesaño de acero de apenas dos pulgadas de grosor.

»Pude ver que apenas llevaba ropa bajo su abrigo. También pude ver que la luz del fuego no parecía iluminar sus ojos y que la vaharada de aire abrasador no pudo revolverle las greñas y apenas hizo que la cola de su gabardina se agitara.

»Parecía no estar allí.

»Dumitru bajó de la farola dejándose caer como un gato, posó las puntas de sus botas sobre la nieve y su aterrizaje me sonó a copo. Cuando me levantó del suelo lo hizo con la fuerza de un solo brazo, sujetándome por el pescuezo. Con la otra mano tomó mi cartapacio y la arqueta en la que estaban mis pinceles y mis pinturas, agarrándolo todo de un único zarpazo.

»Acto seguido echó a correr, llevándose consigo. Capturado, acachorrado.

»Atravesar la noche de un Leningrado negro a hombros de aquel hombretón era como ser conducido cuesta abajo por una vagoneta, hacia lo más profundo de una mina de carbón.



# Despliegue

Yo no puedo saberlo ahora, pero hay alguien al otro lado del continente que, tras examinar fotos, lecturas, telemetrías, muestras de radiactividad y una de mis jeringuillas usadas, le dice algo a un teléfono satelital y su voz basta para poner en marcha a un puñado de hijos de la gran puta.

Porque cuando su voz lee una serie de códigos hay unas fuerzas de las que no se movilizan a la ligera que comienzan a tomar posiciones.

Una horda de fulanos vestidos con petos de plomo y siniestras máscaras NBQ. Sacan de sus camionetas unos rifles de asalto que parecen de plástico y empiezan a moverse como si fueran marionetas.

Infantería automatizada. Fuerzas de choque irregulares en una operación encubierta, ilegal, transfronteriza.

Asesinos a sueldo, poco más.

Van desplegándose por toda la finca. Cortan la luz y las comunicaciones. Se mueven en grupos de a dos, es algo que ya perfeccionaron antes de Chechenia. No son muy listos, no saben resolver operaciones de inteligencia, pero tienen demasiada experiencia haciendo animaladas tácticas para un mando estratégico que no está para hostias.

Como acabo de decir, van por parejas. El que toma la delantera emplea un visor de infrarrojos y un punto de mira láser, el que le cubre tiene un arma corta y una computadora de mano que lleva su propio GPS o tal vez un contador Geiger que va sonando y balizando lecturas para el manos libres donde se escuchan las instrucciones en ruso de un coronel al mando de la Spetsnaz, que va marcando el tempo según ve moverse los puntos luminosos del mapa que le muestra un ordenador. Todo es una partida para el hombre que mueve los hilos. Todo se reduce a unidades que llevan un localizador y ejecutan instrucciones en clave.

Sus soldaditos de plomo van tomando el lugar, están cercando a Iván.

Pronto habrán alcanzado el templete entre los abedules donde yo termino de pintar.

Donde yo, como un gilipollas, siempre ajeno a todo, estoy mirando el lienzo y repasando todos los detalles del retrato con cuidado.

Lo devuelvo al caballete. No veo nada más que retocar.

He terminado, o casi. El retrato ya casi está hecho.

No puedo saberlo, pero sobre mi cabeza hay un satélite geoestacionario que encuadra mi posición con una precisión milimétrica. Le manda los datos a un avión furtivo, una aeronave invisible a los sistemas de radar convencionales que vuela por encima de nosotros, a tres mil metros de altitud, desde donde nos lanzará un misil

aire-tierra, en caso de que fracasen las unidades de asalto.

La Madre Rusia no volverá a dejar escapar a Iván. Ya ha dejado que escape Dumitru y eso es mucho. Iván debe ser neutralizado en cuestión de minutos.

Así que muy pronto será reducido por hombres armados. Será cazado o será un enorme agujero en lo alto de un incendio forestal.

Yo no les importo un carajo.

Soy apenas una bala más de entre todas las que están dispuestos a derrochar esta noche. La bambalina que estorba en esta función. Una rebaba que desbastar.

Un efecto colateral.

# Mil demonios aullando

—Dumitru me llevó medio inconsciente a una casa en los arrabales del sur, al enorme edificio modernista de piedra negra en el que vivía su señor. Le había llevado su tiempo encontrarme, tuvo la suerte y la desgracia de dar conmigo justo cuando yo estaba a punto de morir por culpa de la nieve de aquel invierno tan terrible.

»Así que se plantó junto al fuego de una enorme chimenea, conmigo sobre un hombro. Me dejó caer frente a la lumbre, sobre una alfombra uzbeka. Me arrancó la ropa congelada, la lanzó al fuego y me cubrió con un pellico de pastor. Me hizo beber algo caliente. Luego hizo venir a su señor.

»Su señor era una llaga en lo más íntimo de San Petersburgo. Un monstruo que me despertó de un bofetón y me preguntó...

»...si podía retratarle.

»Al óleo. Por cuatrocientos rublos la noche.

»—Hijo, quiero que me pintes —me dijo, hablando con acento moldavo—. Empezarás en cuanto dejes de temblar.

»—Señor —le dije, aterido y febril—, yo no hago retratos.

»—He venido desde Transnistria para encontrarte. He atravesado las filas de varios ejércitos hasta llegar a tu ciudad. Un viejo marchante trajo a mi tierra las pinturas que expusiste en el Palacio de Invierno el año pasado. Sé que eres toda una promesa de la pintura. Quiero que seas tú quien me haga un posado.

Iván ha dejado de tocar y se ha quedado inmóvil.

En un estrépito violento, cierra la tapa del teclado. Algo en él se tensa durante un instante de silencio interminable y de pronto se sube a la tapa del piano, con un solo brinco. Está ágil como para pasar de estar sentado en la banqueta del intérprete a estar acuclillado sobre el pianoforte... en un salto repentino.

Su porte ahora es el de un ave de carroña. Se vuelve hacia mí y me apunta con sus ojos mate.

Tras él, amenaza con echar a volar el amanecer. El sol está a punto de brotar entre las montañas.

Esto se termina. Hemos liquidado algo.

Y ese algo soy yo.

Le miro como pintor por última vez y estampo mi firma al pie de la diagonal derecha del lienzo.

Iván y yo acabamos de poner punto y final a nuestra andadura.

Oigo en mi interior la voz del lobo.

Suena como la de mil demonios aullando, dentro de mi cabeza: *está a punto de partir el último tren para ti, Jérôme. Escapa ahora o vive con las consecuencias.*

*Saca la pistola y encañona a esta serpiente antes de que sea demasiado tarde.*

—Aquel hombre —me dice Iván, con voz solemne— me salvó de una muerte segura, me sentó junto al fuego y me entregó enseres de pintura, una manta de lana, unas gachas de avena muy calientes.

—...

—Y me contó su historia. Su historia y algo más. En cuatro noches.

Iván se abalanza sobre mí, de un salto.

Lo que quiere ahora no es ver su retrato.

Quiere mucho más que eso.

# Amanecer

*¡Dios mío! ¡Sólo un momento de bienaventuranza!  
Pero ¿acaso eso es poco para toda una vida humana?*

FIÓDOR DOSTIEVSKI

# Polvo y ceniza

Camino por la planta de arriba. Está muy oscuro aquí. Estoy calado hasta los huesos. Chorro de agua podrida, sangre y angustia.

Voy solo. Al fin me he quedado completamente solo.

Y me muero, esta vez sí.

Soy un despojo trastabillante que se apoya en muebles polvorientos y devastados por la carcoma, un enfermo terminal que atraviesa mil telarañas con la cara y tiene que detenerse cada cuatro pasos por culpa del mareo y de la hemorragia. Veo muebles rotos, agujereados, podridos, los registro, los abro y los cierro, lo revuelvo todo.

¿Dónde? ¿Dónde está la maldita bomba?

Tengo muchísimo frío. Demasiado. El único alivio está en mi mano derecha.

Su culata está caliente, su cañón todavía humea. He tenido suerte de que apenas se mojara. Y sólo he tenido que disparar cuatro de sus balas, así que supongo que todavía tengo otras seis en el cargador.

Me planteo la posibilidad de dispararme una en la sien, pero supongo que ya es demasiado tarde como para eso. Igual que es demasiado tarde para la pareja de mercenarios que acabo de mandar a cagar al más allá.

Oh, sí, ya sé que soy un oponente lamentable para ellos, pero he podido sorprender a un par de esos soldados sin bandera, un equipo táctico de dos unidades de asalto merodeando por el interior de la casa. Les he salido por la espalda y les he disparado sin miramientos, al primero le he volado la nuca en mil astillas y al segundo le he disparado tres balas en la cara. Ha sido una ejecución rápida y, como llevan máscaras NBQ, ha sido fácil: no he tenido que mirarles a los ojos. No sé si habría podido matarles si les hubiera visto como personas, no soy ningún asesino. Ellos sí. Supongo que quitarles de en medio por la vía rápida me ha salvado el pellejo.

Al menos por ahora.

Porque, maldita sea, tengo que encontrar la bomba sucia.

Tengo que encontrarla antes de que otra de esas parejas de irregulares me encuentre a mí. Deben de haber oído los disparos, seguro que ya les ha dado parte Moscú de que están registrando bajas por culpa de algo que ha abierto fuego contra ellos, en el interior de la casa.

Lo más probable sea que vengan a por mí en cuanto acaben con Iván.

Y otro enorme peligro me acecha a través de una de las ventanas. No es un hombre armado, es algo mucho peor: una estrella muy próxima. Afuera está a punto de salir el sol, me quedan muy pocos minutos ya.

Diástole.

Me ahogo, me mareo, se me va la vista. Me arde en el cuello el mordisco de una espantosa quemadura radiactiva.

Iván se ha bebido medio litro de mi sangre y luego me ha arrojado al estanque como a una copa vacía. Me ha dejado a merced de la hipotermia y con la yugular perforada porque, aunque yo todavía no puedo saberlo, su saliva es un potente anticoagulante. Pierdo por el cuello la poca vida que aún me queda en el cuerpo. Me desangro.

Miro por la ventana de uno de los cuartos desvencijados del ala Sur del chalé. Puedo ver el templete rodeado de abedules. Iván se ha sentado sobre el piano para mirar la amanecida. Antes de suicidarse ha decidido legarme todos sus males y antes de volver a ver al astro rey por última vez, se ha sentado a contemplar su propio retrato.

Lo mismo que hizo con él aquel monstruo que le salvó de morir durante el asedio de Leningrado.

Le miro a través de los cristales rotos y entiendo lo último que le dijo a Ksyusha antes de meterme en esta historia:

«Mira lo que voy a hacer con nosotros».

Los mercenarios han rodeado el templete, le apuntan con sus armas, dicen cosas en ruso, ya sea hablándole a él o a sus intercomunicadores de manos libres... pero Iván no parece ni reparar en su presencia, está dispuesto a insolarse. Apuesto a que sigue llorando mientras se contempla sobre el lienzo. Quería un retrato para poder volverse a mirar, para burlar a la maldición que hace que no se refleje en los espejos, que hace que lo único que queda de él en las fotos sea el reflejo del flash en sus ojos muertos.

Meto la mano en mi anorak y saco su foto huyendo de Leningrado a caballo. En ella aparece Ksyusha cabalgando a lomos de un penco sin riendas. Tras ella, la oscuridad. Una enorme mancha de oscuridad. En la oscuridad, dos tizones al rojo.

Dos ojos que responden a la luz como ninguna otra cosa de este mundo.

Ésa es la clave de todo: el cuerpo de las aberraciones como Iván refleja, refracta y absorbe de modo inusual la luz, la radiación, los distintos tipos de propagación lumínica.

Rayos uv, rayos gamma. Ionización. Emisiones de energía subatómica en forma de ondas. Ondas que emite el cesio-137, que propaga el plutonio-239, que proyecta el sol.

Todo es la misma cosa. Diferentes modulaciones de onda, distintas partículas, el mismo principio físico.

Al fin y al cabo, el sol es un gran reactor nuclear natural. Emite radiaciones electromagnéticas. A unos da la vida, a otros la muerte. Lo mismo cabe esperar de la radiación corpuscular, de la radiactividad.

Yo todavía no puedo saberlo ahora, lo aprenderé después de muerto, durante los siglos de hambre y tinieblas que ahora llaman a mi puerta, que se abren como un abismo bajo mis pies. En este momento tampoco sé que cuando la luz del amanecer aparezca entre las montañas será la única y la última luz natural que se haya reflejado en los ojos opacos de Iván.

Para que eso suceda faltan muy pocos minutos. Unos breves instantes en los que Iván puede despedirse y solazarse como nunca lo ha hecho antes, con ese medio litro de mi sangre seropositiva hirviendo en su interior congelado, sangre que hoy quizás transporte suficiente heroína como para matar de una sobredosis a un hombre limpio.

Mi jefe se ha administrado una inyección letal para despedirse de todo, lo mismo que yo. Hemos ido juntos también en ese viaje.

Aparto la vista de la ventana, abro otro armario, vuelco una cajonera, revuelvo los harapos que hay en una cómoda. Encuentro una maleta en un rincón, está llena de documentos redactados en cirílico que van encabezados por lo que parecen sellos y escudos, quizás de administraciones locales y estados que no sé situar en un mapa de Asia.

Aparto un buen puñado de papeles, lo que parece un antiguo título nobiliario y un par de enormes fajos de billetes de cien. Es muchísimo dinero, en euros y en rublos. Luego hay sellos, timbre oficial de uso postal, páginas y páginas de estampitas filatélicas que deben de valer otra fortuna. Tras ellas, encuentro media docena de pasaportes falsos en los que aparecen fotografiados unos señores que igual guardan cierto parecido con Iván.

Doy con mil cosas más, pero no encuentro la bomba. Entro en otro cuarto. Tampoco está aquí, hostia puta. Miro por una de sus ventanas, esta vez por una de las de la pared Sur; en ella también se nota que el sol ya casi ha venido.

Afuera de la casa veo el columpio junto al algarrobo, pero no hay ni rastro de mi coche. Yo antes no podía saberlo, pero ahora comprendo que Dumitru se ha largado con él. Y en él está el contador Geiger.

Santo Dios, ¿cómo voy a encontrar la bomba en este sitio? ¿Se la habrá llevado Dumitru también? ¿Cómo voy a conseguir que me dejen en paz los hombres si no tengo en mi poder un artefacto como el que ha estado empleando Iván para tener al mundo de rehén, parasitarlo y recorrerlo en total impunidad? ¿Tendré que esconderme en las inmediaciones del reactor de Chernóbil para poderme beber la sangre de los parias y las alimañas del lugar sin ser capturado? ¿Tendré que emplearme como proxeneta en San Petersburgo para alimentarme de prostitutas y, bajo el círculo polar, poder esquivar la luz del sol? ¿Tendré que esconderme como Dumitru, en los Cárpatos eslovacos, en Transnistria, en Transcarpatia, en cualquier rincón poco poblado de la Europa montuosa? ¿Y qué clase de vampiro voy a ser si mañana anochece y tengo sed de sangre y mono de heroína?



Me retuerzo de dolor, padezco de mil síntomas horribles. Vuelvo a mirar por la ventana y ya casi puedo ver los destellos de la radiación que emite el cuerpo contaminado de Iván. Mis ojos están cambiando, al igual que el resto de mi cuerpo. Mis órganos están comenzando a reaccionar de un modo anormal ante las radiaciones, ahora tengo un par de ojos mate que ya no reflejarán nada que no me pueda matar y un cuerpo que se muestra como una sombra espantosa en las puertas del armario acristalado que he destrozado y luego registrado, hace unos instantes.

Estoy irradiado. He sido expuesto a un efecto ionizante sobre el que se sabe bien poco. Me han contaminado. Mis partículas ya responden de un modo inusual a la luz.

La luz que ya no podré captar en mis cuadros. Ahora estoy condenado a pasar una eternidad copiando las obras de los hombres, ahora que ya no falta mucho para que mi vista se nuble, se haga a la oscuridad y así olvide cómo son los colores a pleno sol; comprendo que ya no tengo nada más que pintar. Mi historia terminará cuando me encuentre en los cuadros de algún desgraciado al que pueda pasar el relevo, antes de matarme.

Pero ahora que ya he firmado un lienzo inmortal vuelvo a ser un ser incompleto, de esos que tratan de sobrevivir. Conservo ese instinto.

Debo encontrar la bomba sucia. Tengo que hacerlo, porque aunque la no-vida que me aguarda será peor que la muerte, yo ahora no puedo saber eso, todavía no.

Esta noche, toda esta historia, mis días desde que me cruzo en el camino de Iván, todos estos recuerdos los conservaré en presente del indicativo durante siglos, como si fueran algo que me está sucediendo en un ahora permanente e imposible, porque el tiempo se está parando en mi interior.

Lo mismo que los latidos de mi corazón.

Sístole.

Ahora que me muero, todo lo comienzo a enfocar con los ojos del infinito. Y lo único que veo es polvo y ceniza.

Salgo del cuarto que revuelvo, voy al de al lado, más muebles destrozados, destartalados. Otra ventana que amenaza con fusilarme, con traerme la luz del día. Miro de nuevo hacia el templete y descubro que hay dos parejas de hombres apuntando a la ventana del cuarto de al lado con sus punteros láser.

Han visto a Ksyusha. Y ahora me han visto a mí.

Estamos perdidos.

Me alejo de la ventana a toda prisa y cuando lo hago siento que ahora me puedo mover como una exhalación. Salgo del cuarto y voy hacia el siguiente, donde está Ksyusha. Entro en su habitación con una mano en el cuello y la otra apuntando al frente con la pistola. Es un cuarto del piso superior en el que todavía no he estado.

Un cuarto que tiene por todo mobiliario un armario ropero tumbado boca arriba. Tumbado boca arriba para que Ksyusha lo pueda emplear a modo de ataúd, durante el

día. En una de las paredes del cuarto, macabra decoración, cuelga el cuadro que pintó Dumitru. En él puede verse la casa cerca de Chernóbil en la que se estuvieron escondiendo Iván y Ksyusha. La *samosely* es una enorme cabaña de madera, en la que ellos posan.

Posan sobre ella, como el par de cuervos que son. Sonríen, al posar. Se pretenden una pareja dichosa, pero no son más que dos monstruos que si están sonriendo, es maléficamente; y si están posando, es posados, en cuclillas, sobre el tejado. Bajo la luna.

Los cuadros unen a estos monstruos, los cuadros los separan. Los cuadros son su matrimonio por secuestro. Los cuadros les dan el relevo, les marcan los momentos cumbre, les tuercen la vida, les hacen de álbumes de fotos, de huella, son sus pisadas hacia el infierno. Muchas de las grandes obras de la pintura lo son. Por un instante, me pregunto qué clase de engendro estuvo posando para que Jackson Pollock tuviera que pintar sobre caballete su último trabajo, me pregunto quién fue la horrible *Figura Blanca* que retrató Kandinsky en el ocaso de su obra, quién la *Bruja de Hiva Oa* de Gauguin, quién el *Doctor Gachet* que pintó Van Gogh poco antes de ¿morir? ¿Por qué Picasso y Munch finalizaron su obra pintándose a sí mismos como espantos? ¿Por qué Matisse no pintó los ojos de la enigmática figura que aparece en su óleo final? ¿Cuántos retratos imposibles, increíbles, irrepetibles...? ¿Qué puta parte de la historia de la reproducción pictórica del posado es fruto del viaje a través del tiempo de los demonios como Iván, Dumitru; o yo? ¿Cuántos monstruos otrora pintores habrá contemplado la humanidad sin saber que son los que funcionan con otra luz? Los que se retratan.

Los que pintan hasta morir para retratarse después de muertos y así descansar.

Porque desde luego que no pueden pintar ya siendo lo que son, lo que somos. Iván dejó de hacerlo y yo también lo haré. Me basta con ver lo que pintó Dumitru para entender que no puedes crear estando muerto.

El de Dumitru es un cuadro espantoso, horrible, despreciable. Tiene la impronta propia del arte pictórico al que sólo las personas inacabadas, incompletas, consiguen acceder. Es un óleo mucho más sesgado que el dibujo de un niño pequeño o un enfermo mental, un aborto de los que sólo sabe pintar la gente que todavía no es gente... o que ya no lo es. El cuadro de Dumitru es la obra inconfundible de un demonio que lleva siglos escondiéndose de la luz del día.

Y eso es algo que no puede describirse con palabras, que no puede abordarse con los términos bajo los que se contemplan los retratos al óleo hechos por pintores humanos.

Eso es desnaturalización. Enajenación. Arte de lesa humanidad.

Diástole.

Veo lo terroríficos, lo insoportables que han quedado los dos enamorados en el

cuadro de Dumitru y comprendo por qué Ksyusha le abandonó. Lo hizo al verlo, al verse, al comprender la clase de sanguijuelas en las que se habían convertido.

Ahora yo formo parte de eso. Ahora soy uno de ellos. Pero eso es algo que tendrá que retratar otro, cuando me llegue la noche en la que posar.

También puedo ver que Ksyusha posó para Dumitru estando rotundamente preñada. El cuadro se hizo para celebrar el advenimiento de la criatura irradiada y enferma que estaba a punto de nacer... Pero el niño jamás nació, porque si Ksyusha abandonó a Iván fue para abortar, para no traer a otro monstruo a este mundo. De eso va toda esta historia y ahora comienzo a entenderla yo, con lo tarde que se me ha hecho.

Siento las palpitations de mi yugular que se van deteniendo, el calor de mi arma que se va disipando, el calor de mi cuerpo que se escapa para siempre.

No sé si aguantaré mucho, necesito tumbarme. Me cuesta mantener el punto de mira sobre la figura de Ksyusha. Le digo cosas, pero creo que ella no sabe francés. Ella susurra algo, pero yo no sé ruso. Parece que es un poco tarde para que hablemos.

Me acerco hacia ella.

Está en camión, mirando a Iván a través de un vidrio agrietado que parece una inmensa telaraña. A su derecha se han sentado los dos lobos del lugar. Uno me mira sin inmutarse. El otro me mira y se limita a levantar un costado de la comisura superior de sus fauces para mostrarme su colmillo izquierdo, que es del tamaño de mi dedo meñique.

Intento decirle algo en inglés, pero no sirve de nada. Ksyusha ya no repara en mí. No repara en nada.

«Mira lo que voy a hacer con nosotros».

Sabe que ahora van a venir a por ella. Sabe que si se han decidido a atacar aquí es porque han conseguido reunirlos a todos, en un mismo punto aislado, en las montañas. Llevan años tras ellos, pero jamás los habían tenido tan a tiro: el comparsa rumano, la muchacha que parece una modelo de pasarela, el perro loco de San Petersburgo. Sota. Reina. Rey.

Figuras.

De un mismo palo.

Ksyusha gime. Sabe que está mirando hacia la luz de una alborada inminente. Se siente ensartada por el infalible rayo verde del horizonte y los rayos rojos de los punteros láser que se reflejan en su cuerpo de cría.

Cuando salta a través de la ventana el aullido que sale de su garganta es un enorme y monstruoso gallo que amenaza con descuartizar al amanecer.

Ksyusha baja reptando por la fachada del chalé, envuelta en mil fragmentos de cristal y moviéndose como una lagartija de dos metros, luego zigzaguea entre los setos a cuatro patas y con la velocidad de un relámpago. A su paso se escucha el

silbar de varias balas que no hacen blanco alguno.

Por desgracia, los hombres que ha enviado la Madre Rusia saben de sobras a qué han venido.

Uno de ellos ha arrojado su arma de fuego al suelo y saca un frasco del bolsillo. Es un spray. Apunta con él al frente y pulsa el difusor.

La carrera de la pobre muchacha se termina en cuanto su cuerpo queda envuelto por la nube translúcida que ha disparado el mercenario. De pronto sucede algo con su figura, que comienza a disolverse en la atmósfera como una pastilla efervescente. Ksyusha cae de rodillas y, esta vez también, se dicta una orden en ruso y una docena y media de impactos de bala atraviesan su cuerpo.

La luz que sale de los agujeros que abren los tiros en su tórax parece un puntero láser de color azul.

Es como si en el interior del cuerpo de Ksyusha ardieran mil brasas radioluminiscentes. Perforar su carne es lo mismo que taladrar la bóveda de un reactor. Es una Матрёшка, una muñeca rusa. Un bonito envoltorio. Una esperanza, una sorpresa. Algo adorable, aunque no tenga nada dentro. Aunque al final abortara.

Salen de ella varios rayos que se pierden entre las nubes y bailan durante los breves espasmos que terminan por devolverle la paz.

La paz. El mundo.

Porque el nombre del mundo es paz.

Sus gritos no parecen turbar la calma con la que Iván apura su copa y aguarda al sol.

Entonces sucede.

Oigo la voz de los lobos.

Suena en mi cabeza como la de mil demonios aullando.

*La cava, amo. Es en la cava.*

Me vuelvo hacia los perros de Ksyusha. Me miran y echan a andar hacia las profundidades de la casa. Tiran de mi trineo, me arrastran cuesta abajo.

Yo les sigo.

Salimos al pasillo. Bailan por doquier las lanzas de luz de las linternas esas que los mercenarios llevan montadas sobre sus fusiles de balas de plata. Hay punteros láser y voces en ruso que van cantando movimientos en clave y solicitando instrucciones tácticas. Yo me muevo por la planta en ruinas como un boxeador a punto de besar la lona, los lobos me van abriendo paso.

Uno de ellos le arranca la tráquea a un mercenario que se cruza de repente en nuestro camino, junto al acceso de las escaleras hacia la planta baja. Sé que van de dos en dos, que nunca se separan, pero no veo al compañero del hombre al que están destrozando mis perros.

*Está a dos pasos de distancia, amo. Apostado en el recodo las escaleras. Se*

*dispone a emboscarnos. Disparará en cuanto doblemos a la derecha para descender los peldaños.*

*Nosotros lo sabemos, podemos olerlo.*

De repente me siento como Iván tratando de escapar del Evropeiskaya. Desafortunadamente, es la luz del amanecer lo que se está colando por las ventanas de este sitio y no la oscuridad. Por no mencionar que algunos de los mercenarios llevan visores de infrarrojos. Han sido ellos los que han cortado el suministro eléctrico esta vez.

Los tiempos están cambiando, las cosas se ponen feas para los desgraciados como yo. A uno ya no le sirven de mucho las enseñanzas del padre para abrirse paso en la no-vida.

¿Cómo voy a poderles dar esquinazo? ¿Cómo me deshago del hombre armado que me aguarda al girar la esquina?

Me quedo mirando al mercenario recién degollado que hay a mis pies y mis tripas rugen de hambre al ver cómo mis perros lamen su sangre. Sus espasmos se están ralentizando ya. El pobre desgraciado lleva puesto un manos libres, con su auricular y su micrófono de solapa enganchado en el chaleco. El cable termina en un móvil igual que el mío, que le cuelga de una pinza en el cinturón.

Demonios, su teléfono es idéntico al que me asignaron a mí, un aparato inusual en mi país. Un modelo que sólo tendría un ruso, un Hisense CS668 con el teclado en cirílico. Debe de ser material de dotación.

Y eso quiere decir que también usa el mismo tipo de móvil el hombre que hay apostado en la primera curva a mi derecha, dispuesto a dispararme en cuanto me decida a torcer la esquina.

Me planteo la posibilidad de hacerlo, pero la voz del lobo irrumpe en mi cabeza con las mismas palabras de Dumitru en el asedio de Leningrado:

«Cuando el hombre se hace monstruo, no hay que hacerle frente, hay que hacerle trampas, hay que sacarle un retrato».

Y entonces se me ocurre algo.

Saco el teléfono del bolsillo de mi anorak y lo pongo en modo silencioso. Acto seguido —bip, bip que no suena— busco dispositivos bluetooth.

Esta vez salen dos receptores próximos. Hay dos terminales en mi radio de cobertura, el u07 y el u08.

Apuesto a que el siete es el que va delante y a ése lo acaban de matar mis perros... Así que —bip, boop inaudible; bip, bip que tampoco suena— le hago una foto negra al cadáver y se la mando a u08.

Aguzo el oído. Creo que puedo escuchar a otros mercenarios acercándose. Creo que la respiración y las palpitaciones que puedo oír a escasos metros de mi posición son los del uniformado 08. Mis instintos de caza se despiertan, se agudizan, se

calibran.

Afino todavía más la audición, pero lo que se escucha ahora es el móvil del hombre número ocho, al que —bip, bip— le acaba de entrar un fichero mío por bluetooth. La foto que le acabo de mandar.

Y el muy imbécil, de tan acostumbrado que está a trabajar en equipo, a coordinarse con su compañero, a obedecer a lo que dice el aparato, no puede evitar el sacar el teléfono y comprobar —bip, bip, bip— qué demonios le están mandando ahora los suyos por el canal de datos.

Curioso proceder para un comando. Su función durante una operación táctica se reduce a ejecutar las órdenes que salen de su terminal. Es un autómata de uniforme. Un soldadito de (peto de) plomo.

Un peón.

Así que yo, alfil negro, aprovecho la ocasión para doblar la esquina y le sorprendo con la vista fija en la luz del teléfono. Le vacío el cargador en la máscara hasta que ya no tiene ni máscara ni cara. Acto seguido, le aparto de mi camino y bajo las escaleras hacia la planta baja.

Los perros me toman la delantera y me abren paso. Uno de ellos todavía se relame la sangre de las fauces. De verlo me pongo a salivar, de sed y de asco.

Alcanzo la planta baja, veo el pasillo principal y es un hervidero de haces de luz de linterna y de susurros en lengua rusa.

Se acercan. Ya casi están aquí, siguiendo el sonido de los disparos. Disparos que no suenan igual que los suyos. Pueden oír eso, reconocerlo.

Igual que yo puedo oír al sol emitiendo radiaciones ultravioleta. Puedo reconocer eso, suena en mis nuevos oídos igual que una ducha de fuego, un incendio forestal que debe de estar a punto de aparecer entre las montañas. El cielo va a convertirse en un inmenso horno microondas para mí. Tengo que apresurarme.

También puedo ver en medio de toda esta oscuridad. Puedo escuchar las palpitations de los cuellos de los hombres que hay al otro extremo de la finca. Puedo dar órdenes a los lobos. Y todavía puedo escuchar el latido de mi corazón, que se está parando cada vez más.

Sístole.

Soy todo agitación y nervio, pero por dentro me estoy deteniendo para siempre.

Cruzo el recibidor y veo la entrada al cuartucho que hay bajo las escaleras. Me meto en él, siempre precedido por los dos chuchos. Juntos sorteamos las fregonas, las mopas, las escobas, dos cubos, una escalera plegable que no se pliega bien. Dejamos a nuestras espaldas todos los enseres de limpieza hasta que alcanzamos el final del reservado.

En él queda la portezuela medio escondida que lleva hacia la cava. La atravesamos y yo la cierro tras de mí. Con suerte, cuando registren la casa

encontrarán un cuarto abarrotado de útiles de limpieza en el que queda mucho más que disimulado el acceso a un subterráneo que no aparece en los planos del edificio y que estando cerrado sólo podría descubrirse fácilmente si se recorre con una sonda la calefacción del chalé.

Así que nosotros bajamos las escaleras y las rampas de piedra hasta alcanzar la cava. Dios, me encuentro fatal. Me estoy muriendo y cuando esté muerto del todo seguiré hozando agujeros en este mundo.

Sin embargo, algo tira de mí y funciona como nunca.

Doy un salto de nueve metros con el que finiquito el recorrido de la cava de extremo a extremo, dejando atrás la caldera y los aparadores de la bodega, cuatro enormes muros de botellas de vino que dan paso a barricas, toneles, alambiques. Sobrevuelo todo eso y termino posándome sobre un enorme destilador, al final de la cava, en un rincón que no pude ver anoche. Caigo sobre el viejo chisme y quedo acuclillado encima de él, estrenando nuevos recursos locomotores y nuevos trastornos posturales. No volveré a sentirme cómodo sentado sobre mis posaderas, sino sobre mis talones.

Justo cuando me encuentro en medio de una oscuridad terminal, sucede: mis ojos se encienden sutilmente, como un par de diminutos rescoldos, y puedo mirar. Puedo adivinar perfectamente las formas del remate de la gruta y las de los dos enormes arcones de madera que ha estado escondiendo.

Junto a ellos, revenido como una pasa, el cadáver de Guadalupe Domínguez Cebolla. Está apestando y vacío como si se hubiera deshinchado por los catorce agujeros que tiene en el cuello. Ahora sé qué es lo que huele tan mal en este sitio. Ahora sé que hay gente que vive en agujeros más inmundos que los yonquis. Ahora yo.

Observo las dos enormes cajas, lucen el logotipo de una empresa de muebles escandinavos. Están a medio desprecintar, todavía conservan restos de la cinta de embalar, que a su vez lleva el sello de una compañía de transportes. Miro la etiqueta del envío postal de uno de los arcones. Puedo leerla sin luz alguna. Proviene de Ucrania y tiene a Guadalupe Domínguez Cebolla como destinataria, a esta casa como dirección de destino. ¿Le hicieron llegar sus ataúdes por mensajería a la asistente de la asiática tullida antes de bebérsela y hacerse con el chalé?

Me poso en el suelo, abro el arcón. Tras su tapa, la de un féretro. Tras la tapa del féretro, la bomba sucia.

La maldita bomba sucia. Aquí está.

Un inmenso lazo de cinta americana que mantiene abrazados los componentes del cóctel: material tóxico, material explosivo, temporizador.

Tres macarrones gruesos de grafito que se entrelazan con otros tres cartuchos de trinitrotolueno, todavía más gruesos, que terminan en sendas mechas. Las mechas se

trenzan y van a parar al interior de un despertador de cuerda, de diseño soviético. Es parecido al que hay en mi cuarto, pero en su corona no se lee «Lorus», sino «Нас не догоня».

Es un reloj artesanal, sencillo, pero de buen acabado. Apuesto a que los maestros suizos apreciarían su tosca calidad. Y apuesto a que eso que tiene escrito a mano es la letra de Dumitru diciendo «nunca nos cogerán», o algo peor.

Apuesto también a que el grafito volará por los aires poniéndolo todo de mierda nuclear hasta el cuello si suena el despertador, o si se para su tictac.

Si se acaban su sístole y su diástole.

Los lobos de Ksyusha se tumban junto a los arcones y fijan su mirada en algún punto indeterminado de la gruta. Ahora es cuando tendrían que cerrar los ojos y ponerse a dormir, pero sospecho que estos igual llevan décadas sin cerrar sus ojos.

Siempre soñé con tener un perro antes de morir. Ahora que me muero resulta que tengo dos, por fin.

Recuerdo cuando L'Anti trajo a nuestro piso de yonquis a la gata que fue mi mascota hasta ayer. Durante uno de sus excesos con los estupefacientes, mi amigo rescató, o secuestró estúpidamente, a un cachorro de minino, sin tener ni puta idea de cómo había que cuidarlo ni excesivas ganas de hacerlo, así que durante los primeros días me tuve que hacer cargo de la gata yo mismo. La instalaron en mi cuarto y ella decidió pasarse las noches llorando, extrañando a su madre, hasta que uno de nuestros insólitos compañeros de piso de nacionalidad no documentada puso a dormir a la pobre gata junto a mi viejo reloj despertador, de marca Lorus.

Maldito chisme. Estuvo ahí desde que nos instalamos, estuvo ahí para nada, siete horas adelantado, dando la hora en balde. Inútil hasta que la gata se habituó a dormir prácticamente encima de él. El animalito dejó de llorar en cuanto le pusimos de compañero a aquel trasto, parecía preferirlo a nosotros. A mí.

Los veterinarios dicen que el tictac de un reloj de cuerda suena a los oídos de un cachorro como los latidos del corazón de la madre. Lo mismo sucede con los bebés, que asocian ese sonido con el pulso intrauterino y la lactancia, hasta el extremo de alcanzar fácilmente la tranquilidad cuando se sienten colocados sobre un pecho humano, o junto a un frío reloj de cuerda.

Así me siento yo, cuando me tumbo en el interior del sarcófago acolchado, cierro su tapa y me abrazo muy fuerte a la bomba sucia. De repente soy un cachorro abandonado que trata de sobrevivir a su primera noche en un piso de yonquis. Soy un guiñapo gimoteante que tiembla y llora en la oscuridad.

Afuera los mercenarios registran la casa, la revuelven de arriba abajo. Yo descubro que de repente me siento igual que Iván cuando tuvo que esconderse de los caníbales de Leningrado bajo un cúmulo de nieve. El frío me atenaza, el miedo me consume, la negrura me arropa.



Entra en la casa otra pareja de mercenarios, oigo las pisadas del que va delante y el ronroneo del contador Geiger del que va tras él. Tratan de localizar la bomba siguiendo el rastro de las radiaciones que emite... Pero descubren que la casa entera está severamente envenenada, que los niveles de radiactividad que están soportando los soldaditos de plomo son demasiado elevados por hoy. Van a tener que marcharse y replegarse, para volver dentro de cuarenta y ocho horas, debidamente descontaminados.

Así que escucho cómo abandonan el lugar a toda velocidad. Sacan fotos con sus teléfonos —bip, bip— junto a los abedules, donde la luz del sol repele los despojos de Iván y de Ksyusha, sus cráneos refulgentes, semienterrados en polvo y cenizas, sus huesos más alargados están ahora insultando al amanecer lo mismo que los tubos de neón de un prostíbulo de carretera.

Hay una pareja de mercenarios distintos. Dos artificieros. Llevan equipo especial. Uno de ellos saca de su espalda un extintor nuclear y su espejo, su compañero, saca una manguera a juego. Conectan rápidamente las piezas en un movimiento ensayado y —swoosh— cubren con *burba* los cadáveres radioluminiscentes antes de largarse. Pasado mañana se los llevarán para tratarlos como a la contaminación que son. Los meterán en tanques de acero y los lanzarán al fondo sin cartografiar de una fosa marina de siete mil metros de profundidad en la que la presión y la oscuridad no parecen de este mundo.

Iván y Ksyusha compartirán sepultura en un cementerio nuclear secreto, sus restos malditos como el plutonio descansarán bien abrazados durante cientos de miles de años, en el agujero más profundo y sucio de todo el Atlántico Norte, en el punto más inaccesible y contaminado de todo el planeta, más allá de la mano del mundo para siempre.

»Mira lo que voy a hacer con nosotros.

»Haré que nos entierren bien trabados, inmersos en una horrible soldadura de plomo y estaño, bajo toneladas de agua negra, allá donde no llegue jamás el sol, donde toda luz abandone nuestra persecución, de puro agotamiento.

»Donde siempre haga mucho frío. Donde podamos fulgurar juntos al paso de los siglos, sin nadie que nos vea.

Escucho cómo van abandonando la casa las pisadas de dieciocho pares de botas de asalto. Me dejan solo, por ahora. Esta noche han dado buena cuenta de dos terroristas a los que llevan veinte años tratando de capturar y eso es toda una victoria por mucho que Dumitru, su bomba y yo estemos ahora en paradero desconocido. La guerra entre ellos y nosotros comenzó con las primeras pinturas rupestres, por lo que no se pierde mucho si van a tener que esperar otros dos días más antes de regresar a este sitio.

De modo que el hombre que mueve los soldaditos sobre un mapa da una orden y sus tropas se repliegan. Vuelven a sus furgonetas y desaparecen. Alguien en Moscú

salva la partida y apaga la videoconsola.

Volverá a jugar pasado mañana, pero para entonces ni yo ni mis barras de grafito ni mis perros del otro mundo estaremos aquí.

Estaremos bien lejos, bien juntos, pasando frío cada amanecer, en cualquier agujero donde podamos escondernos, a solas dentro de un ataúd de abedul ruso. En compañía de una terrible bomba sucia.

Su tictac suena para mí como el palpitar aspirante-impelente del pecho de una madre, en medio de toda esta oscuridad sin límites. Llena el silencio que me envuelve. Me hace compañía para que no llore.

Dios santo, digo para mis adentros. No voy a dormirme ni a descansar. Yo ya no hago eso. Sólo puedo esperar sin pudrirme, en este agujero, hasta que se vuelva a esconder el sol. Y así durante siglos. Ahora formo parte del infierno.

La despedida de los lobos suena en mi cabeza con la voz de mil demonios aullando:

*Hasta mañana, amo.*

De repente descubro que estoy enterrado vivo para siempre y que hace ya tiempo que no respiro. Trato de concentrarme en el tictac del despertador de la bomba y le voy dando cuerda compulsivamente. En cuanto dejo de escuchar su pulso, el silencio parece crecer dentro de mí como una forma de locura. Es un vacío espantoso.

Ahora no puedo saberlo, todavía no. Ya me iré dando cuenta durante los próximos años de lo que significa saberse solo y vacío por completo, de que el latido que está a punto de retumbarme en el pecho va a ser el último de mi corazón:

Diástole.